

La
Biblia
y su
familia:

Augustus Nicodemus Lopes
& Minka Schalkwijk Lopes

LIBROS DESAFÍO

Copyright © 2011 por Libros Desafío

**La Biblia y su familia:
Exposiciones bíblicas sobre el matrimonio, la familia y los hijos**

Autores: Augustus Nicodemus Lopes y Minka Schalkwijk Lopes

Diseño de cubierta: Designs To Go!!

Editor: Alejandro Pimentel

Maquetación: Libros Desafío

Esta traducción del portugués al español fue realizada por la Iglesia Presbiteriana de Chile, Sexta iglesia de Santiago, *Cristo mi Pastor*. Agradecemos su loable labor y su valiosa contribución al ministerio cristiano de la familia.

Las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960™ © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas.

Utilizado con permiso.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO
2850 Kalamazoo Ave SE
Grand Rapids, Michigan 49560
Estados Unidos de América
info@librosdesafio.org
www.librosdesafio.org

ISBN 978-1-55883-004-2

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

CONTENIDO

Prefacio	4
Introducción	6
1. Plenitud del espíritu y vida familiar	9
2. Efesios 5:21-24 La sumisión de la esposa	19
3. Efesios 5:21-24 La sumisión de la esposa (2ª parte)	33
4. 1ª Pedro 3:1-6 Esposas en angustia	46
5. Efesios 5:25-33 El amor del marido.....	58
6. Efesios 5:25-33 El amor del marido (2ª parte)	68
7. 1ª Pedro 3:7 Maridos, vivan con su mujer	81
8. Efesios 6: 1-4 Hijos, obedeced a vuestros padres.....	90
9. Efesios 6:1-4 La responsabilidad de los padres	102
10. 1ª Corintios 7: 1-9 El lugar del sexo en el matrimonio	114
11. 1ª Corintios 7: 10-16 Divorcio y nuevo matrimonio.....	126
Conclusión	138

PREFACIO

La familia, como institución divina, fue, es, y siempre será el grupo más importante de la Iglesia, de la sociedad, y de la nación (vea cuántas referencias a la familia se encuentran en las Sagradas Escrituras, por ejemplo). Innumerables tratados han sido escritos sobre el asunto. Yo mismo he leído muchos libros y artículos sobre la familia y la Biblia o la familia a la luz de la Biblia, y así en adelante. Mientras tanto, una de las limitaciones que he encontrado en casi todos los libros y artículos que he leído es la falta de una sumisión teológica y exegética a las Escrituras.

Augustus y Minka fueron muy acertados, no sólo al titular el libro *La Biblia y su familia*, sino sobre todo al abordar el asunto de la familia a la luz de la exposición bíblica. Recomiendo la lectura, el estudio y la discusión de este libro con mucho entusiasmo. Creo que este libro debería ser leído, estudiado y discutido por solteros, casados, y familias, tanto en carácter personal como también en clases de Escuela Dominical y en grupos de estudios bíblicos.

Los autores demuestran un cuidado y una seriedad muy especial al lidiar con el texto sagrado, en la explicación de éste, y en la aplicación de las Escrituras al contexto de la familia (*La Biblia y su familia*). Augustus y Minka traen consigo, también, la experiencia de casados, padres, tíos, yerno y nuera, pero, lo más importante, es que ellos no extrajeron de su experiencia personal, ni de la babel de la psicología moderna los principios para una vida en familia, sino, por el contrario, se sometieron a los principios infalibles descritos y prescritos en la Palabra inerrante, infalible y suficiente de Dios.

Dado que el libro lidia con principios (doctrinas) y éstos comentados y extraídos del «manual» divino, las Escrituras, su relevancia no se limita sólo al contexto brasileño. Los principios bíblicos son transculturales, en el sentido de que trascienden, confrontan y transforman culturas. Por lo tanto, este libro debería ser leído y estudiado no solamente por brasileños, sino por otros grupos étnicos residentes en nuestro país. Esta dimensión debe ser también considerada con seriedad por los lectores. Este no es un libro de brasileños para brasileños, sino de siervos del Señor para siervos del Señor, sean latinos, europeos, americanos, asiáticos, australianos, o africanos.

Esta es otra dimensión del libro *La Biblia y su familia*. Augustus y Minka no intentan, como es costumbre de muchos otros, acomodar las Escrituras a la cultura o las tendencias vigentes de las ciencias sociales en Brasil, sino en confrontar con la enseñanza bíblica los pensamientos, las ideas, las tendencias, las presuposiciones, las creencias y las teorías hodiernas que se levantan contra el Señor y contra la familia. Los autores, actuando de esa forma, están siendo consistentes con lo que el apóstol Pablo enseñó: «Pues, aunque andamos en la carne, no militamos según la

carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2ª Corintios 10:3-5).

Esto no quiere decir que el libro no sea relevante dentro del contexto de la familia brasileña creyente. Muy por el contrario, la mejor manera de que las familias creyentes se vuelvan instrumentos de Dios a través de los cuales otras familias puedan venir a conocer el plan de Dios para la familia será por medio de la sumisión de las familias creyentes al Señor y a los principios eternos y transculturales que Él reveló en las Sagradas Escrituras. Augustus y Minka, por lo tanto, consideran cuidadosamente el contexto en el cual viven, sin asumir una posición que comprometa la Palabra de Dios y al mismo tiempo desafía a las familias creyentes a obedecer el principio bíblico expuesto por el apóstol Pablo en Romanos 12:1-2: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. **No os conforméis a este siglo**, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

Que el Señor se digne a bendecir esta producción bíblico-literaria para que, como familias creyentes, aprendamos lo que significa no conformarnos a este siglo, sino transformarnos por la renovación de nuestra mente.

Soli Deo Gloria

Dr. Elias dos Santos Medeiros

INTRODUCCIÓN

El matrimonio siempre tuvo sus enemigos declarados. Entre ellos hay racionalistas, feministas, ateos y agnósticos. Muchos de ellos pasaron a tener actitud antagónica después de haber fracasado en sus propios matrimonios. He aquí algunos ejemplos de lo que personas famosas han dicho sobre el matrimonio y el divorcio:

«El divorcio es probablemente tan antiguo como el matrimonio. Yo creo, mientras tanto, que el matrimonio es sólo unas pocas semanas más antiguo» — Voltaire, filósofo y escritor francés.

«La única paz sólida y duradera entre un hombre y su esposa es, sin duda, la separación» — Lord Chesterfield, renombrado político de Inglaterra.

«La posibilidad del divorcio hace que ambos cónyuges cumplan sus deberes mutuos de forma más aplicada y cuidadosa. El divorcio ayuda a mejorar la moral y a aumentar la población» — Denis Diderot, filósofo francés.

«Cuando dos personas resuelven divorciarse, no es una señal de que «se están desentendiendo», sino de que están comenzando, finalmente, a comprenderse el uno al otro» — Helen Rowland, periodista americana y feminista radical.

«Usted no puede continuar casado si toda la noche tiene miedo de dormirse y que su esposa le corte la garganta» — Mike Tyson.

«El matrimonio no es un placer, sino un acto solemne y generalmente triste. Yo considero que las personas se casan demasiado temprano; el matrimonio es una lotería, a fin de cuentas, y para una mujer, una felicidad muy dudosa» — la Reina Victoria, en una carta a su hija.

«El matrimonio es el modo más común de vida para las mujeres; la cantidad de sexo no deseado que las mujeres soportan es mayor en el matrimonio que en la prostitución» — Bertrand Russell, filósofo y matemático inglés.

«Los hombres se casan porque están cansados; las mujeres, porque son curiosas; ambos acaban decepcionados» — Oscar Wilde, autor anglo-irlandés.

«El horror del matrimonio es ser el más entristecedor y enojador de todos los lazos que la humanidad jamás inventó para su propio desaliento y degradación» — el Marqués de Sade, autor francés.

«No creo que una prostituta sea más virtuosa que una esposa, pero están haciendo la misma cosa» — el Príncipe Felipe, duque de Edimburgo.

«Al hacerse un seguro, se paga por él en dólares y centavos, siempre con el derecho a discontinuar el contrato, cuando se desee; pero, si el premio de la mujer es un marido, ella paga por esto con su nombre, su privacidad, su auto respeto, su vida, hasta que la muerte los separe» — Emma Goldmann, anarquista y feminista americana.

«El infierno son las otras personas» — Jean Paul Sartre, autor y filósofo francés.

La amargura de esas personas para con el matrimonio tiene su explicación individual. Algunas pasaron por matrimonios infelices, otras tenían religiones anticristianas, incluso otras eran polígamas incurables. Por otro lado, muchos que, como Minka y yo, han tenido el privilegio de ser casados y felices, miran al matrimonio de una forma diferente.

Entretanto, queremos abordar el matrimonio no solamente desde el punto de vista de nuestra experiencia, sino —y principalmente— por los principios contenidos en la Biblia. Es nuestra firme convicción que los matrimonios y familias fundamentadas en las Sagradas Escrituras serán duraderos, estables y felices. Es claro que tendrán crisis, problemas —en ningún momento queremos negar eso— pero estarán preparados para enfrentarlos de mejor forma.

Existen hoy, incluso entre los evangélicos, muchos mitos sobre el matrimonio que pueden causar falsas expectativas y perjudicar las relaciones. En un artículo publicado en *Today's Christian Woman* (mujer cristiana de hoy), la escritora Barbara Chesser alineó algunos de ellos:

1. *La felicidad en el matrimonio depende de acertar en la elección del cónyuge* — Creer en esto coloca la responsabilidad de su felicidad en otra persona y el resultado inevitable es la desilusión. La felicidad en el matrimonio dependerá principalmente de que obedezcamos los papeles atribuidos por Dios al marido y la mujer, a los padres y a los hijos.
2. *La compatibilidad de genios es esencial, y un matrimonio tiene eso o simplemente no* — En vez de pensar así, marido y mujer deberían constantemente adaptarse al otro y ceder con la meta de hacer funcionar correctamente la relación. Bíblicamente hablando, incompatibilidad de genios no es base para un divorcio y nuevo casamiento.
3. *Una buena relación sexual es la base de un matrimonio feliz* — En verdad, sería más exacto decir que un buen matrimonio es la base de una relación sexual feliz, considerando que el sexo va más allá de la relación física en sí.
4. *Si el matrimonio va mal, aparecerán algunas señales de aviso* — Uno de los

mayores peligros que la pareja enfrenta es la separación gradual y sutil entre sí, en la medida en que no dan tiempo para desarrollar su relación, comunicarse y hacer cosas juntos. En muchos casos de separación, el divorcio cae como una bomba sorpresa en el regazo de uno de los cónyuges.

5. *Más comunicación vuelve mejor el matrimonio* Algunas veces las parejas que consiguen comunicarse de forma muy abierta terminan en el divorcio. Lo que vuelve mejor el matrimonio es calidad —y no necesariamente cantidad— en la comunicación.

Estos son algunos engaños comunes entre los evangélicos sobre el matrimonio. Existen muchos otros. Nuestra meta con este libro es contribuir para una comprensión más adecuada del matrimonio y de la familia. Este libro tiene un abordaje un poco diferente, lo cual tal vez justifique su publicación en medio de tantos otros libros sobre el tema. Es una colección de estudios expositivos en los pasajes del Nuevo Testamento que tratan del matrimonio, papeles del hombre y de la mujer, divorcio, el lugar del sexo en el matrimonio, crianza y disciplina de hijos. Como una regla, los libros sobre familia tienen un abordaje por temas. Este libro es expositivo. Analiza los textos bíblicos relacionados con el tema propuesto, procura entenderlos y relacionar su sentido a las cuestiones prácticas envueltas en la relación marido y mujer, padres e hijos. Esto no quiere decir que queremos hacer un comentario crítico de estos pasajes, pero sí que intentamos destacar de manera fácil y natural el sentido de ellas y sus implicaciones.

El material original para este libro vino de una serie de mensajes que prediqué en la Primera Iglesia Presbiteriana de Recife, cuando era su pastor. Para éstos, mucho me valí de sermones de David Martin Lloyd-Jones sobre Efesios 5 y 6. Los lectores verán reflejos de ellos aquí. El Presbítero Josimar Henrique hizo transcribir al papel el contenido de las cintas, por lo que mucho le agradezco. Minka leyó y corrigió el material y agregó más cosas aún. Buena parte de estos capítulos sirvió de texto base para nuestros estudios con matrimonios en la Iglesia Evangélica Suiza de Sao Paulo. Los participantes dieron muchas y valiosas sugerencias. Dedicamos este libro a nuestros hijos Hendrika, Samuel, David y Anna, con quienes aprendimos mucho de lo que ofrecemos aquí a nuestros lectores.

Sao Paulo, agosto de 2001

Augustus Nicodemus Lopes
Minka Schalkwijk Lopes

PLENITUD DEL ESPÍRITU Y VIDA FAMILIAR

«No os embaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios».
— Efesios 5:18-6:4

No hay probablemente un área tan importante en nuestra vida y en la vida de la Iglesia cristiana como la familia. Creemos que no hay mucha duda respecto a esta afirmación. Todos nosotros concordamos en que las familias saludables y equilibradas forman un ángulo de iglesias y sociedades equilibradas. Es en familias así que los individuos pueden crecer de forma saludable. Creyendo en esto y reconociendo igualmente que la familia, de forma general, está pasando por momentos difíciles, indagaremos en este capítulo acerca de la dinámica —o del secreto, si así lo prefiere el lector— de las familias exitosas.

Efesios 5:8 al 6:4 es el texto clásico del Nuevo Testamento sobre el asunto. En él, el apóstol Pablo traza principios generales para la familia, las condiciones que rigen la relación entre padres e hijos, marido y mujer y el principio dinámico que debe controlar esas relaciones. Es en la enseñanza de ese pasaje que basaremos el presente capítulo. Pero antes de detenernos para investigarlo más de cerca, es importante recordar algunos principios generales sobre la familia cristiana enseñados en las Escrituras.

Primero, ser un cristiano verdadero no es una garantía de que el matrimonio y la vida familiar funcionarán automáticamente. Infelizmente algunas iglesias, comprometidas con las enseñanzas de la teología de la prosperidad, hacen promesas respecto al matrimonio que van más allá de aquello que Dios promete en Su Palabra. Parecen sugerir que, si hiciéramos determinados votos o cumpliéramos los rituales

por ellas estipulados, los problemas de relación con nuestro cónyuge e hijos terminarán. Pero si el secreto de matrimonios y familias felices fuera simplemente determinados rituales llevados a cabo durante cultos de liberación, ¿cuál habría sido la necesidad para Dios de poner en las Escrituras orientaciones, instrucciones, consejos y determinaciones a los maridos, mujeres y padres cristianos acerca de cómo comportarnos en familia? Ungir el retrato de mi mujer no sustituye mi deber de ejercer el papel de marido conforme a la enseñanza de las Escrituras. Es necesario educar a mis hijos en los caminos del Señor, diariamente, si deseo realmente verlos crecer como cristianos verdaderos. Ninguna corriente de oración sustituirá eso. Este primer principio busca librarnos de una idea romántica de que el simple hecho de ir a la Iglesia va a garantizarnos un matrimonio y familia felices.

Segundo, ser cristiano comprometido con los patrones bíblicos puede traer dificultades aún mayores al matrimonio. Aquel que teme a Dios y ama Su Palabra, descubrirá que las orientaciones de Dios en cuanto al matrimonio y a la familia frecuentemente no son fáciles de ser obedecidas. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sí mismos, y las esposas deben ser sumisas a sus maridos. Para las personas que no son cristianas, que no temen a Dios y no respetan Su Palabra, esto es un problema; simplemente no siguen esa orientación. Para ellas el divorcio es siempre una solución a la cual pueden acudir si las cosas empeoran (y a veces, incluso antes de llegar a este punto). Mientras tanto para los cristianos, quienes saben que Dios odia el divorcio (Malaquías 2:16), todos los esfuerzos legítimos deben ser emprendidos para la mantención de los lazos matrimoniales, cuando están amenazados por los problemas que acostumbran rondar la estabilidad de la familia. Mientras que el divorcio aparentemente es el camino más fácil y rápido para resolver una relación trastornada, los cristianos hacen camino por la vía más larga y más difícil del aprendizaje, del quebrantamiento, de la renuncia y de la reconciliación.

Tercero, matrimonio y crianza de hijos no son asuntos aparte de nuestra fe. Son asuntos sobre los cuales la Biblia se pronuncia. Por lo tanto, debemos regir nuestro matrimonio y la crianza de nuestros hijos por los principios en ella contenidos. Tenemos la tendencia de compartimentar ciertas áreas de nuestras vidas y aislarlas de nuestra santa religión. ¡Cuán frecuentemente orientamos nuestros matrimonios y familias según nuestra razón humana, según las prácticas de la sociedad moderna, nuestra propia sabiduría carnal, como las personas que no conocen a Dios! Por lo tanto, las reglas prácticas para el matrimonio y la familia, como las que encontramos en Efesios 5:18—6:4, no deben ser disociadas de la doctrina cristiana en general. O sea, no debemos caer en el viejo engaño de intentar separar práctica cristiana de teología y viceversa. Especialmente aquí en este pasaje podemos ver cómo esa división era extraña al pensamiento de los autores del Nuevo Testamento. Pablo aborda la cuestión del matrimonio bajo ¡a perspectiva de la doctrina de Cristo y de la Iglesia, y enraíza la enseñanza sobre la crianza de hijos en el Antiguo Testamento. Estamos enfatizando este punto porque creemos que sólo una comprensión adecuada de la relación entre Cristo y Su Iglesia nos ayudará a tener un matrimonio feliz. Felices son los matrimonios que comprenden bien esta analogía y que pautan su relación en ella.

Cuarto, el concepto bíblico de matrimonio es único y diferente de todos los

demás. Muchas personas piensan que el matrimonio es sólo la legalización de la atracción física, o entonces simplemente una conveniencia humana, fruto de la necesidad social. Entendemos, sin embargo, por la Escritura, que el matrimonio es una institución divina, algo creado y ordenado por Dios para la raza humana. Sabemos muy bien que ese tipo de concepción del matrimonio tiene cada vez menos adeptos. El matrimonio, como institución, ha sufrido alteraciones radicales especialmente en Occidente, debido a diversos cambios sociales: el crecimiento del número de jóvenes que practican sexo antes del matrimonio como resultado del aflojamiento de los patrones morales de la sociedad moderna; el aumento de la edad media en que las personas se casan; más y más mujeres casadas siguiendo una carrera profesional y dejando el hogar y los hijos en segundo plano; la liberalización de las leyes concernientes al divorcio; la legalización del aborto; la mejoría y mayor accesibilidad a los medios de control de la natalidad; los cambios en los papeles tradicionales del hombre y la mujer. Esos factores, entre otros, han moldeado la mentalidad occidental moderna en cuanto al matrimonio, el cual tiende cada vez más a ser encarado como una mera conveniencia social, ni siquiera siempre deseable. Entretanto, la Iglesia de Cristo, muy a pesar de estos cambios, se guía por patrones y valores más estables —en verdad, inmutables— en cuanto a matrimonio y familia. Esos patrones y valores están revelados en las Escrituras Sagradas.

LA FAMILIA EN EL CONTEXTO DEL ESPÍRITU

En el presente capítulo veremos un importante principio de las Escrituras sobre el matrimonio y la familia. Ese principio es desarrollado por el apóstol Pablo en nuestro texto y por sí sólo necesita de un estudio especial: la relación familiar debe ocurrir en el contexto de vidas llenas del Espíritu Santo. En ese pasaje, Pablo instruye a los maridos y las mujeres, padres e hijos, en cuanto a sus deberes mutuos, dándoles instrucciones que deben controlar esas relaciones. Pablo hace eso teniendo en mente que estos principios deberían concretizarse en medio de un ambiente *profundamente espiritual*. Esa es la dinámica de las familias cristianas sólidas y felices. Existen diversas evidencias que nos llevan a decir eso.

La primera es que ese pasaje, donde Pablo habla de los deberes de los padres y de los hijos, está precedido y controlado por el imperativo del verso 18: «No os embaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien **sed llenos del Espíritu**». Después de esa orden, vienen las exhortaciones y orientaciones prácticas acerca del matrimonio y la familia. La conexión entre esas dos partes se ha escapado a nuestros lectores de la Biblia, pues la mayoría de nuestras versiones trae en medio un subtítulo con letras en negrita. A pesar de que el objetivo del subtítulo es ayudar al lector a tener una idea del asunto que sigue, en ese caso termina prestando un des-servicio, pues trunca la línea de pensamiento del apóstol e interrumpe la continuidad del asunto. El lector queda con la impresión de que Pablo terminó de hablar del Espíritu Santo en el versículo 20 y que en el 21 comienza a hablar de otro asunto completamente diferente, que es la familia cristiana. En realidad, Pablo no está comenzando un nuevo asunto en el versículo 21, sino simplemente expandiendo lo que había dicho desde el 18. Esa conexión queda más fácil de percibir en el texto griego. Literalmente, los versos 21 y 22 están así: «sometiéndoos

unos a otros en el temor de Cristo, las mujeres a sus propios maridos».

Vamos a poner este punto de otra manera, para facilitar la comprensión. En el verso 18, Pablo exhorta a los creyentes: «sed llenos del Espíritu Santo». Preguntemos al apóstol cuáles son los pasos necesarios para obedecer esa orden. La respuesta viene en los versos siguientes. Él dice: «hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales» (v. 19), «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre» (v. 20), «someteos unos a otros en el temor de Dios» (v. 21). Esa última determinación significa que los cristianos deben acatar a otros cristianos que se encuentran en posición de autoridad. En los versos siguientes, el apóstol trata de estos casos en particular, desarrollando el someteos en el área del matrimonio (5:22-23), de la familia (6:1-4) y de la sociedad (6:5-9). Todo lo que Pablo enseña en esos versículos está directamente ligado con la orden a que seamos llenos del Espíritu. El vínculo es el concepto de sujeción: las esposas se sujetan a los maridos; los hijos se sujetan a sus padres; los siervos, a los señores (existe un aspecto en que el hombre y los padres también cumplen la sujeción mutua que Pablo menciona en el v. 21, que será discutido más adelante en este libro).

Por lo tanto, la enseñanza de Pablo sobre el matrimonio y la familia (y también sobre nuestras relaciones en el trabajo) es la continuación explicativa del mandamiento «someteos unos a otros en el temor de Dios», que a su vez es una explicación del mandamiento principal, «sed llenos del Espíritu».

IMPLICACIONES

La raíz de los problemas en la familia

Ese descubrimiento significa como mínimo una cosa muy importante: no podemos disociar espiritualidad de vida familiar. Todos nosotros queremos ser buenos cristianos, llenos del Espíritu Santo, de esto no tenemos duda. Podemos comenzar a ser llenos del Espíritu Santo poniendo en orden primeramente nuestro matrimonio, nuestra relación con nuestros hijos o con nuestros padres.

No podemos dejar de ver que nuestra vida espiritual afecta directamente nuestro matrimonio y nuestra familia. Hay una ligazón profunda entre esas dos dimensiones, vida llena del Espíritu y vida familiar. Creemos que eso está claro en el pasaje que estudiamos recién. La raíz de la infelicidad de muchos matrimonios — incluso cristianos— es la dureza del corazón humano. Fue a la dureza de nuestros corazones a lo que el Señor Jesús atribuyó la incapacidad de los cónyuges de resolver sus diferencias en el matrimonio, recurriendo finalmente al divorcio (Mateo 19:8). Las frecuentes exhortaciones de los apóstoles a los maridos para que amen a sus esposas y, por otro lado, a las esposas para que se sujeten a sus maridos, indican que los cristianos casados deben estar siempre alertas contra el egoísmo, la rebeldía y el orgullo de sus corazones, para que no perturben la buena paz y la felicidad del matrimonio.

Estamos convencidos de que buena parte de los problemas, angustias y tensiones que ocurren en la familia son fruto de nuestro propio pecado. No siempre, sin embargo, estamos dispuestos a admitir eso. Tenemos muchas disculpas, como

incompatibilidad de genios, falta de madurez, falta de dinero, educaciones diferentes y la vida agitada de hoy. No negamos que esas cosas contribuyen al agravamiento de las tensiones que existen en todo matrimonio y en toda familia. Entretanto, ellos no pueden impedirnos de reconocer sincera y humildemente que es nuestra falta de andar diariamente en el Espíritu la verdadera raíz de nuestra infelicidad.

Santiago hace la siguiente pregunta a los cristianos a quien escribe: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1), En otras palabras, Santiago está atribuyendo a nuestra carne —evidentemente refiriéndose a la naturaleza decaída y corrompida— las guerras y contiendas que ocurren entre nosotros. Lo que él dice en ese versículo está expresado en toda la Biblia. Por ejemplo: en Gálatas 5:19-21 encontramos una exposición del apóstol Pablo sobre las obras de la carne. No es difícil verificar que buena parte de los problemas por los cuales los matrimonios pasan hoy son extraordinariamente semejantes a las obras que el apóstol enumera, a comenzar con adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia —un conjunto de palabras griegas de sentido muy semejante y general, incluyendo la infidelidad conyugal y toda suerte de aberración o pecado en el área sexual— hasta *enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías*. La misma sensación tendríamos delante de la lista que el Señor Jesús presentó de las cosas que brotan del corazón humano: *malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias* (Mateo 15:18-19). Son esas cosas, dice el Señor, las que contaminan al hombre.

Vemos que es de la carne —término predilecto de Pablo para referirse a nuestra naturaleza corrompida y pecaminosa— que brotan las fricciones, las incomprendimientos y los conflictos en la vida del matrimonio. Es inútil querer culpar exclusivamente a una incompatibilidad de genios. Eso nos desviará de la cura eficaz.

Déjenos poner el asunto de otra forma. ¿Cuál es la razón por la cual dejamos de guardar los votos solemnes hechos en la hora del casamiento, a no ser nuestra infidelidad y dureza de corazón? Un hombre y una mujer, en pleno uso de sus facultades mentales, comparecen solemnemente delante de Dios, en presencia de todo el pueblo, y dicen el uno al otro: «Yo prometo serte fiel, yo prometo cuidar de ti, yo prometo amarte, prometo darte asistencia, suplir lo que es necesario para ti», y al mes siguiente quiebran su palabra. ¿Es incompatibilidad de genios? ¡No! ¡Es carnalidad! ¡Es pecado! Es nuestra naturaleza pecaminosa. ¿Qué es la mentira, el fingimiento, el egoísmo, la búsqueda de los propios placeres, la rebeldía de los hijos, la revuelta y la desobediencia, sino fruto de la carne?

Esa es una implicancia bastante seria de la enseñanza de Pablo que vimos antes. Él ve el matrimonio como expresión de la voluntad de Dios, desarrollándose en un contexto espiritual. Hacemos bien en preguntarnos si la mayor parte de nuestros conflictos en el matrimonio, de nuestras actitudes para con el cónyuge, para con los hijos, ¿no será resultado de nuestra falta de verdadera espiritualidad bíblica.

Educación y cultura no bastan para hacer un matrimonio feliz

Hacemos esta afirmación con mucho cuidado. Las posibilidades de que ocurran desavenencias, sufrimiento y conflictos son mayores en un matrimonio donde uno de los cónyuges no es un cristiano comprometido con el Evangelio. Por más que él o

ella sea una persona educada, culta y con experiencia, le falta la presencia del Espíritu Santo en su corazón. La educación no resuelve todos los problemas del hombre.

Hace algunos años los periódicos publicaron un escándalo ocurrido con el rector de una universidad federal en Brasil. Era un hombre que estudió en el exterior, lleno de cultura y conocimientos. Era un hombre brillante. Infelizmente, era corrupto. Acabó siendo procesado por haberse enriquecido gracias a dinero público. No estamos diciendo que todos los intelectuales y hombres cultos del país son corruptos. Sólo que existen cosas que solamente el Espíritu de Dios puede hacer. Educación, cultura y conocimiento son cosas buenas y deben, cuando es posible, ser adquiridas. Pero ellas no sustituyen el poder del Espíritu Santo que habilita a dos personas diferentes para vivir felices, año tras año, bajo el mismo techo.

Después de años de escándalo, el príncipe Carlos y la princesa Diana anunciaron en 1996 su intención de divorciarse. Cada uno confesó que había sido infiel en el matrimonio. El pomposo casamiento de Carlos y Diana, en 1981, en la famosa Catedral de San Pablo, en Londres, fue considerado el casamiento del siglo. Jóvenes, ricos, bonitos, educados y famosos, fueron sin embargo incapaces de vivir como marido y mujer. Acabaron quebrando los votos de fidelidad que habían hecho delante del mundo entero, que asistió deslumbrado a la ceremonia de su casamiento por la televisión.

Volvemos a decir que no estamos afirmando ingenuamente que parejas creyentes nunca tendrán problemas en sus matrimonios y familias. Lo que afirmamos es que, llenos del Espíritu, tendrán el poder necesario para vencer tales dificultades —cosa que una buena educación no da. Nunca dejó de impresionarnos el hecho de que hombres y mujeres ilustres, intelectuales y artistas famosos, aún habiendo sido capaces de vencer en la vida, frecuentemente tienen una vida personal y afectiva turbada, pasando por varios matrimonios, divorcios litigados y conflictos con los hijos. En su autobiografía, el multimillonario americano J. Paul Getty se refiere a sus cinco casamientos y cinco divorcios: «En resumen», dice él, «fueron cinco fracasos». En seguida él, que fue una de las personas más ricas del mundo, hace la pregunta crucial: «¿Cómo y por qué fue posible para mí construir mi propio automóvil, perforar pozos de petróleo, construir una fábrica de aviones, erigir y liderar un imperio financiero, pero no fui capaz de mantener al menos una relación marital exitosa?»

Por la gracia de Dios, incluso las personas menos cultas, conociendo a Dios, teniendo Su Espíritu y llenándose de Él, podrán ser como el más sabio de los hombres. Fue esa la experiencia de David (Salmos 119:99). Es en el temor que los padres tienen del Señor que los hijos encuentran un fuerte refugio (Proverbios 14:26).

No debemos depender de nuestras fuerzas

Inferimos también, ya que el matrimonio es visto por Pablo en el contexto del Espíritu Santo, que no podemos cumplir los términos de la relación familiar por nuestras propias fuerzas. El matrimonio deriva en privilegios y responsabilidades. Además de aquellos prescritos por la ley del país, el cristiano conoce los privilegios

y responsabilidades determinados por las Escrituras. ¿Cuál es el hombre que puede, por sí mismo, amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia? ¿Cuál es el marido que puede hacer eso en su propia fuerza humana y carnal? ¿Cuál es la mujer que, en sus propias fuerzas, se somete a su marido en el temor de Cristo, como la Iglesia está sumisa a Cristo? ¿Cuáles son los hijos que consiguen obedecer a los padres, en sus propias fuerzas? Dios nunca espera de nosotros que lo hagamos con nuestras propias fuerzas. La razón es nuestra inhabilidad e incapacidad de obedecer a Dios y hacer siempre lo que es correcto. Nosotros somos parte de una raza caída, espiritualmente depravada y limitada por los efectos del pecado. Nosotros somos hijos de Adán y de Eva; heredamos su naturaleza; nuestra mente es oscurecida por el pecado, nuestra voluntad inclinada hacia el mal, nuestro corazón endurecido. Por ese motivo no somos lo que debemos a la luz de la Palabra de Dios.

Por otro lado, no podemos perder de vista el hecho de que Pablo determina que ciertas actitudes sean tomadas por el marido y por la mujer, por los padres y por los hijos. Reconocemos que no podemos obedecer con base en nuestras propias fuerzas. Pero, eso no anula el hecho de que debemos actuar. Nehemías oró pidiendo protección de Dios y armó sus hombres para el combate [Nehemías 4:17, 23], Durante la Edad Media, los caballeros cristianos que salían al combate acostumbraban tomar la Cena con un pie en el estribo del caballo. Debemos actuar en obediencia a la Palabra de Dios, pero hacerlo en la más completa dependencia de la gracia de Dios en nuestras vidas.

Los efectos de la caída del hombre se revelan particularmente malignos en el área sexual y en el área del matrimonio. Note que todas las listas de pecado en el Nuevo Testamento son encabezadas por pecados relativos a desvíos en el área sexual. La caída del hombre afectó primariamente a su familia, y es en ella que nosotros vemos las manifestaciones más hediondas del pecado: adulterio, abandono, estupro, palizas, mentiras y fingimientos para con las personas que juramos amar y ayudar. Necesitamos ser personas llenas del Espíritu Santo, controladas por el Espíritu Santo, capacitadas por el Espíritu Santo, para que podamos obedecer a Dios en lo que dice relación con la familia y consecuentemente con un hogar feliz.

El conocido escritor irlandés Oscar Wilde describe en uno de sus libros la agonía de un hombre condenado a muerte por haber asesinado a su esposa. Andando de un lado a otro dentro de su celda, el hombre se angustia, no tanto por estar a las puertas de la muerte, sino por haber matado a aquella que amaba. Wilde escribe, en conclusión:

«Cada hombre mata aquello que ama,
Que todos oigan eso,
Algunos lo hacen con una mirada amarga,
Otros, con palabras aduladoras,
El cobarde mata con un beso,
¡Y el bravo con la espada!»

Sin la gracia de Dios en nuestros corazones, acabamos por violentar, herir e incluso matar a nuestros seres queridos, por medio de palabras, miradas, gestos — cosas de las cuales muchas veces nos arrepentimos demasiado tarde.

Espiritualidad y felicidad en el hogar

La vida en el Espíritu es el estilo de vida adecuado al matrimonio. Una persona que anda en el Espíritu tiene la vida controlada, no es una persona disoluta, que desperdicia sus bienes: es una persona que se preocupa, que es sensible a la necesidad de los otros; ¡y qué importante es eso en el matrimonio!

Una persona llena del Espíritu Santo es de fácil convivencia. Convivencia es una palabra clave en nuestros días. Las personas sin el Espíritu Santo necesitan estimulantes o anestésicos para poder convivir con las otras. ¿Por qué es que los hombres van a los bares, o a los clubes y allá la conversación sólo es mejor después de un aperitivo? Es porque el alcohol suelta la lengua, derriba las inhibiciones. Ellos se sienten más a gusto, no consiguen quedarse sin beber para poder convivir, tienen que beber para ser sociables. Es por eso que en estas fiestas sociales no pueden faltar aperitivos. Es claro, después de algún tiempo, el alcohol tiene el efecto contrario y las personas comienzan a comportarse como verdaderamente son, diciendo estupideces, haciendo comentarios indecentes y provocándose unos a otros —y la mayoría de las veces termina todo en riña. Por otro lado, una persona llena del Espíritu Santo es de fácil convivencia, es alegre, abierta; ella ama, es una persona que está buscando el bien de los otros. No hay nada mejor para un matrimonio que un alto nivel de vida espiritual.

Vamos a ver este punto más adelante. El apóstol Pablo trata en Gálatas 5:22 del «Fruto del Espíritu». Él usa el término fruto figuradamente. Significa el resultado de la obra constante y poderosa del Espíritu en la vida de los cristianos verdaderos. Comparativamente, el Espíritu es como la sabia de un árbol, que hace que los frutos aparezcan en el tiempo correcto. Como árboles de justicia, habitados e irrigados por el Espíritu de Dios, produciremos los siguientes frutos: *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*. ¡Parece incluso que Pablo tenía en mente el matrimonio cuando escribió esa lista!

Comencemos con el amor. Muchos confunden el amor en el matrimonio con atracción física o compañerismo. Aunque esas cosas ciertamente hacen parte del verdadero amor, no representan todas las dimensiones del mismo. Ese amor es comparado por Pablo al amor que Cristo tiene por Su Iglesia. Solamente por medio de la actuación del Espíritu en nosotros es que podremos amar así. Tal vez sea por eso que parejas que no viven una vida espiritual profunda no pueden disfrutar de esa dimensión de amor conyugal. Más difícil aún es cuando uno de los cónyuges no es cristiano, y por tanto no tiene el Espíritu de Dios.

El *gozo* mencionado por Pablo es también producido por el Espíritu Santo. No viene solamente cuando las finanzas domésticas están equilibradas, cuando los hijos están yendo bien en la escuela, gozando de buena salud; viene en medio de circunstancias difíciles, durante los momentos de profunda dificultad, durante las tribulaciones. ¡Qué bendición sería si pudiéramos siempre recibir a nuestro cónyuge con gozo verdadero en el corazón y en medio de las pruebas y dificultades de la vida,

exhibirlo a todo instante! Así también es la paz de la cual Pablo habla. De la misma forma menciona la paciencia. Las estadísticas confirman que la mayor parte de los divorcios ocurren porque los cónyuges no consiguen lidiar con la rabia y el resentimiento contra el otro, acumulados a través de los años. Se impacientan con los errores, fallas y provocaciones del otro y desisten de encontrar el camino a la reconciliación. La psicología moderna llama a esto incompatibilidad de genios. Admitimos que ciertos «genios» son más compatibles que otros. Sin embargo, creemos que el Espíritu Santo produce en nosotros la paciencia necesaria para aceptarnos y superar nuestras diferencias naturales. Probablemente en buena parte de los divorcios lo que existió no fue incompatibilidad de genios, sino incompatibilidad con el Espíritu Santo. Donde Él actúa, el bendito fruto de la paciencia aparece. ¿Usted siente que es su impaciencia y su irritabilidad las que causan tantos roces en el matrimonio?

La *benignidad* y la *bondad* que Pablo menciona en seguida son muy parecidas. Significan siempre buscar el bien de la persona amada. Cerca de esos conceptos está el *de fidelidad*. Esa es la cualidad de alguien en quien podemos confiar siempre. Él nunca nos decepcionará. Dios es siempre fiel, dice la Biblia (Deuteronomio 3:4), La fidelidad debería ser una de las características más marcadoras del cristiano. Ser fiel al cónyuge —especialmente ser fiel a lo que fue prometido durante la ceremonia de matrimonio— se ha vuelto una actitud cada vez más rara en la sociedad en que vivimos. Traición, adulterio e infidelidad, por el contrario, son cada vez más aceptables tanto como el divorcio. En un rasgo de profecía, el conocido Aldous Huxley, en su libro *Admirable mundo nuevo*, predice que, en un día no muy lejano, las licencias para matrimonio serán concedidas como las licencias para perro: sirven sólo por un periodo de 12 meses y permiten que usted cambie de cachorro durante ese periodo, ¡o que mantenga más de un cachorro al mismo tiempo! Solamente por la gracia y por el poder del Espíritu Santo obrando en nuestras vidas y matrimonios es que podemos cumplir aquella fidelidad de corazón que el Señor Jesús determinó (Mateo 5:8), y volver reales las promesas hechas en la ceremonia de matrimonio.

Pablo cita la *mansedumbre*. Significa gentileza de actitud y de comportamiento, en contraste con la rudeza de modales en el tratamiento de otras personas. Algunos traductores de la Biblia vertieron ese término en algunas lenguas simplemente como «siempre hablar de forma suave» o «jamás levantar la voz a otra persona». Mansedumbre es aquella capacidad dada por el Espíritu Santo que nos capacita para soportar con gentileza y paciencia las provocaciones que inevitablemente aparecen en la relación. Para los que no tienen el Espíritu, muchas veces se vuelve imposible convivir con esas cosas. El novelista escocés Robert Stevenson escribió que podemos perdonar a aquellos que no consiguen acompañar durante una explicación filosófica; pero, cuando su esposa se queda riendo cuando usted tiene los ojos llenos de lágrimas, o poniendo los ojos blancos apenas usted tiene un ataque de risa, el divorcio nos aparece como un camino cierto a seguir. Así piensan los hombres sin Dios. Mansedumbre para aguantar la ironía, el sarcasmo, los gritos, los ataques de rabia y las incomprensiones es fruto del Espíritu.

Finalmente, Pablo menciona la *templanza*, el *dominio propio*. ¡Qué importante es ese aspecto de la obra del Espíritu en nuestra vida para nuestro matrimonio!

Literalmente, significa tener control sobre su yo, sobre su ego. De todas las cualidades necesarias para un matrimonio feliz, tal vez esa sea la más importante — y la más difícil de obtener por nosotros mismos. Se cuenta que Benjamín Franklin, deseando alcanzar una vida moral perfecta, escribió en un cuaderno las doce virtudes que consideraba esenciales para una moral inatacable. Debajo de cada una, dejó espacio para registrar su comportamiento y progreso diarios. Un día, conversando con un viejo amigo evangélico, sacó su cuaderno y mostró cuán maravillosamente bien él estaba saliendo. Su amigo calmadamente le informó ¡que había omitido de la lista la virtud de la humildad! Es solamente por la gracia y por el poder del Espíritu que podemos verdaderamente tener control sobre nuestro espíritu, emociones y reacciones.

Orientaciones prácticas

Finalmente, ¿cómo ser lleno del Espíritu Santo? Nos gustaría sugerir tres direcciones básicas para usted. Y creemos firmemente que, si son obedecidas, su matrimonio puede cambiar:

1. *Reconozca la necesidad de tener una vida espiritual más profunda.* El Señor Jesucristo dijo cierta vez en el último día de una fiesta de los judíos: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (Juan 7:37-38). Se refería al Espíritu Santo. Él dijo: «Si alguno tiene sed». El primer paso es reconocer su extrema necesidad, reconocer que la causa mayor de las actitudes erróneas para con su cónyuge y de los problemas que acontecieron es la falta del fruto del Espíritu en su propia vida. No culpe a su cónyuge, ni a su temperamento, ni a las circunstancias. Acepte mansamente que fue usted quien no tuvo en su vida la plenitud del Espíritu. Comience así, reconociendo humildemente delante de Dios que necesita de Él y de Su Espíritu. Note que el Señor comparó la acción del Espíritu con el movimiento de las aguas corrientes (vivas). Cuando el agua es derramada, ella escurre buscando primero los locales más bajos y cuando los encuentra, los llena inmediatamente. El agua no sube primero a los montes. Así también el Espíritu Santo no viene a llenar corazones altivos, soberbios y orgullosos, sino a aquellos que están profundamente quebrantados. ¿Quiere comenzar a llenarse del Espíritu? Comience diciendo: «Oh, Dios, la culpa es mía, ¡perdóname!»
2. *Ore por la plenitud del Espíritu.* Suplique a Dios: «Oh, Dios, ¡dame la plenitud de tu Espíritu!» El Señor Jesús dijo cierta vez: «Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:13). El punto de esta comparación hecha por el Señor es muy claro. Dios dará más de Su Espíritu a quienes lo pidieren. Note que, según Mateo, Jesús había dicho que el Padre daría cosas buenas a los que pidiesen (Mateo 7:11). Lucas especifica que Jesús se refería especialmente al Espíritu Santo, el *summum bonum* (bien supremo). El sentido es que Dios está listo para darnos los dones y las gracias

obradas por el Espíritu (en contraste con los dones materiales que nuestros padres nos dan, cf. Proverbios 1:23; Isaías 44:3-4; Ezequiel 36:27; Joel 2:28; Juan 4:10; Juan 7:37-39). Es claro que Dios podría hacer que Su Espíritu actuase de forma más intensa en nosotros sin que al menos lo pidiéramos. Pero Él determinó que buscásemos estas cosas a través de la oración.

3. *Reforme su conducta.* Especialmente en lo que dice relación con el área familiar, hay ciertas actitudes que necesitamos reformar. Pida perdón a su cónyuge, busque la gracia de Dios para esa reforma tan necesaria. El Espíritu Santo es dado a los que obedecen a Dios (Hechos 5:32), los que andan queriendo hacer Su voluntad (Salmos 143:10). Esa reforma diaria es necesaria para que conozcamos la perfecta voluntad de Dios. El uso de los medios de gracia conduce naturalmente a la reflexión y a una actitud mental y espiritual deseable y propicia a los cambios necesarios. Así, separe tiempo diario para los devocionales particulares y domésticos, pasando tiempo con Dios, con Su Palabra, con la vida de oración.

Existen muchas personas solteras que no quieren casarse y en un sentido eso es mejor que casarse con la persona errada. Si usted es soltero y quiere casarse, la pregunta para usted es: ¿Cuánto la dimensión espiritual influencia su búsqueda y su elección? ¿Está buscando jóvenes bonitos, elegantes y altos, morenos de ojos verdes? ¿Está buscando jovencitas altas, rubias de ojos azules? ¡Qué importante es la dimensión espiritual para usted! Hoy en día los medios de comunicación nos quieren hacer creer que solamente lo que es bonito y agradable a los ojos trae felicidad. Esto no es verdad. Si así fuese, todas las estrellas de cine tendrían matrimonios felices. «Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; La mujer que teme a Jehová, ésa será alabada» (Proverbios 31:30). ¿Cuánto la dimensión espiritual está influenciando su elección?

Usted tal vez sea novio. Queremos hacer una pregunta a usted también. ¿Cuánto tiempo ustedes invierten leyendo la Biblia juntos, orando juntos y cultivando la vida espiritual? ¿Cuánto tiempo ustedes invierten buscando a Dios y preparándose espiritualmente para el matrimonio? Si esos hábitos y disciplinas espirituales no son cultivados desde temprano, difícilmente lo serán durante el matrimonio.

2

EFESIOS 5:21-24

LA SUMISIÓN DE LA ESPOSA

«No os embaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios».

— Efesios 5:18-6:4

Estamos absolutamente seguros de que las familias fuertes y bíblicamente estructuradas son la base de iglesias igualmente fuertes y bíblicas. Como el cuerpo humano que necesita de un esqueleto, una estructura, para mantenerse y funcionar, así la Iglesia necesita de la solidez y de la seguridad de familias armoniosas, unidas y fuertes.

Esto hace que se perciba la importancia y la necesidad de conocer los principios bíblicos para la estructuración de familias fuertes y felices. Familias así no se hacen románticamente, sólo «por la fe». Los que piensan que el ser creyente y el ir a la iglesia hacen que su matrimonio y su familia sean automáticamente bendecidos están absolutamente engañados. Hay principios, reglas, normas y orientaciones sobre el matrimonio y la familia revelados por Dios en las páginas de la Escritura Sagrada. Los mismos han de ser conocidos y obedecidos, si es que queremos familias fuertes que realmente sirvan para formar la base de la Iglesia poderosa para la gloria de Dios. Shane Murphy, el famoso psicólogo de atletas, dijo cierta vez: «Pensamiento positivo de poco nos ayudará. Alcanzaremos nuestras metas solamente mediante trabajo duro. No hay sustituto para el esfuerzo y para la práctica» (*Executive Book Summaries*, 1996, p.2). Evidentemente Murphy no está condenando la fe en Dios y defendiendo que solamente importan los resultados, sino simplemente constatando que en la vida —en su caso la vida deportiva— los buenos hábitos que hacen la

diferencia entre perdedores y ganadores se adquieren mediante esfuerzo, disciplina y dedicación. Podemos decir lo mismo acerca del matrimonio. Es importante que nosotros conozcamos y obedezcamos a la Palabra del Creador de la familia, a los principios que él estableció para el buen andar de la familia.

Uno de esos principios, que ya vimos en el capítulo anterior, es el principio de la espiritualidad. Creemos que este principio es extremadamente importante para el buen andar de la familia. Otro principio, que comenzaremos a abordar en el presente capítulo, tiene que ver con *el papel que cada cónyuge desempeña en el matrimonio*. Al establecer la familia, Dios prescribió diferentes funciones para el hombre y para la mujer. A pesar de haberlos creado iguales, Dios les distribuyó deberes y privilegios distintos. Conocer y asumir los papeles, deberes, privilegios y funciones del marido y de la mujer, según Dios los nombró, es un principio de fundamental importancia para el éxito del matrimonio. Creemos firmemente que la mayor parte de la infelicidad, de los conflictos y de las separaciones que ocurren en las familias son derivados de la confusión que existe sobre el papel del hombre y de la mujer en la familia. Por un lado, el machismo deforma el papel del hombre. Muchos hombres casados no saben lo que es ser masculino, marido y padre; no basta solamente con «tener pelo en el pecho» ... la famosa perra Lassie también tenía. Por otro lado, el feminismo radical, por ejemplo, deforma el papel de la mujer. Muchas mujeres casadas no saben ser femeninas, esposas ni madres. Aspectos básicos, fundamentales y más simples del matrimonio se han tornado imprecisos, vagos e indeterminados. Nadie sabe qué hacer. Todo esto es parte de una confusión mayor en la sociedad acerca de lo que significa ser hombre y lo que significa ser mujer. Los activistas feministas y gays han procurado convencer a la sociedad de que no existe diferencia fundamental entre el hombre y la mujer. Insisten que cualquier diferencia psicológica o de comportamiento entre el hombre y la mujer es inducida culturalmente y no determinada biológicamente. Mientras tanto, hay amplia y suficiente evidencia científica de que estas diferencias son biológicamente innatas. Los muchachos son muchachos y las niñas son niñas, como dicen los norteamericanos. Pero, con certeza, los movimientos feminista y gay han provocado una confusión generalizada en cuanto al papel del hombre y de la mujer en general, y esto ha actuado también en la familia.

En este capítulo comenzaremos a abordar la enseñanza bíblica sobre el papel de la mujer en el matrimonio. Ese asunto es delicado y polémico. No hay unanimidad sobre éste incluso entre estudiosos evangélicos. Expondremos aquí nuestra comprensión de lo que es la enseñanza de Pablo en el texto de Efesios 5:21-24, donde el apóstol trata del papel de la esposa.

¿POR QUÉ LAS ESPOSAS PRIMERO?

La pregunta inicial que debemos hacer es por qué Pablo, cuando se dirige al matrimonio, comienza con las esposas: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor» (Efesios 5:22). En el mundo de Pablo, el mundo oriental antiguo (y en algunos países orientales modernos) las esposas y las mujeres nunca venían primero, siempre después. Pero, contrariando la costumbre de la época, Pablo comienza con las esposas.

El motivo, así nos parece, es que el tema del pasaje es *sumisión*, tal como está en el versículo 21: «Someteos unos a otros en el temor de Dios». Pablo desarrolla ese tema en tres pares de relación: esposas y maridos, hijos y padres, siervos y señores. En cada par, él trata primero de los deberes y responsabilidades de los que están subordinados y en seguida, de los que están en autoridad. Siguiendo este raciocinio, él comienza con las esposas. Del mismo modo, Pablo se dirige primeramente a los hijos (Efesios 6:1-3) y después a los padres (6:4), cuando lo más natural sería lo opuesto. Lo mismo puede ser dicho del tratamiento que Pablo da a la relación social. Él inicia dirigiéndose a los esclavos (6:5-8) y sólo después se dirige a los señores (6:9). Así también en este estudio comenzaremos por las esposas.

¿QUÉ ES «SOMETERSE»?

La pregunta siguiente es en cuanto al sentido del verbo «someterse» que aparece en el versículo 21 y está implícito en el versículo 22 sobre el papel de la mujer. ¿Qué es lo que quiere decir? Literalmente, en la lengua original, cuando ocurre una voz pasiva, significa «ponerse bajo la autoridad de alguien». «Subordinarse», «someterse», «obedecer» son traducciones legítimas. La idea de someterse obedientemente a una autoridad está presente en todas las veces que el verbo ocurre en la voz pasiva (cf. Lucas 2:51; 10:17; Romanos 8:7; 1ª Corintios 16:16; etc.). Ese verbo era usado en el contexto militar para expresar la actitud del subordinado a su superior jerárquico. Es el mismo verbo usado para la relación entre siervos y señores (Tito 2:9; 1ª Pedro 2:12) y entre ciudadanos y los gobernantes (Romanos 13:1). Pablo lo usa aquí para expresar la actitud de la esposa para con el marido, tanto como en Colosenses 3:18 y Tito 2:5. El apóstol Pedro también lo emplea en el mismo sentido (1ª Pedro 2:12). Ambos relacionan ese mandamiento con la enseñanza del Antiguo Testamento.

Pablo explica lo que quiere decir por sumisión de tres maneras:

1. A través de una *analogía*: la esposa debe someterse a su marido de la misma manera en que todos nosotros nos sometemos al Señor Jesucristo.
2. Dándonos un *ejemplo*, que es la relación de Cristo con su Iglesia.
3. Delimitando la *extensión* del mandamiento, diciendo que la esposa debe someterse al marido «en todo».

El sentido de la sumisión atribuida a la esposa se entiende mejor si miramos Efesios 5 de una manera más amplia. Ese pasaje sugiere que la sumisión es darse incondicionalmente para completar al otro. Implica sacrificarse para hacer que la

relación entre ambos sea saludable. Fue dada al marido la responsabilidad de guiar a la familia a Dios, incluso con el sacrificio de su vida (Efesios 5:25-28). El papel de la mujer es apoyar, ayudar y sustentar al marido en el desempeño de esa misión. La meta del papel de sumisión de la esposa es, por lo tanto, mucho más amplio que simplemente aceptar resignadamente los valores de comportamiento y los valores morales del marido.

A pesar de que ese es el concepto bíblico, la idea de que la esposa debe ser sumisa al marido ha provocado fuertes reacciones dentro de la Iglesia, en años recientes. Algunos intérpretes radicales niegan que Pablo haya escrito la carta a los Efesios y la atribuyen a un «paulinista», admirador de Pablo, que escribió usando el nombre del apóstol mucho tiempo después de que éste había muerto. Ese falsificador tenía una actitud negativa hacia las mujeres. Otros estudiosos admiten que fue Pablo quien escribió, pero insisten en que él estaba reflejando los conceptos machistas de la sociedad patriarcal de aquella época. El problema con esos tipos de interpretación es que acaban por disminuir la autoridad de las Escrituras para nuestros días. Pero, incluso intérpretes comprometidos con la autoridad de las Escrituras han intentado «ablandar» el significado del término. Pero no hay cómo disfrazar su sentido obvio. El término trae la idea de autoridad, de que alguien tiene una autoridad a la cual se debe someter y también la idea de que es necesario someterse a aquella autoridad.

Antes de proseguir, hay algunas observaciones que deben hacerse aquí, para no dar lugar a los que condenan a las Escrituras y al cristianismo como responsables de la degradación y deshumanización de la mujer. Primero, que el concepto neotestamentario de sumisión a alguien que está en autoridad no deriva en la inferioridad de quien se sujeta ni en la superioridad del que está en autoridad. Se trata de *funciones* y no de valor personal. La autoridad del marido no proviene del hecho de que él es hombre, sino de que Dios le dio la tarea de gobernar y cuidar de su esposa y de la familia. Contraste el concepto cristiano con el concepto de Aristóteles, en su libro *Política*:

«Así es naturalmente con el macho y la hembra; el primero es superior, el otro, inferior; el macho gobierna, la hembra es gobernada. La misma regla vale para toda la humanidad» (Libro 1, capítulo 5).

Note que para Aristóteles el hombre, por *naturaleza*, es superior a la mujer y por eso gobierna. El concepto bíblico es bastante diferente: hombre y mujer son iguales aunque desempeñen *papeles diferentes*. Autoridad, en el concepto bíblico, no es una cosa que una persona tiene por razón de fuerza física, poder financiero o género, sino que es siempre algo *delegado* por Dios.

Segundo, la sujeción requerida de la esposa nunca es subalterna, ciega y absoluta. No es servidumbre ni esclavitud. Trataremos de ese punto más adelante, pero desde ya necesitamos dejar claro que la obediencia de la mujer cristiana — tanto como la del hombre— es a Dios, en último análisis.

¿POR QUÉ NO HAY UN MANDAMIENTO PARA QUE LAS ESPOSAS AMEN AL MARIDO?

Miremos a nuestro texto. Cuando Pablo está tratando del papel de la esposa, el mandamiento que le da es que sea sumisa al marido; no hay ningún mandamiento aquí para que ella ame al marido. ¿Cuál es la razón?

Creemos, en primer lugar, que Pablo no está dando ningún mandamiento aquí para que las esposas amen a sus maridos porque lo mismo ya está implícito en la orden «estén sujetas» (Efesios 5:22). El concepto bíblico de sumisión de la esposa incluye el amor por el marido. No siempre, es verdad, será fácil para la esposa cristiana someterse y amar al mismo tiempo, pero este es el ideal divino. La sumisión siempre debería ser en amor, respeto, gratitud y reconocimiento. Y esto se vuelve más fácil cuando la esposa comprende y *acepta* el papel que Dios le reservó en el matrimonio. Al decir «estén sujetas», Pablo estaba diciendo también «amen a su marido, cuiden de él, preocupense de él, ayúdenlo como ayudadoras idóneas y fieles, sean compañeras de él, en todos los momentos».

Otra razón por la que no hay un mandamiento así es que aquí Pablo no está haciendo una exposición exhaustiva de los deberes de cada cónyuge, pero se preocupa por destacar los puntos esenciales del papel de cada uno, aquellos indispensables para que se mantenga la armonía del matrimonio. Él está enfatizando las áreas en que cada cónyuge debe concentrarse. La mujer debe poner el ojo en la sumisión y el marido en el amor, para que la armonía se mantenga. Esto no quiere decir que la esposa no debe amar a su marido, y tampoco quiere decir que el marido no pueda oír y aceptar la opinión de la esposa y ceder delante de la voluntad de ella. Pablo está sólo destacando aquello que es pertinente a cada cónyuge.

Debemos recordar que, aunque no haya un imperativo explícito dirigido a las esposas para que amen el marido, la Palabra de Dios nos enseña que ellas deben *aprender* a amar a sus maridos: «Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos» (Tito 2:3-4). Hacia lo que todo indica es que había en las iglesias apostólicas grupos de mujeres ancianas, viudas, antiguas en el Evangelio, que tenían entre otras responsabilidades la instrucción de las jóvenes recién casadas, especialmente acerca de cómo amar al marido y a los hijos (vea otras responsabilidades de estos grupos en 1- Timoteo 5:9-10). En términos prácticos, para que este método pudiese ser utilizado con provecho en las iglesias locales, sería necesario encontrar maneras creativas de vencer los efectos del *generation gap*¹ entre las mujeres casadas de la generación anterior y de esta generación. Mientras tanto, dejando por el momento esta cuestión de lado, podemos percibir que la determinación del apóstol Pablo es crucial. Muestra que la esposa debe *aprender* a amar a su marido. De ello se deriva que el amor de la esposa por el marido (y viceversa, con certeza) es algo que puede ser aprendido (note que Pablo también menciona amar a los hijos, un mandamiento muy necesario hoy, cuando

¹ Las diferencias entre las generaciones.

muchas mujeres casadas prefieren criar perritos a tener hijos).

Este concepto corre contrario al concepto del mundo. El mundo enseña que el amor entre el marido y la esposa es una cosa que usted tiene o no tiene, y que cuando no lo tiene, se acabó el matrimonio. En una carta escrita a su futuro marido, Lady Mary Montagu dice: «Sé que el amor puede revivir, donde hubo inconstancia, ausencia e incluso fidelidad. Pero no hay retorno para el amor donde prevalece la náusea por la saciedad». O sea, ella establece como condición para que su amor permanezca vivo por el marido que él mismo nunca sienta aburrimiento con ella. Ahí llegaría el fin del amor entre ellos. Esta es la visión del mundo.

En contraste, la Palabra de Dios enseña que el amor en el matrimonio es algo que se aprende. O sea, cuando la pasión y el romance iniciales se acaban, está en la hora de aprender a amar de verdad, a dar a la pasión y al romance la dimensión del amor que generalmente falta en ellos, cuando están inmaduros. Note que esa tarea de enseñar a las esposas a que amen al marido no fue entregada por Pablo a los pastores de las iglesias, sino a las señoras más ancianas. De esto se desprende otro punto muy importante: a medida que el matrimonio va progresando a lo largo de los años, el amor de la esposa por el marido se vuelve más concreto, más palpable, más enraizado, de tal forma que ella puede ser maestra en esta área. El amor por el marido que debe ser aprendido consiste en aprender a ayudarlo y asistirlo, buscar su honra, procurar agradarlo en todo, buscar la paz, la armonía y la unión en el matrimonio, simpatizarse con el marido en sus sufrimientos, tribulaciones y angustias, entre otras cosas.

Le preguntamos a usted, hermana en Cristo, ya casada hace muchos años: ¿usted podría tomar bajo sus cuidados a una joven recién casada y enseñarle cómo amar al marido de ella? ¿Usted ya aprendió a amar a su propio marido, de tal forma que podría instruir a una joven recién casada a amar al suyo? El amor es una cosa que se aprende.

RAZONES PARA SOMETERSE

Veamos en seguida las razones que el apóstol Pablo da por las cuales las esposas deben someterse. Él no hace como algunos maridos, a quienes les gusta mucho recitar ciegamente estos versículos en la hora de la pelea, sin entender los motivos presentados. Comprender eso es esencial para la esposa y principalmente para el marido. Dios quiere obediencia, dispuesta, pero no ciega. Dios quiere que entendamos lo que estamos haciendo. Llamamos su atención, esposa, novia y enamorada, para las razones por las cuales la Biblia ordena que la esposa se someta a la autoridad de su marido.

Razón devocional

La primera razón es *devocional*. Pablo dice a la esposa que ella debe someterse a su marido «como al Señor» (cf. también el versículo 21, «sometiéndooos unos a otros en el temor de Cristo»). Está claro que es *por causa de Cristo* que esa determinación ha de ser cumplida. ¿Qué significa someterse al marido «como al Señor»? En el pasaje paralelo de Colosenses 3:18 Pablo dice «Casadas, estad sujetas a vuestros maridos,

como **conviene** en el Señor». ¿Cuál es la conveniencia de su sumisión? Podemos pensar en varias respuestas. Es el Señor quien determinó así y por amor y reverencia a Él, la esposa debe acatar sus mandamientos. O aún más, porque el Señor está siempre presente y todo lo observa; vivimos delante de sus ojos; por lo tanto, la esposa debe someterse sinceramente, voluntariamente, de corazón dispuesto. O aún más, que esa sumisión debe ser solamente en aquellas cosas determinadas y ordenadas por el Señor. O aún más, que la autoridad del marido fue delegada por Cristo y, por lo tanto, al someterse a él, la esposa está igualmente sometiendo al Señor. Puede ser que Pablo haya tenido todas esas cosas en mente. Lo que nos importa, por el momento, es que por todas esas razones —y todas ellas apuntan a Cristo— la esposa debería acatar y aceptar la autoridad de su marido.

Necesitamos esclarecer algunos puntos. El primero es éste: la determinación del apóstol no significa que esté exigiendo de la esposa una *sumisión absoluta e incondicional a su marido*, como la que ella presta a Jesucristo. La sumisión de la esposa a Jesús es diferente de la sumisión a su marido. La esposa se somete absoluta y radicalmente a la autoridad de Jesucristo, que es cabeza de la familia, y es cabeza de todo hombre y toda mujer. Como resultado de esa sumisión y como implicancia, ella se somete a su marido.

Las esposas deberían concientizarse del hecho de que, para conseguir someterse al marido, necesitan tener una vida devocional activa y fructífera. La esposa necesita primeramente estar sujeta a Cristo; ninguna esposa va a conseguir acatar sinceramente la autoridad de su marido si no fuera una fiel discípula del Señor Jesucristo. De ahí la importancia de cultivar una vida llena del Espíritu, una vida en comunión con Dios, una vida de un alto nivel de espiritualidad. Pues, de otra forma, la sumisión será, realmente, una esclavitud. Pero si ella se somete por amor a Jesucristo, la sumisión se volverá un acto agradable. En último análisis, ella está sometiendo a Jesucristo cuando acata voluntariamente la voluntad de su marido.

La obediencia al marido es consecuencia de la sumisión al Señor Jesucristo. Toma en cuenta la enseñanza del Señor y las cosas que le agradan. Por temor y amor a Cristo, la esposa se someterá a las autoridades que Dios puso en su vida. Esto no quiere decir que ella no pueda exponer sus opiniones, conversar y dialogar con su marido. Ella hace todas esas cosas sabiendo que Dios puso en las manos de su marido la autoridad final para decidir, cuando no es posible llegar a un acuerdo. Cuando la decisión final es tomada, ella se somete como se somete a Jesucristo, por temor a Jesucristo, por obediencia al Señor Jesucristo.

Infelizmente algunos maridos interpretan mal los intentos de la esposa de expresar sus opiniones, como si ella quisiese pasar por encima de su autoridad. Muchas esposas prefieren recogerse al silencio o a la indiferencia para preservar alguna medida de paz en el matrimonio. La sumisión aparente de ellas está lejos de ser aquella prescrita por Pablo. Los maridos deberían humillarse delante de Dios y conversar francamente con su esposa, dándole libertad para claramente expresarse y también para decir si ella se siente a gusto para decir lo que piensa. Muchos maridos se encontrarán con una sorpresa, ¡y descubrirán que —incluso inconscientemente— son más dominadores y «machistas» de lo que pensaban!

Otro punto a ser aclarado es que la sumisión por motivos devocionales es absolutamente *voluntaria y espontánea*. El verbo «someterse» trae una idea de

voluntariedad. Es la mujer quien se somete a sí misma. Ni Pablo ni ningún otro escritor bíblico ordena que el marido someta a la mujer a su autoridad. La sumisión exigida a la esposa es voluntaria, es consciente. La esposa cristiana, por amor y temor a Jesucristo, voluntariamente acatará la voluntad de su Salvador en su vida y aceptará los planes de Él para el matrimonio y la familia. Ella no se rebelará contra la voluntad del Señor, pues su deseo mayor es siempre agradarle y glorificarle.

En ese sentido, la esposa creyente es bastante diferente de las esposas que no temen ni aman al Señor Jesús y esa diferencia podrá ser la puerta para un testimonio evangelístico tremendo. Sus amigas preguntarán: «¿Cómo es que tú, una persona inteligente, culta, de visión, te sometes a tu marido? Respetar puede ser, ¿pero obedecer y someterte? Tú eres diferente a nosotras, ¿cómo lo consigues?» Entonces, la esposa creyente puede decir: «¡Ah! Es por causa de mi Señor» y desde ahí proseguir testificando del poder y del amor de Cristo en su propia vida. La esposa creyente es diferente, no es como las demás; ella ama al Señor Jesús, está sometida a Él, y por amor a Él, se somete a la autoridad que Dios puso en su vida, que es su marido.

Razón teológica

La segunda razón es *teológica*. Probablemente sea la razón más profunda de las que el apóstol ofrece en este pasaje:

«Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido *es cabeza de la mujer*, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador» (Efesios 5:22 y 23).

Aquí está la razón clara y directa que Pablo presenta a la esposa cristiana: ella debe someterse a su marido porque él es su *cabeza*. Algunos estudiosos desean ablandar las implicaciones de lo que Pablo dice e interpretan el término «cabeza» simplemente como origen o derivación. Pero en el sentido natural del término es «autoridad», como se encuentra incluso en muchas obras griegas de la época. No tenemos cómo disfrazar el peso de lo que Pablo escribe aquí.

Este texto nos introduce al principio bíblico de la ordenación divina para el mundo. Cuando creó y estructuró el universo, no lo hizo un universo caótico, anárquico, sin orden y confuso. Para organizarlo, Dios usó el principio de *delegar autoridades*. Nuestros gobiernos son construidos en esa base. La sociedad sólo puede existir y continuar porque existen autoridades con la responsabilidad de gobernarla con justicia y según el derecho. En la propia Iglesia hay autoridades delegadas para que la Iglesia pueda caminar. En todas las áreas de la vida humana el principio de estructuración de Dios es el mismo. El plan de Dios para la sociedad es que tenga gobernantes. El plan de Dios para la Iglesia es que tenga gobernantes. Y, siguiendo este mismo esquema, el plan de Dios para la familia obedece al mismo principio: la familia tiene un cabeza, un gobernante, un líder, que es el marido. Fue así como Dios estructuró el mundo que creó. La anarquía y la falta de gobierno no hacen parte del plan original del Creador. Es verdad que cuando la autoridad legal extrapola sus funciones, se vuelve la peor forma de opresión que conocemos. Entretanto, los abusos de autoridad en la Historia y en la experiencia de las personas

no significan que el principio deba ser rechazado. Él permanece siendo la manera sabia por la cual Dios permite una cierta dosis de organización y funcionamiento en la sociedad.

La propia divinidad sigue ese principio jerárquico. En 1ª Corintios 11:3 Pablo escribe: «Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo». Nosotros sabemos que Dios Hijo es igual a Dios Padre en gloria, honra y poder. Eso es lo que profesamos y creemos. Mientras tanto, por causa de la salvación de la Humanidad, el Hijo voluntariamente se sometió al Padre para consumir el plan de la redención. Se despojó de su gloria y se encarnó como hombre (Filipenses 2:5-8). En ese sentido, el Hijo puede decir «el Padre mayor es que yo» (Juan 14:28). Padre e Hijo son iguales. Mientras tanto, el Padre es cabeza del Hijo en lo que respecta al plan de la redención del hombre.

Ese mismo principio obra en el matrimonio. El marido no es superior o mejor que la esposa. Intrínsecamente, ambos tienen el mismo valor delante de Dios. Es eso lo que Pablo enseña: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gálatas 3:28). Pero, cuando se trata del orden familiar, Pablo agrega que la mujer se somete a la autoridad de su marido, como Cristo se sometió a la autoridad del Padre en el plan de la salvación. El marido es cabeza de la mujer, como el Padre es *cabeza* del Hijo. Y eso no significa juicio de valor o superioridad intrínseca.

Denominamos *teológica* esta razón porque se apoya en un punto teológico crucial, que es el propio ser de Dios. Partiendo desde la relación entre Padre e Hijo, Pablo establece una jerarquía que desciende hasta la familia. Un orden divino que comienza en Dios Padre y termina en los hijos, si siguiéramos la cadena jerárquica hasta el final. Muchos estudiosos inconformes con las implicaciones de ese pasaje llegan incluso a negar el concepto de que el Hijo está sujeto al Padre, ya que perciben que esa es la base del argumento de Pablo para la sumisión de la esposa. Pero es solamente negando la enseñanza clara de las Escrituras y el pensamiento histórico de la Iglesia Cristiana que alguien se puede librar de las implicaciones claras de ese pasaje.

Los que entienden la posición de sumisión de la esposa como una cosa ya pasada, restringida al pensamiento machista de la sociedad patriarcal de aquella época, dejan sin explicación el sólido anclaje teológico de Pablo en las relaciones internas de la Trinidad. Mientras la Trinidad sea lo que es, el principio de subordinación a la cabeza permanece válido para el matrimonio.

FUNDAMENTOS BÍBLICOS PARA EL CONCEPTO DE SUMISIÓN

Vamos a detenernos un poco más en ese concepto de Pablo de que el hombre es cabeza de la mujer. Es polémico y ha sido recibido con mucha resistencia incluso por evangélicos. Examinemos los fundamentos bíblicos de esa enseñanza. Aunque mucho pueda ser dicho en ese contexto, creemos que hay principalmente dos fundamentos que dan sustento a la enseñanza de Pablo.

El fundamento de la Creación

El primero es la enseñanza de la Biblia sobre el modo por el cual Dios creó al hombre y a la mujer. Hay varias inferencias del relato de Génesis que son usadas en el Nuevo Testamento —especialmente por Pablo— con respecto al papel de la mujer en la Iglesia y en la familia. Una de ellas es ésta: el hombre es cabeza de la mujer porque fue creado primero que ella. Después de crear al hombre, Dios vio que no era bueno que él estuviese solo, e hizo una ayudadora idónea para él. Esto es lo que nos enseña la Palabra de Dios en Génesis 2:18: «Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él».

Pablo se refirió a la secuencia de la creación como argumento comprobatorio para su enseñanza en cuanto al papel de la mujer en la Iglesia: «Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva» (1ª Timoteo 2:12 y 13).

Otra inferencia es que la mujer fue hecha del hombre y no el hombre de la mujer. Ese hecho es indicativo de que al hombre Dios delegó la función de liderazgo (Génesis 2:21 y 22). El apóstol Pablo alude a ese hecho en 1ª Corintios 11:9 y 10: «y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles».

Pablo está intentando, en este capítulo de su primera carta a los Corintios, instruir a las mujeres cristianas a que continúen usando velo en sus participaciones en el culto público. El argumento del apóstol es que la mujer está bajo autoridad, como el relato de la creación enseña. El velo, en la cultura de aquella época, representaba ese principio.

Lo que deseamos destacar es que el argumento de Pablo en Efesios 5 —el hombre es cabeza de la mujer— está fundamentado en la propia creación. Algunos estudiosos no están de acuerdo con ese punto, diciendo que según Génesis 1:26 y 27, Dios creó al hombre y a la mujer iguales y dio a ambos la tarea de dominar el mundo y cultivarlo. La dominación del hombre sobre la mujer es resultado únicamente de la caída, y no de la creación. Mientras tanto, debemos tener en mente que Génesis 1 nos relata la creación del hombre y de la mujer en términos generales, mientras que en Génesis 2 tenemos un relato más detallado; en ese relato leemos que el hombre fue creado primero, que la mujer fue creada de él y para serle una ayuda idónea. Es así como Pablo entiende el relato de la creación. Algunos inconformes con la enseñanza de Génesis 2 rechazan ese relato argumentando que es un relato secundario, una fuente que contradice la fuente de Génesis 1, y que debe por lo tanto ser rechazada.

Pero, si aceptamos la autoridad canónica del libro de Génesis — incluyendo el capítulo 2— concluimos que la esposa debe acatar la autoridad del marido, no solamente por amor y reverencia a Jesucristo, sino porque su marido es su cabeza, una posición establecida el día en que Dios creó el primer matrimonio. Una de las causas de la crisis enfrentada por la familia en nuestros días es que la Iglesia, después del racionalismo, viene creyendo cada vez menos en el relato de la creación. Influenciados por las teorías de científicos evolucionistas, muchos estudiosos bíblicos ya no creen que el relato de la creación en Génesis deba ser entendido como

«historia» real. Es poesía o pura teología. Donde el relato de la creación es desacreditado, se acaba el fundamento bíblico para la posición del marido como cabeza de la familia. No es de admirar que el movimiento feminista ganó espacio principalmente dentro de las denominaciones que permiten una lectura evolucionista del libro de Génesis.

Si eso ocurre en la Iglesia, mucho más en el mundo. No es porque sí que las familias hoy, en el mundo, son lo que son. No hay ninguna razón permanente, ninguna razón ideológica y profunda, para que la mujer se someta a su marido. El mundo no cree en la Creación. Cree en la evolución, que el hombre vino del mono. Cree que el mundo es gobernado por cambios que acontecen uno después del otro, bajo muchas y diferentes influencias, al sabor del azar. Si no existe un Dios que creó y estableció la familia, si el relato de la Creación fue una leyenda o un mito, ¿cuál es el argumento, ¿cuál es la base, cuál es la razón, cuál es el fundamento y cuál es el principio para que la mujer se someta inteligentemente a su marido? Ninguno. Sin el relato de la Creación, resta sólo el argumento de la fuerza física: el hombre domina a la mujer, imponiéndose a ella por la fuerza, a través del aporreamiento, las intimidaciones, las agresiones y las humillaciones, tan frecuentes en los matrimonios y relaciones de la sociedad moderna. De ahí la importancia de que las iglesias evangélicas estén firmes en la sana doctrina de la Palabra de Dios. No es posible edificar una iglesia para la gloria de Dios, si abandonamos la autoridad de las Escrituras.

Razón teológica

El segundo fundamento se basa en el relato de la caída. Infelizmente el hombre y la mujer no permanecieron en el estado de inocencia en que fueron creados, sino que cayeron. En Génesis 3:1-6 está narrada la caída del hombre. De acuerdo con éste, fue la mujer quien cayó primero. Eva vio el fruto, lo consideró agradable, fue allá, lo tomó, comió, desobedeciendo a Dios, lo llevó al marido y él comió también. El marido comió el fruto y cayó también. El orden en que el pecado entró en la raza humana no pasó desapercibido para Pablo. Él lo usó como apoyo para su instrucción a Timoteo de que no permitiese que la mujer ejerciera autoridad propia del hombre:

«La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión» (1^a Timoteo 2:11-14).

El argumento de Pablo es que quien cayó primero no fue el hombre, y sí la mujer. Pero no es sólo el orden en que la caída ocurrió lo que sirve de fundamento; sino el castigo impuesto por Dios a la mujer. Al repartir el justo castigo a cada uno de los involucrados en la caída (el hombre, la mujer y Satanás), Dios dijo a la mujer:

«Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Génesis 3:16).

Ese castigo representa una *intensificación* de la posición de la mujer en relación a su marido, que ya había sido instituida en la creación. Por el orden en que fueron creados quedó claro que la función del marido es liderar y la de la esposa es someterse; el orden en que el primer matrimonio pecó y el castigo impuesto a la mujer vinieron a agravar e intensificar esa posición. El pecado de la mujer, en verdad, consistió en salir de su posición de ayudadora e intentó usurpar la autoridad y el poder. Por ese motivo Dios la castigó reduciéndola a total sujeción. Lo que había sido planeado para ser una relación de alegría y realización en el cumplimiento de diferentes funciones, pasaría a ser ahora algo penoso y difícil.

El Evangelio de Dios vino a librarnos de los efectos negativos de la caída sobre el papel diferenciado del marido y de la esposa instituidos en la Creación. Cosas como machismo, arbitrariedad, autoritarismo, opresión y humillación de la esposa no caben dentro del matrimonio cristiano. Mientras tanto, eso no significa que quedan abolidos por el Evangelio los diferentes papeles del marido y de la esposa. El Evangelio confirma y da el poder y la gracia para usar nuestros dones para servirnos unos a otros de acuerdo con la ordenación y distribución de tareas que Dios nos dio.

CONCLUSIONES

Concluyendo esta exposición de los principios bíblicos de la sumisión femenina, en resumen, podemos afirmar lo siguiente:

1. La doctrina de la sumisión de la mujer a su marido enseñada por Pablo no debe ser vista como contextual y provinciana, y por lo tanto, sin validez para nuestros días. No es una cuestión de costumbres de los pueblos, no es fruto del machismo existente en la sociedad patriarcal de la época de Pablo. Esta doctrina es histórica, teológica y bíblica. Es un principio permanente y válido para todas las épocas y en todo lugar.
2. Esta doctrina no implica la superioridad del hombre ni la desvalorización de la mujer. Cada vez que eso aconteció en la historia —tanto como en nuestros días— es porque se dejó de observar correctamente el principio bíblico. Como otras doctrinas, ésta también fue torcida y llevada al mal. Ese principio ha sido torcido y usado como una avalancha de opresión y de abuso por parte de los maridos para con sus esposas. Es muy triste ver eso sucediendo incluso en nuestras iglesias.
3. El problema básico de muchas familias es la falta de respeto y obediencia a la autoridad, por parte de los hijos en relación a los padres, y por parte de las esposas en relación a los maridos. En un cierto sentido, podemos comprender esa actitud. Lo que se ve en nuestros días es que el marido está abandonando cada vez más la posición que Dios le dio en el matrimonio. Él alega no tener tiempo, dejando que la mujer cuide de la disciplina de los hijos, cosa que es su responsabilidad como cabeza de la familia. Él viene abandonando lentamente su posición de autoridad. Ya no tiene control, ya no orienta su hogar. Está muy ocupado con los negocios y con otros quehaceres. Los hijos van creciendo sin saber qué es atender al liderazgo y a la autoridad

del padre. Algunos padres viven quejándose: «mis hijos son muy rebeldes, mi esposa no me respeta, mi familia está en un caos». Preguntamos «¿Tú ejerces el papel de líder que Dios te dio? ¿Asumes tu posición de jefe de hogar en amor, como Dios manda, o con autoridad mundana? ¿Por qué, entonces, reclamas de tu esposa y de tus hijos?» Cuando no hay observancia en la familia de los principios que Dios estableció, luego vienen los conflictos.

Hoy en día, en nombre de una falsa igualdad para todos, se está queriendo quebrar el orden de autoridad con el cual Dios constituyó e hizo el mundo. El movimiento feminista, en cierto sentido está queriendo hacer algunas cosas buenas, porque en algunos lugares la mujer realmente es esclavizada; pero, va demasiado lejos cuando quiere, incluso, lanzar por tierra la manera en que Dios estructuró la familia. No es impensadamente que las familias de hoy son desestructuradas, que el número de divorcios viene creciendo, y que los hijos están volviéndose drogadictos y viciosos.

Finalmente, una palabra a la esposa cristiana. Hay una necesidad profunda de que usted comprenda los fundamentos de su posición. Usted no fue llamada a ser esclava, oprimida, humillada; pero sí fue llamada para, como sierva de Dios, obedientemente, cristianamente, en amor, conscientemente, reconocer y someterse a la autoridad de su marido. Sea que usted sea más culta que él, más espiritual que él, o cualquier cosa más que él, esto no importa, él es la autoridad que Dios puso en su vida. Usted necesita comprender esto y en amor someterse.

También, una palabra a las solteras, enamoradas y novias. No se casen con un hombre al cual conscientemente no puedan prometer sumisión voluntaria. Es preferible cerrar hoy esa relación. No sigas adelante, pues harás de tu vida, de la vida de él y también de las de sus hijos, un infierno. Cásate con un hombre a quien puedas voluntariamente someterte. La sumisión al marido, dentro de los términos bíblicos, es uno de los fundamentos del matrimonio y de la familia. Sin ella, la vida del matrimonio y de la familia será pervertida. Si tú tienes por naturaleza un temperamento y un genio rebelde y no sumiso, es necesario santificarlos; es necesario aprender el dominio propio, que es fruto del Espíritu, antes de aventurarte en el matrimonio.

3

EFESIOS 5:21-24 LA SUMISIÓN DE LA ESPOSA (2ª PARTE)

«Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo».

— Efesios 5:21-24

Una de las acusaciones a la Iglesia cristiana por el movimiento feminista extremo, surgido a mediados de este siglo, fue que el cristianismo es uno de los mayores responsables por la desvalorización, opresión y deshumanización de la mujer a través de la Historia. Las Escrituras Sagradas, especialmente el Antiguo Testamento, son identificadas como la fuente de esa opresión. Ni siquiera el Nuevo Testamento escapa: el apóstol Pablo es el peor; él es prejuicioso contra las mujeres, tiene miedo de que ellas tomen autoridad en las iglesias que él fundó y por lo tanto siempre determina que ellas se queden calladas, que no enseñen, que se sometan a su marido.

En algunos medios evangélicos, los cristianos tienden a interpretar a Pablo culturalmente, cada vez que en sus escritos parece hacer inferior a la mujer en relación al hombre. Defienden, en otras palabras, que las cosas que él escribió sobre la mujer fueron fruto de su cultura oriental, fruto de la predominancia masculina de la sociedad patriarcal de aquella época. Hoy en día continúan esos cristianos, vivimos tiempos más claros y liberados, donde la mujer asumió otra posición dentro de la sociedad, bastante diferente de aquella posición de inferioridad y humillación de la época de Pablo. Si Pablo estuviera vivo hoy, él no escribiría las mismas cosas.

Por eso, dicen ellos, debemos interpretar a Pablo a la luz de su contexto. En otras palabras, sumisión femenina, obediencia de la mujer a su marido, es una cosa que pertenece al pasado bíblico. Nosotros debemos reinterpretar la enseñanza de las Escrituras en cuanto a la sumisión de la esposa.

El problema con ese tipo de interpretación es que, sin prueba o evidencia conclusiva de la filosofía o de la historia, insiste en que nadie puede extrapolar el condicionamiento cultural, lingüístico y social en que nació y fue criado, al punto de poder percibir y expresar verdades y conceptos que van más allá de los límites de su cultura, raza, tribu, aldea o lengua. Otro problema es que, para ser coherentes, tendrán que sustentar que no solamente la enseñanza de Pablo sobre las mujeres, sino también toda su predicación fue condicionada por las categorías y por la cosmovisión de su época, de forma que nada de lo que escribió tiene importancia para el mundo moderno de hoy. Esa es una conclusión a la cual ni siquiera los feministas evangélicos desean llegar.

En el capítulo anterior verificamos que la enseñanza de Pablo sobre la sumisión de la esposa no está condicionada por la perspectiva «machista» de su época —en verdad, Pablo tiene conceptos en cuanto a los privilegios de la esposa que sobrepasan por mucho al patriarcalismo de sus días—, y sus argumentos son teológicos, bíblicos, y por lo tanto duraderos. La mujer debe ser sumisa a su marido porque primero fue creado el hombre y después la mujer; porque la mujer fue hecha del hombre y no el hombre de la mujer; porque la mujer cayó primero. Eso nos muestra que Pablo siempre está volviendo al Antiguo Testamento como base para su argumentación.

Tal como vimos también, su instrucción a que las esposas sean sumisas a sus maridos naturalmente no significa humillación, servilismo o esclavitud de la esposa a los caprichos del marido. Un estudio de la versión brasileña de la revista *Vea* (en portugués, *Veja*) constató algunos años atrás que la gran mayoría de los maridos evangélicos pide la opinión a su esposa antes de decidir cualquier cosa.

En el presente capítulo intentaremos entender mejor el tema de la sumisión de la esposa, ya iniciado en el capítulo anterior. Es claro que no podremos tratar el tema en forma exhaustiva. La enorme cantidad de libros y artículos escritos por defensores de todas las posiciones en cuanto al asunto demuestra la futilidad de una empresa de ese tipo. Aquí, nos limitaremos sólo a entender mejor el papel de la esposa a la luz de la analogía que el apóstol Pablo hace de la relación entre Cristo y la Iglesia con la relación marido y mujer.

En Efesios 5:23, después de decir que el marido es cabeza de la mujer, Pablo introduce la analogía en estos términos: «así como Cristo es cabeza de la iglesia». Él repite la analogía en el versículo 24: como la iglesia está sujeta a Cristo que es su cabeza, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Necesitamos, por lo tanto, entender la relación entre Cristo y la Iglesia para entender correctamente el argumento del apóstol Pablo en cuanto al papel de la esposa.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Hagamos algunas observaciones generales antes de proseguir. Primero, que la analogía Cristo—Iglesia viene a comprobar lo que ya dijimos en cuanto al carácter

teológico de la enseñanza de Pablo respecto a la sumisión de la esposa. Cristo es y siempre será la cabeza de la Iglesia. En todas las épocas y en todas las culturas. Igualmente, la Iglesia siempre es y siempre será sumisa a Cristo; no solamente en la época apostólica patriarcal o en regiones y culturas «machistas», sino en todas las épocas y áreas del mundo. Debemos asumir todas las implicaciones de la analogía de Pablo. Lo mismo vale para la relación entre el marido y la mujer. De ahí una vez más insistimos en el punto de que la instrucción de Pablo no es culturalmente limitada sino que es permanente, en cuanto a la relación marido y mujer, y en cuanto a perseverar la institución del matrimonio.

Una segunda observación es que en Efesios 5 Pablo está hablando primariamente de matrimonios creyentes. Lógicamente, lo que él enseña acerca de la posición de la mujer es válido también para las mujeres cristianas casadas con hombres no creyentes. Mientras tanto, es claro que sólo matrimonios creyentes pueden disfrutar de los privilegios resultantes de la comprensión de esa doctrina. Matrimonios «mixtos» pueden pasar por conflictos en esa área. La esposa creyente entiende la enseñanza de Pablo acerca de la relación entre Cristo y su Iglesia. Ella acepta la analogía de que, como la Iglesia está sometida a Cristo, debe ser sumisa a su marido. Su confianza en que la enseñanza de Pablo acerca de la relación Cristo—Iglesia fue inspirada por Dios es un fuerte argumento para ella. Pero, su marido no creyente no entiende ese tipo de argumentación. Están divididos; la situación puede volverse muy difícil; en ese estado, el matrimonio no puede disfrutar inteligentemente, espiritualmente, de todas las dimensiones de la relación entre marido y mujer.

Ese tal vez sea uno de los argumentos más persuasivos contra matrimonios de creyentes con no creyentes. El cónyuge que no es creyente no estará en condiciones de entender enseñanzas acerca del matrimonio como esta del apóstol Pablo en Efesios 5. Eso hace que la esposa no creyente considere la sumisión una píldora muy amarga y difícil de ingerir. El marido no creyente, a su vez, rechazando la enseñanza de las Escrituras, tiende muchas veces a extrapolar los límites de la sumisión de la esposa.

Imaginen la situación: ¡el pastor en la ceremonia de matrimonio preguntando a un novio no creyente si él promete amar a su futura esposa así como Cristo amó a Su Iglesia! El novio ni siquiera sabe lo que es eso y mucho menos tendrá el poder para amar como Cristo amó. Pablo llama a la doctrina de Cristo y la Iglesia como un gran *misterio* (Efesios 5:32). Hace parte de la enseñanza de Dios revelada a sus hijos. Los incrédulos no lo comprenden, así como tampoco reciben los demás elementos de la predicación evangélica (1ª Corintios 2:14). Acaba siendo casi una farsa para un pastor evangélico hacer ese tipo de pregunta a un novio o novia no creyente, fingiendo que ellos entienden y podrán hacer lo que prometen. Por definición, los creyentes son capaces de entender ese misterio y por el poder del Espíritu que en ellos habita, son capaces de obedecer a la enseñanza de Pablo en cuanto al papel de la esposa y del marido en el matrimonio. Lo mismo no puede ser dicho sobre un cónyuge no creyente, por más comportado, bonachón y educado que él sea.

Una tercera observación es que esa analogía Cristo—Iglesia se vuelve un incentivo a los matrimonios creyentes para estudiar las Escrituras, buscando profundizar cada vez más en el misterio sublime de esa doctrina. La relación entre

el marido y la mujer es paralela a la relación entre Cristo y la Iglesia, y la comprensión doctrinaria de la misma trae beneficios para la esposa y el marido. Ambos deben crecer espiritualmente para disfrutar más abundantemente de esa doctrina en el matrimonio.

LA RELACIÓN ENTRE CRISTO Y LA IGLESIA

Efesios 1:22 y 23

Después de esas observaciones preliminares, vamos a intentar entender el significado de la relación Cristo—Iglesia en la enseñanza de Pablo. Él se refiere a esa relación algunas veces en la carta a los efesios. Su primera mención está en Efesios 1:22: «y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo» (Efesios 1:22 y 23a). Pablo aquí usa una analogía. La relación Cristo—Iglesia es semejante a la relación cabeza—cuerpo. Así como la cabeza gobierna y dirige todo el cuerpo, así Cristo es cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo. Dios puso todo debajo de sus pies. Es el privilegio que el Señor obtuvo del Padre después de su resurrección; le fue dado todo poder en el cielo y en la tierra. Dios lo instituyó como cabeza de Iglesia, supremo gobernante de todas las cosas y que tiene poder sobre todo lo que existe. Al referirse a Cristo como *cabeza* de la Iglesia, Pablo deja clara la idea de *autoridad*. Cristo es la autoridad mayor y final de la Iglesia. Solamente Él es el Señor. Su palabra final, su orientación, es definitiva. Su deseo prevalece.

Pero, en el versículo 23 Pablo enriquece aún más esa analogía. Cuando él se refiere a la Iglesia como cuerpo, agrega que ella es «la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo». Esa frase inmediatamente nos trae una idea, que es la idea de *complemento*. Cristo es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo; el cuerpo es la plenitud — el complemento— de la cabeza; es la manifestación del deseo de la voluntad de la cabeza, es donde la cabeza expresa su voluntad, es donde la cabeza actúa. Todo Rey requiere de un reino. Aunque Cristo por sí sólo sea perfecto y completo, como Dios lo es, como mediador y salvador Él no sería completo si no tuviese a la Iglesia.

La analogía del cuerpo, lógicamente, enfatiza aún la relación orgánica, viva e íntima entre Cristo y su pueblo. No es simplemente una relación oficial, como la de un presidente de una organización multinacional o de un comité; sino una relación de comunión, de interdependencia. Obviamente, no hay en la figura usada por Pablo la menor idea de igualdad, como si Cristo fuese igual a nosotros. Él es el cabeza y la Iglesia está subordinada a Él. Ese es probablemente el sentido de 1ª Corintios 11:3, donde Pablo dice que Cristo es cabeza de todo hombre.

Efesios 4:15

El apóstol Pablo se refiere a la relación Cristo—Iglesia otra vez en 4:15. No es sin motivo que algunos consideran la carta a los Efesios como la carta sobre la Iglesia, donde el apóstol explica la naturaleza de la Iglesia. En el versículo 15 del capítulo 4, él escribió: «sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo». Aquí el Señor Jesucristo es puesto por Pablo delante de la Iglesia como blanco, modelo de madurez que ella debe perseguir, intentar

alcanzar, para ser semejante a Él. Al referirse a Cristo como la cabeza de la Iglesia en este contexto (vea los versículos 13 y 14), el apóstol destaca otro aspecto implícito en la analogía cabeza—cuerpo. Como cabeza, Cristo es el blanco, el objetivo mayor de la Iglesia, su orientación y dirección. Debemos crecer en todo hasta alcanzar su estatura espiritual. Eso no significa que nos volvamos el propio Cristo, como algunos grupos evangélicos lamentablemente enseñan erróneamente a sus incautos adeptos, pero sí que crecemos cada vez más *parecidos* a Él.

Efesios 5:23

Llegamos entonces a nuestro texto, capítulo 5 versículo 23, donde Pablo una vez más habla de esa relación Cristo—Iglesia. Al fin de ese pasaje, Pablo provee una explicación sobre lo que significa que Cristo sea cabeza de la Iglesia: «y él es su Salvador». Pablo está diciendo que Cristo es el propio Salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Podemos inferir con seguridad que para el apóstol, ser el salvador de la Iglesia es parte de la misión de Cristo como cabeza de la Iglesia.

No debemos entender el concepto de salvador en ese pasaje solamente en el sentido teológico. Obviamente, Cristo es el salvador de la Iglesia en el sentido de que Él murió por los pecados de los elegidos, derramó su sangre por ellos. Pero, este no puede ser el único sentido que Pablo tiene en mente. Si así fuera, no podremos establecer la analogía con la relación marido y mujer. Pues, ¿en qué sentido el marido sería el salvador de la mujer? ¿Murió él por la mujer, derramando su sangre para salvarla? Claro que no. Necesitamos, entonces, entender que Pablo usa el término salvador aquí en otro sentido.

Probablemente la mejor explicación de ese pasaje es 1ª Timoteo 4:10, donde Pablo otra vez usa el término salvador:

«Que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen».

La palabra salvador aquí no puede ser entendida en el sentido de salvación de la muerte eterna y de la condenación del pecado, porque así caeríamos en el universalismo. El universalismo enseña que Cristo murió por todos los hombres igualmente y que, en derivación, todos los hombres serán salvos. El texto de 1ª Timoteo 4:10 a veces es usado para defender ese punto de vista, pues en él Pablo afirma que Dios es «salvador de todos los hombres». Entretanto, esa interpretación nos pone en serios problemas, pues contradice toda la clara enseñanza de las Escrituras acerca de la perdición y condenación de los incrédulos, profanos e impíos. Tenemos que entender la palabra «salvador» a la luz de la doctrina bíblica de la *providencia*. De acuerdo con esa doctrina, Dios preserva y cuida de toda su creación. En palabras del Señor Jesús, Él hace brillar el sol sobre los buenos y sobre los malos, y da lluvias tanto para los que hacen bien como para los que hacen el mal (Mateo 5:45). Como preservador, Dios salva y cuida de todos y especialmente de los fieles. La salvación aquí referida no es la salvación eterna, sino la salvación diaria a través de su providencia, cuando nuestro Dios cuida de nosotros, nos protege y nos concede la vida.

Es de esa forma que debemos interpretar Efesios 5:23, donde leemos que Cristo es el salvador de su cuerpo, que es la Iglesia. Creemos que esta interpretación es exigida por el contexto, pues en los versículos siguientes, dirigiéndose a los maridos, Pablo menciona que el deber de ellos es alimentar, cuidar, proteger y preservar a la esposa (vea 5:25—29). El mando es el preservador de su esposa, es quien cuida de ella, de sus necesidades físicas, espirituales, psicológicas y materiales.

En resumen, al decir que Cristo es cabeza de la Iglesia, Pablo tiene en mente tres aspectos importantes de esa relación:

1. Cristo tiene *autoridad* sobre su Iglesia y la gobierna;
2. La Iglesia es el complemento de Cristo en este mundo;
3. Cristo *preserva y cuida* de su pueblo.

Ahora vamos a traer las implicaciones de esos conceptos al papel de la esposa. ¿De qué forma la doctrina de que Cristo es la cabeza de la Iglesia influencia y orienta el papel de la esposa en el matrimonio? Toda doctrina tiene una implicancia práctica. No tiene ningún sentido que teorícemos respecto de una doctrina si no podemos incorporarla en la vida práctica.

Existen dos extremos peligrosos en los cuales los evangélicos tienden a caer. Por un lado, un evangelio teórico, metafísico, en las nubes, solamente para la mente, un evangelio que no transforma ni cambia las relaciones personales. Por otro, un evangelio pragmático, donde lo que vale es tener una experiencia, un evangelio de emociones solamente. Es en estos dos extremos donde el mundo evangélico brasileño tiende a caer. O un evangelio intelectualista frío y divorciado de la realidad, o un evangelio extremadamente volcado a la experiencia y por lo tanto sujeto a herejías y a vientos de doctrina. Creemos que el camino está en el medio. Debemos tener un evangelio doctrinario práctico. Toda doctrina debe ser asociada a un aspecto práctico de nuestra vida; de igual modo, toda práctica en nuestra vida requiere tener una base doctrinaria.

Aquí hay un ejemplo de eso. El apóstol Pablo era un cristiano extremadamente equilibrado. Él está diciendo a las mujeres que sean sumisas a sus maridos —algo claramente práctico— pero da esa orden como implicancia de un concepto teórico, de la doctrina de la sumisión de la Iglesia a Cristo. Aquí tenemos entonces una lección para las esposas. Dios no está exigiendo de ellas algo que deba ser cumplido ciegamente. Él desea que la esposa comprenda y se concientice, y así, voluntariamente, conscientemente, en un acto de fe y de consagración a Dios (a quien ella entendió), haga lo que Él le ordena. Es ese el sistema de las Escrituras. Dios, como regla, da una razón para aquello que Él nos está pidiendo.

IMPLICACIONES PARA EL CONCEPTO DE SUMISIÓN

Cómo las esposas deben someterse a su marido

En esta parte de nuestro estudio, damos algunas sugerencias para las esposas que están casadas con un marido que tiene dificultad para tomar el liderazgo de la familia.

1. *Ore por su marido.* Este puede parecer un consejo superficial. Pero, considero que quedaríamos sorprendidos si supiéramos las estadísticas reales de cuántas esposas creyentes oran regularmente por su marido. Probablemente una de las razones es la costumbre y la rutina. La esposa se acostumbra al marido. Otra, es que el marido generalmente inspira seguridad y autoconfianza y la esposa se olvida de que él necesita oraciones. Uno de los efectos benéficos de la oración por el marido es la conciencia de que Dios está en control de la familia, no el marido ni ella. El efecto principal, está claro, será la intervención diaria de Dios en la vida del marido, fortaleciéndolo al ejercer su papel.
2. *Permita que él ejerza la autoridad y el liderazgo en el hogar.* Permita que su marido sea la cabeza del matrimonio. Oí cierta vez a un anciano pastor aplicar este principio a una mujer que vino a decirle: «Mi marido es terrible, autoritario y mandón». Él le respondió: «Hermana mía, el matrimonio es como una escalera. Su marido está un peldaño más arriba y usted un peldaño más abajo. Si usted quiere quedarse en el lugar de él, entonces él sube un peldaño más. Cada vez que usted quiera tomar la posición de su marido, él sube un peldaño más, y va poniéndose peor, para asegurar su posición. Tal vez usted misma ha sido causante de su propia infelicidad. Permita que su marido ejerza el liderazgo de su hogar». Está claro que esa historia no establece una regla general para todas las esposas que tienen un marido autoritario, pero ciertamente debería llevarnos a una profunda reflexión y análisis de nuestra propia conducta.

Martyn Lloyd-Jones, en su comentario a Efesios, al tratar de este pasaje, narró un hecho que una vez lo dejó impresionado. Él estaba hablando respecto a las esposas que se quejan así: «Mi marido no es tan culto como yo, yo hice más cursos que él y tengo más diplomas que él, soy más inteligente que él. Es difícil someterme a él». Entonces Lloyd-Jones relató una visita que hizo a un matrimonio. Apenas llegó, quedó claro que el marido era un hombre talentoso e inteligente, pero la esposa realmente lo excedía en sobremanera. La esposa tenía un temperamento vivo, inteligente, hablaba fluidamente, expresaba sus ideas de forma sistemática y brillante, al punto de deslumbrar totalmente al marido. Aun así, Lloyd-Jones notó que aquella esposa sabía cuál era su lugar; más que eso, ella conseguía hacer las cosas de tal manera, que siempre ponía al marido en la posición de liderazgo. Ella prácticamente ponía las respuestas en la boca de él, ponía las decisiones en la boca del marido, y hacía que el marido decidiera. Era ella, pero hacía como si él tuviera la palabra final y así él se sentía el dueño de casa. Lo que impresionó a Lloyd-Jones no fue la cultura de aquella mujer, sino su obediencia a las Escrituras. Ella permitía que su marido, aunque inferior en dones y talentos, gobernara la casa.

Una señora creyente, que había sido Miss Estados Unidos cuando joven, fue destacada como la mujer del año. Entrevistada en la televisión, la entrevistadora, bromeando, preguntó: «¿Quién es el que manda en su casa?» Ella respondió: «Mi marido». La comentarista continuó: «¿Y quién decidió eso?»

Ella respondió: «Yo. Fui yo quien decidió quién sería el jefe allá en casa. El jefe de mi casa es mi marido. Él es la cabeza de nuestra familia». Es la esposa, en último análisis, quien va a decir quién es cabeza de la relación, al someterse voluntariamente a su marido.

No queremos con estas ilustraciones y ejemplos dar la idea de que es la mujer quien decide unilateralmente quién es cabeza de la familia. Marido y mujer, juntos, deben reconocer el papel de liderazgo que el hombre debe ejercer. Aquí van algunas sugerencias para la esposa de temperamento fuerte casada con un marido pasivo:

- a. *No lo sobrecargue.* Si él no está acostumbrado a tomar decisiones, no espere que sea capaz de hacerlo de un día para otro. Dele tiempo para que se acostumbre a tomar decisiones.
- b. *Considere la decisión de él como final.* Cuando él se decida, no lo contradiga. Apóyelo en la decisión que tomó, aun cuando usted no concuerde. No lo humille recordando decisiones antiguas con las que usted tampoco concordó y que fueron decisiones erradas. Usted tendrá que ceder sus derechos al principio, pero en la medida que él perciba que usted confía en él, comenzará a tomar decisiones para agradarle.
- c. *Haga un acuerdo con él sobre pequeñas decisiones.* El marido necesita informaciones de la esposa respecto a los niños, el andar de la casa y las finanzas domésticas, para que pueda tomar decisiones acertadamente. Pero existen cuestiones pequeñas que pueden ser delegadas directamente a la esposa, si ella sabe lo que a él le gusta y qué decisiones tomaría.
- d. *Manténgalo siempre bien informado.* Para que él tome el liderazgo en las decisiones necesitará saber con certeza lo que pasa en la casa, con los hijos y con la esposa. Presente los hechos para informarlo. No lo presione.

Un marido que sabe tomar decisiones en conjunto con la esposa acaba siendo un gran alivio para ella, pues saca de sus hombros el fardo de la responsabilidad de decidir sola. La esposa que invierte en ayudar al marido a ejercer el liderazgo, recogerá los frutos abundantes de su actitud.

3. *Sea comprensiva con su marido.* Así como el cuerpo es el complemento de la cabeza, la Iglesia es el complemento de Cristo y la esposa es el complemento del marido. Que usted sea la ayudadora idónea mencionada en Génesis 2:18, significa que usted actuará en *conjunto* con su marido. Usted no va a actuar *contra* su marido, usted no va a actuar *antes* que su marido, usted no va a actuar *independiente* de su marido. La propia figura del cuerpo nos da una ilustración clara de eso. ¿Ha visto a una persona con convulsiones? Cae en el suelo y todo su cuerpo tiembla, los músculos están torcidos y tensos. En muchos casos, la persona sabe lo que está sucediendo pero no tiene ningún dominio sobre los miembros de su cuerpo; el cuerpo ya no está obedeciendo

a la mente, se queda sacudiéndose en varias direcciones. Hay una falta de comunicación entre la cabeza y el cuerpo. Muchos matrimonios están en convulsión; ya no hay relación entre cabeza y cuerpo; la cabeza está diciendo una cosa, y el cuerpo sacudiéndose en otras direcciones. Esposas convulsionadas son aquellas que actúan sin sintonía con su marido: antes del marido, independientes del marido, o contra el marido.

La esposa cristiana que conoce la enseñanza de las Escrituras busca actuar en conjunto con su marido, en armonía con él, trabajando con él y nunca contra él. Ella es el complemento de su marido, como el cuerpo es el complemento de la cabeza y así como la Iglesia es el complemento de Cristo.

4. *Acepte y aprecie la protección que su marido le provee.* El marido, como salvador de la mujer, debe proveerle amparo financiero, espiritual y físico. Acepte ese apoyo, aprécielo de todo corazón, eso traerá beneficios para usted misma. Esa actitud podrá ser vista con extrañeza por mujeres influenciadas por el movimiento feminista. Un buen ejemplo de lo que los feministas piensan de esa actitud de aceptar el amparo del hombre es la frase de uno de los personajes femeninos de Virginia Woolf, en su libro *Three Guineas* (1938): «Si usted insiste en hacer la guerra para protegerme, o a nuestro país, que quede bien claro, de forma racional y sobria que usted está guerreando para satisfacer un instinto sexual, el cual yo no puedo compartir...» (p. 197). Es verdad que a veces el marido ampara a su mujer por motivos errados (como tal vez haya sido en el caso de la citación anterior), pero los maridos cristianos generalmente lo harán por obediencia a Jesucristo y amor a la esposa. Acepte el amparo que él le ofrece.

Recuerdo una ocasión, cuando yo era adolescente, en que insulté a mi madre delante del resto de la familia, durante un almuerzo. Yo respondí una cosa muy fea a lo que ella me había preguntado. Mi padre se levantó de la mesa, me tomó del brazo, me llevó a un rincón de la sala y me dio una paliza con sus propias manos (¡yo tenía casi cien kilos y un metro ochenta y seis de altura!). A partir de aquel día entendí que mi madre tenía un protector, y nunca más levanté mi voz contra ella.

A veces los maridos no se sienten impulsados a apoyar y amparar a su esposa. La razón es que muchas de ellas actúan como si no necesitaran de ese amparo. Ellas actúan de forma tan autosuficiente e independiente que acaban por sofocar esa dimensión de la función del marido. Acepte la protección instintiva de su marido, apréciela y dígame que a usted le gusta eso. Así, él será la cabeza del hogar y usted alegremente podrá someterse a él.

Además de esto, la esposa necesita expresarse en cuanto a sus necesidades. Es algo parecido con la oración. Cristo sabe lo que necesitamos pero pide que oremos para que pueda darnos lo que necesitamos. El marido no siempre sabe lo que la esposa necesita —él no es omnisciente. Por lo tanto, la esposa necesita comunicarse de forma sabia e inteligente para que él pueda ejercer su función de la mejor manera posible.

Ella debe pedir orientación divina para encontrar la manera y el tiempo correctos para comunicar sus necesidades, para que el marido no venga a pensar (como muchos generalmente hacen) que la esposa desea usurpar su posición de autoridad.

Esa actitud de dependencia, claramente, necesita venir de lo íntimo del corazón. No es para ser como la historia de aquel niño cuyo padre, furioso, le dijo: «¡Pedrito, anda a aquel rincón de la sala, estás castigado, quédate sentado mirando a la pared!», y el niño, indignado, obedeció, pero mirando sobre su hombro, dijo a su padre: «Yo estoy sentado por fuera, ¡pero por dentro estoy de pie!» Desgraciadamente, hay esposas que se someten de la misma manera. No es esa la sumisión que Dios está pidiendo. La sumisión debe venir de lo íntimo, conscientemente, inteligentemente. Es eso lo que Dios quiere, tanto para la Iglesia como para las esposas.

LOS LÍMITES DE LA SUMISIÓN

Es preciso agregar a lo que acabamos de decir, que existen límites para la sumisión requerida por las Escrituras. Este es un punto muy importante.

Las palabras del apóstol Pablo en Efesios 5:24 requieren ser correctamente entendidas. Él dijo: «Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo». Destacamos a propósito la expresión «en todo», que da la impresión, a primera vista, de que no hay límites para la obediencia de la esposa. Mientras tanto, como en todas las expresiones totalitarias de la Palabra de Dios, es necesario que la entendamos dentro del contexto mayor de la enseñanza general de las Escrituras. Por ejemplo, Pablo dice en Romanos 13:1: «Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas». Este mandamiento de Pablo no significa que debamos ser obedientes en todo a los gobernantes humanos. La misma Biblia nos ofrece diversos ejemplos de desobediencia civil practicada por personas que prefirieron obedecer a Dios antes que a los hombres: las parteras de Egipto (Éxodo 1:17) y los apóstoles (Hechos 5:29) son sólo algunos de esos ejemplos. El principio de la subordinación y la obediencia a las autoridades humanas está debajo de otro principio mayor y más importante, que es el de obedecer a la Palabra de Dios. Fue así como lo entendió Angelina Grimké, una abolicionista cristiana que vivió en Estados Unidos durante el siglo XIX. En un artículo dirigido a las mujeres cristianas del sur de ese país, ella dijo: «La doctrina de la obediencia ciega y sumisión sin reservas a cualquier poder humano, sea civil o eclesiástico, es la doctrina del despotismo, y no debe tener lugar entre republicanos y cristianos».

La enseñanza de la «obediencia ciega» a los poderes humanos, de hecho, no es bíblica. Por lo tanto, mandamientos como el de Efesios 5:24 deben ser vistos a la luz de su contexto. Cuando Pablo dice que las esposas deben ser sumisas a sus maridos en todo, no está eliminando algunos límites que las propias Escrituras imponen a esa obediencia. Veamos tres de ellos.

El límite del pecado

La esposa no debe permitir que el marido la lleve a pecar. Su sumisión al marido no implica obedecerlo en aquello que fuere contrario a la voluntad clara de Dios revelada en las Escrituras. La sumisión de ella al Señor Jesucristo es mayor que su sumisión al marido. Un área donde la observancia de ese límite a veces se vuelve crítica es el de las relaciones sexuales en el matrimonio. Hay maridos que intentan llevar a su esposa a practicar determinadas prácticas sexuales que son contrarias a la Palabra de Dios, como ver videos pornográficos, traer a una tercera persona adicional, la práctica de la sodomía, etc. Una estadística reciente afirma que el 25% de las mujeres cristianas sufren algún tipo de abuso por parte del marido, incluso sexual. Muchas mujeres tienden a someterse y sufrir silenciosamente pensando que ser sumisa al marido incluye someterse a sus caprichos obscenos. Muy a pesar de que reaccionar y negarse, como regla, provoque reacciones a veces violentas, la esposa debe intentar resistir y si es necesario, buscar ayuda con consejeros matrimoniales.

En casos de violencia y maltrato (los cuales no son raros, desgraciadamente, incluso entre evangélicos), tal vez sea necesaria una medida más enérgica. Pastores preparados y preocupados por el rebaño podrán ser de gran auxilio en esas horas.

Es necesario, sin embargo, recordar que ciertas personas se sienten violentadas incluso cuando el marido sólo sugiere variar un poco en la forma habitual de las relaciones íntimas. Ellas necesitan tener cuidado para no confundir escrúpulos personales con prácticas sexuales prohibidas por Dios. Evidentemente el marido cristiano va a ser sensible a los escrúpulos de la esposa y jamás la forzará a ir contra su conciencia y mucho menos contra la Palabra de Dios. Ambos deberían estudiar juntos las enseñanzas bíblicas sobre la relación sexual y llegar a un consenso sobre lo que es permitido y lo que no, y dejar que la Palabra de Dios guíe a la pareja en esta área.

Existen otras circunstancias en el matrimonio en las que la supremacía del Señor Jesucristo debe ser constantemente afirmada. El marido cristiano comprende perfectamente ese principio y busca jamás forzar a la esposa a hacer una elección entre él y el Señor.

El límite de la interferencia

No permita tampoco que su marido interfiera directamente en su relación con Dios y con Jesucristo. No permita que él le prohíba orar. No permita que él le prohíba ser creyente. A pesar de que el matrimonio es una institución divina, es reflejo de una relación mayor, que es el de Cristo y Su Iglesia. La esposa es leal, en primer lugar, al Señor Jesús. A través de la historia, muchas personas que creían y confiaban en Dios tuvieron que hacer la elección entre perder bienes, familia, reputación y la vida, o permanecer en su fe. El capítulo 11 de la carta a los hebreos trae la historia de muchas de ellas, y sirve de profunda inspiración y motivación para aquellas mujeres que deben escoger entre Cristo y el marido.

Pero, esposas de hombres no creyentes y enemigos del Evangelio deben tener mucho discernimiento para saber cuándo deben tomar una posición firme y cuándo es mejor ceder. Por ejemplo, si él le prohíbe ir a los cultos de la Iglesia, tal vez sea

más sabio obedecer y hacer sus devocionales en casa, por un tiempo. Pero él no puede forzarle a renunciar a su fe. Su relación con el Señor Jesús es mucho más importante, mucho más profundo que su matrimonio, y también en este punto, su obediencia debe ser a Jesús.

En caso de adulterio

Una cuestión complicada es ésta: ¿debe continuar siendo sumisa la esposa cuyo marido adulteró? Existen muchos casos de esposas que prefieren continuar casadas con el marido incluso sabiendo que él tiene otra mujer y a veces otra familia. En estos casos, ¿ellas deben mantener sumisión al marido adúltero? La cuestión se vuelve aún más aguda cuando el marido asume su adulterio y su otra familia, no desea separarse de la esposa legítima y, en algunos casos, incluso le propone a ella una convivencia pacífica con la amante.

Algunos principios se deben mantener en mente. Primero, que el adulterio no trae automáticamente el divorcio. Lo que hace es *abrir la puerta* para el divorcio, pero no lo produce inevitablemente. Así, si la esposa traicionada resuelve continuar con el marido adúltero, sin divorciarse de él, para todos los efectos continúa casada con él y, por lo tanto, le debe sumisión. Solamente después de un divorcio cesa esta obligación. Segundo, a partir del momento en que hubo adulterio por parte del marido, la esposa puede pedir el divorcio y separarse, muy a pesar de que eso sea un permiso y no un mandamiento. La mujer ya no está obligada a permanecer sumisa a un hombre que quebró la alianza que era hasta el fin de su vida. Mientras tanto, si ella prefiere perdonarlo y continuar viviendo con él, debe asumir plenamente otra vez su papel de esposa.

Tercero, si ella decidió perdonar al marido y permanecer casada, no significa que tendrá que someterse a las inmoralidades de él. Hay maridos que, incluso después de haber cometido adulterio, intentan exigir a su esposa que se someta a la situación que ellos mismo provocaron. Hay maridos adúlteros que exigen que su esposa viva en paz con la amante y que se conforme en compartirlo con ella. Mientras tanto, la mujer cristiana debe saber que no está obligada a esa humillación. El marido infiel no puede exigirle absolutamente nada en estos términos. Si hubiere insistencia, el divorcio podría venir a ser la única alternativa.

Estos son los límites que la Palabra de Dios establece a la sumisión de la esposa. El principio general es que ella debe obedecer antes a Dios que al hombre.

ORIENTACIONES PRÁCTICAS

Algunas orientaciones prácticas para quien está en dificultades:

1. *Cultive su vida espiritual.* Vimos que este texto debe ser visto a la luz del contexto. Ya vimos en el capítulo 5 versículo 8, que dice: «sed llenos del Espíritu». Este es el versículo que controla todas las órdenes. Dios espera que usted esté llena del Espíritu Santo para poder obedecer. No espere conseguir hacer eso sin la ayuda de Dios. Usted no conseguirá someterse si no tiene una vida espiritual profunda. Cultive una vida espiritual, llenándose del Espíritu Santo, lea la Palabra de Dios, invierta tiempo en oración, use los medios de

gracia.

2. *Ore por su marido.* En vez de reclamar de él a Dios, ore por él, ponga las dificultades delante de Dios, las áreas difíciles.
3. *Si él es no creyente, sométase también a él.* El apóstol Pedro da a las mujeres casadas con hombres no creyentes, la misma instrucción de sumisión que Pablo dio a las casadas con creyentes: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas» (1ª Pedro 3:1). Si usted se casó con un hombre no creyente, sométase a su marido, dentro de los límites que aquí fueron expuestos. La sumisión es difícil, especialmente si el marido no es creyente, pero, en el poder del Espíritu Santo, usted podrá hacerlo. Vea en el próximo capítulo un estudio detallado de 1ª Pedro 3:1-6.

4

1^ª PEDRO 3: 1-6 ESPOSAS EN ANGUSTIA

«Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza».

— 1^ª Pedro 3:1-6

La primera carta de Pedro fue escrita para cristianos que estaban pasando por un momento muy difícil en sus vidas. Por causa de su fe en Cristo, estaban sufriendo discriminaciones, asedio de las autoridades, amenazas e incluso agresiones físicas. Para muchos paganos, los cristianos eran un pueblo extraño. Corrían historias extrañas acerca de un ritual donde ellos comían carne y bebían la sangre de alguien... era eso lo que la celebración de la Cena parecía a los moradores de aquellas regiones, en aquella época.

Incluso los más dedicados cristianos pasan por momentos difíciles, aunque no siempre por los mismos motivos. Perseverar bajo el sufrimiento siempre fue la marca de la verdadera espiritualidad en la Iglesia de Cristo a través de los siglos,

muy a pesar de que en nuestros días eso esté pasado de moda. Es muy popular entre los evangélicos hoy el concepto de que si usted se transforma en un cristiano fiel, obedece a Dios, da su contribución o diezmo con regularidad y anda en los mandamientos de Dios, ningún mal va a acontecerle, todo va a dar en el blanco en su vida. Usted mejorará financieramente, quedará sano de sus enfermedades, tendrá su propio negocio, dejará de ser empleado, abrirá su propia firma y las cosas se transformarán en un cielo para usted.

Ese tipo de enseñanza no es bíblica. Cuando alguien se vuelve cristiano algunas de sus dificultades pueden, en un cierto sentido, incluso ser mayores. Si antes el jefe lo mandaba a hacer cosas erradas —por ejemplo, mentir diciendo que no está, o emitir documentos que no reflejan la verdad— y usted hacía eso sin problemas, ahora va a tener problemas serios de conciencia, al punto de poner en riesgo su empleo. Si antes usted tenía poco tiempo para sus hijos, ahora tendrá que encontrar tiempo para instruirlos en los caminos del Evangelio, para orar con ellos y ayudarlos a crecer en la fe. Si antes usted vivía en constante guerra con su marido para ver quién es el líder de su matrimonio, ahora tendrá que entender el concepto bíblico de la sumisión de la esposa y practicarlo, incluso si su marido no es creyente. Si antes usted lo despreciaba y humillaba delante de otros, tendrá que aprender lo que significa respetar y honrar al marido.

Si antes usted acostumbraba resolver sus problemas buscando atajos y caminos fáciles, sin preocuparse de lo que Dios tenía que decir sobre la situación, ahora no será así. Ahora usted preguntará a Dios lo que opina sobre esa situación y buscará hacer que su vida sea pauteada por la ley de Dios. Frecuentemente el camino de Dios es estrecho, apretado y difícil. Muchas personas pasaron a ser odiadas por sus familiares después de volverse cristianas. En algunos casos, fueron incluso expulsadas de su casa.

Los verdaderos cristianos terminan de una forma u otra siendo perseguidos por sus valores y principios. Cuando la persona es cristiana sólo de nombre, es igual al mundo, sin que exista ninguna diferencia entre ella y las personas del mundo. El mundo la trata como a uno de los suyos. Por lo tanto, no sabe lo que es persecución por causa del Evangelio. Pero cuando decide vivir de acuerdo con el padrón de Cristo, su situación puede venir a complicarse seriamente.

Era eso lo que estaba sucediendo con los cristianos a quienes Pedro escribió esta carta. Ellos estaban esparcidos por provincias situadas en el Asia Menor, donde el apóstol Pablo había fundado diversas iglesias. Pedro les escribe para dar instrucciones sobre cómo debían vivir en medio de las aflicciones y, especialmente, cómo debían comportarse bajo el sufrimiento injusto, que era el caso, la mayoría de las veces, en aquellos cristianos.

Después de haber dado instrucciones en cuanto a eso en los capítulos iniciales de la carta, Pedro trata en el capítulo 3 el caso de las mujeres cristianas casadas con maridos no cristianos, lo que creaba una situación bastante complicada. Nosotros debemos entender cómo era la situación, en aquella época, de las mujeres casadas que se convertían al cristianismo. Y vamos a ver que en cierto sentido no es muy diferente a la situación de hoy.

LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES CREYENTES CASADAS CON NO CREYENTES

La situación de la mujer en la Antigüedad

En aquella época y en aquella cultura, la situación de la mujer en general era bastante diferente a la posición que ella disfruta en las modernas sociedades occidentales. No tenía algunos derechos básicos, no tenía una existencia independiente de su marido, no podía tomar decisiones propias, vivía debajo del capricho del padre cuando era soltera y después, del capricho del marido, cuando se casaba. Padre y marido tenían derecho de vida o muerte sobre la mujer. El marido podía «despedir» a la esposa por cualquier motivo. ¡Ay si ella quemaba el arroz! La educación de las mujeres se limitaba a las prendas domésticas. Casarse era una necesidad para sobrevivir. Si eran maltratadas, no recibían ningún tratamiento o apoyo.

Catón, famoso censor romano de aquella época, dijo lo siguiente en cierta ocasión: «quien atrape a su mujer cometiendo adulterio puede matarla, porque nada le sucederá». Ese hombre era una autoridad de aquella época. Dio carta blanca para que los romanos asesinaran a sus mujeres si ellas eran infieles, pero si el hombre era infiel, no tenía importancia. Egnácio, otro romano famoso, mató a su esposa porque la encontró bebiendo vino. Antistio Vesto se divorció de su esposa porque ella conversó con alguien en público. Se puso celoso y la echó. Públio Sofos se divorció de su esposa porque ella decidió ver sola los juegos olímpicos. Era en esos ambientes donde vivían las mujeres cristianas a quienes Pedro dedicó el capítulo 3 de su carta.

La situación de las esposas creyentes

¿Qué representaba para una mujer casada volverse cristiana en circunstancias como las antes descritas? La situación podría volverse extremadamente complicada. Las religiones de los griegos y romanos de aquella época eran esencialmente idólatras y paganas. Estaba el culto al Emperador, las religiones de misterio y la religión tradicional de los griegos. El paganismo y la idolatría en general era la religión de todos ellos. Cuando una mujer decidía volverse cristiana, es decir, cuando resolvía abandonar la religión del marido, esto representaba un desafío a la autoridad del marido. Una mujer casada que deseara volverse cristiana tenía que saber que estaba corriendo el riesgo de ser golpeada por el marido, expulsada de su casa, o incluso asesinada por él. Es claro que no podemos generalizar, pero casos así pudieron ser muy frecuentes.

Incluso así —y he aquí un hecho que nos deja impresionados— millares y millares de mujeres en aquella época se hicieron cristianas, aun sabiendo que eso podía costarles la vida. Su situación era muy delicada, especialmente cuando el marido no quería acompañar el cambio de religión de la mujer. Y muchas de ellas pagaron con su vida, con la expulsión y con malos tratos la decisión de servir a Jesús y creer en él como verdadero Salvador del mundo y así renunciar a la religión del mundo, la religión de su padre, de sus familiares. Tal vez sea por esto que aquí en este pasaje el apóstol Pedro dedica seis veces más espacio para hablar a las mujeres,

que a los hombres. A los hombres dedica solamente un versículo (1ª Pedro 3:7), pero a las mujeres dedica seis (1ª Pedro 3:1-6).

LAS INSTRUCCIONES DE PEDRO A LAS MUJERES CREYENTES

Vamos a analizar la enseñanza de Pedro a aquellas mujeres. ¿Cómo debían proceder? Se habían hecho cristianas, pero sus maridos no estaban acompañando el cambio de religión. Permanecían en el paganismo tradicional y, en algunos casos, hacían muy difícil la vida de la esposa, rechazando, despreciando e incluso ridiculizando la fe que ahora ella había abrazado.

Lo que no debían hacer

Veamos en primer lugar lo que Pedro no dice. Pedro no dice que aquellas mujeres debían separarse de sus maridos. Es importante notar eso, considerando que siempre existieron dentro del cristianismo corrientes radicales defendiendo que la mujer creyente casada con un marido no creyente requería separarse de él para poder servir mejor a Dios, para poder dedicarse mejor a Jesucristo y a la Iglesia. El marido no creyente es visto como un estorbo, un obstáculo. En cierta ocasión, fui a predicar sobre el matrimonio a una Iglesia de línea carismática. Cuando el culto terminó, fui abordado por un hombre visiblemente perturbado. Él tenía una esposa no creyente con la cual no vivía bien, pero que aún deseaba quedarse con él. Varias profecías habían sido dadas en los cultos diciendo que debía separarse de aquella mujer, pues Dios ya había preparado otra, creyente y dedicada al Señor, para ser la verdadera esposa de él. El hombre estaba confundido, sin saber cuál era la voluntad de Dios. Mi respuesta fue que cualquier profecía que contrariase la revelación escrita de Dios no venía del Espíritu Santo. El matrimonio no puede ser disuelto en nombre de una mayor dedicación a Dios o en nombre de una mayor espiritualidad.

Aparentemente, desde temprano en la historia de la Iglesia, mujeres cristianas tuvieron escrúpulos y cuestiones de conciencia relacionados con la permanencia al lado del marido no creyente. El apóstol Pablo en cierta ocasión trató un problema semejante. Algunas mujeres de la Iglesia de Corinto deseaban saber si podían abandonar a sus maridos no creyentes para dedicarse más al Señor (cf. 1ª Corintios 7:12-16). Podemos entender que era una cuestión aguda y generalizada en las iglesias, entre las mujeres creyentes casadas con hombres incrédulos. Las respuestas de Pablo y de Pedro son semejantes en muchos aspectos. Para los dos apóstoles, la conversión de un cónyuge a Cristo no era motivo para disolver el matrimonio. La parte creyente debía permanecer fiel y firme, y conducirse de tal modo que llevara al cónyuge a la fe del Evangelio.

En la perspectiva bíblica el matrimonio es una ordenanza de Dios para la Humanidad en general. Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, y determinó que ellos viviesen juntos, el pecado aún no había entrado al mundo. El matrimonio es una ordenanza de Dios para la Humanidad. El hecho de que algunos se vuelvan cristianos después de casados no quiere decir que pueden acabar con el matrimonio, como si la vocación cristiana fuese mayor que la ordenanza matrimonial. Por el contrario, es el cristianismo lo que nos dará fuerza y gracia para hacer mejor el matrimonio.

Frecuentemente, esposas cristianas están luchando arduamente para mantener el matrimonio caminando bien. En la mayoría de los casos la lucha es solitaria, el marido no creyente no se preocupa realmente. Los conflictos surgen por causa de gastos impensados, comportamiento irresponsable. Para la esposa cristiana el divorcio no es opción en casos como estos, aunque lo sea para la sociedad moderna. Ella necesitará orar por el esposo en vez de concentrarse en lo que él hace incorrectamente y aprender a conocerlo más (tal vez descubra que él se siente inseguro en su papel de marido y padre). Perdonar las heridas profundas causadas por él puede volverse la parte más difícil del proceso. Sin embargo, una vez que ella decidió que el divorcio no es una opción para resolver este tipo de conflicto, tendrá fuerzas en Dios para vencer.

Noten que Pedro aquí no dice a esas mujeres: «Abandonen a estos maridos y comiencen una vida nueva». Tampoco incita a las mujeres a que se rebelen contra sus maridos. Y, lo que es aún más interesante, Pedro ni siquiera aconseja a aquellas mujeres que intenten convertir al marido al cristianismo por la fuerza de palabras, discusión, predicación y evangelización. Creemos que a todas las mujeres creyentes casadas con no creyentes les gustaría ver a sus maridos convertidos al Evangelio. Desgraciadamente, lo que sucede, a veces, es que intentan convertir al marido sin mucha sabiduría en cuanto al método, al tiempo y al modo de hacerlo. Inconscientemente, quieren convertir al marido no cristiano a la fuerza y de cualquier forma. La esposa tiene millares de formas para presionar al marido, a partir del momento en que se despierta. Conocemos varios ejemplos de mujeres que intentaron convencer a su marido usando todo tipo de argumentos posibles para empujarlo al Evangelio atrapado por la garganta. Aunque la intención sea buena, la metodología es la peor posible. Falta un poco de conocimiento de la psicología masculina. Si usted quiere dar un paso sobre su marido, él va a subir un piso más arriba. Los hombres son así: si usted lo agrede, él se defenderá con uñas y dientes. Cuanto más usted le diga: «es amarillo», mucho más él dirá: «es verde». Muchos maridos que se resisten a los esfuerzos de la esposa por convertirlos están, en verdad, poniendo resistencia a la importunación de ellas, al aborrecimiento diario y continuo que ellas provocan.

Lo que debían hacer

El camino de la sujeción

Pedro tiene otro camino para que las esposas ganen al marido no creyente. No es que Pedro estuviese prohibiendo a las esposas hablar sobre Cristo a sus maridos. Habiendo oportunidad favorable para hacer eso, que lo hiciesen. Pedro sólo quiere evitar que esposas de maridos no creyentes, viviendo en un ambiente hostil, arruinaran las pocas oportunidades que tenían para dar testimonio eficaz de la gracia de Cristo.

Primero, ellas debían sujetarse a sus maridos: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos» (3:1). Tal como ya vimos, el verbo «sujetarse» viene de la terminología militar en griego, y significa ponerse debajo de la autoridad de alguien, de ahí la idea de sumisión. Pedro está reflejando aquí la enseñanza bíblica de que Dios estableció el universo siguiendo una determinada estructura en la

familia, en la Iglesia y en la sociedad, y que tales estructuras deben ser obedecidas. Hombre y mujer son iguales porque fueron creados por el mismo Dios. Ambos son capaces, inteligentes, dignos y valiosos. Intrínsecamente, el hombre no es mejor que la mujer en nada, los dos son iguales.

La Biblia dice que Dios hizo al hombre y a la mujer iguales, los dos a imagen de Dios (Génesis 1:26 y 27), pero les dio diferentes funciones. Al hombre cupo la responsabilidad de liderar, orientar, proteger y responsabilizarse por el liderazgo de su familia; y cabe a la mujer ayudar a su marido, seguir su orientación y cooperar con él en la estructura de la familia, de la sociedad y de la crianza de los hijos en general. Son papeles diferentes y no representan un juicio de valor sobre la mujer. Como ya mencionamos anteriormente, es como en la Santísima Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son iguales en gloria, honra, poder, majestad; mientras tanto, desempeñan papeles diversos en la obra de la redención del hombre. El Padre mandó al Hijo venir al mundo, y el Hijo se sometió al Padre, y el Espíritu Santo es enviado por el Padre y por el Hijo. Aunque haya igualdad en la Trinidad, hay una diferencia de funciones.

Pedro recuerda a las mujeres cristianas que en el matrimonio la función del hombre es el liderazgo y la de la mujer es someterse y cooperar con él en aquello que debe ser hecho. En verdad, cuando el matrimonio anda bien, los dos trabajan juntos, hay una armonía, hay un consenso, las decisiones son tomadas en conjunto, el marido respeta a la esposa, quiere oír su opinión y no va a hacer nada que vaya a herir o amargar a su amada. A veces hay situaciones en la vida, e incluso dentro del mejor matrimonio, cuando alguien tendrá que decidir. El papel que Dios dio al hombre fue de, en esos momentos, asumir el liderazgo. La mujer debe comprender que esto no significa inferioridad para ella ni ser el peluche de su marido.

Cuando Dios ordena que nos sometamos a las autoridades constituidas (cf. por ejemplo Romanos 13), él no está diciendo que el presidente de la república o los demás que están en autoridad son mejores que nosotros. Humanamente hablando, somos iguales y tenemos el mismo valor que el presidente. Sin embargo, él fue elegido para la función de ser el presidente de la república, y en esa situación le debemos respeto, consideración, honra y obediencia, mientras él no nos obligue a desobedecer a Dios. Cuando Dios ordena que los hijos obedezcan a sus padres, no está diciendo que los padres son mejores que los hijos. Sino que en la estructura de la familia alguien tiene que orientar y alguien tiene que obedecer. Es por esto que Pedro comienza diciendo lo que él diría en cualquier otra circunstancia y lo que la Biblia consistentemente dice: «esposas, sométanse a su marido aunque él sea un malvado no creyente insensible, como está siendo con usted».

Notemos además que Pedro comienza esa orientación a las esposas con la expresión «asimismo». O sea, está haciendo una comparación entre la sumisión que la esposa debe tener para con el marido, y aquella actitud de sumisión sobre la cual él viene hablando desde el comienzo de la carta, que los cristianos deben tener para con las autoridades que Dios puso en sus vidas. En el capítulo 2, Pedro había comenzado a hablar respecto a la necesidad de que los cristianos se sometieran a las autoridades constituidas.

Por causa del Señor, los cristianos debían ser obedientes a toda autoridad humana, al emperador, que era la más alta autoridad, y a los gobernadores que fueron escogidos por Dios para castigar a los malhechores y elogiar a los que hacen el bien (1ª Pedro 2:13 y 14). En seguida, Pedro orienta a los esclavos a que sean obedientes y respeten a sus patrones (2:18). Y aquí, en el capítulo 3, Pedro orienta a las esposas a que se sometan a sus maridos (3:1). Más adelante en esa carta, Pedro emplea otra vez el mismo verbo sujetarse para referirse a la actitud de los ángeles en relación a Cristo (3:22) y de los jóvenes para con los más viejos (5:5). Para Pedro, Dios ordenó el mundo y la sociedad humana siguiendo un padrón, una estructura, donde existe liderazgo y obediencia. La actitud de los que están bajo liderazgo es sumisión. La sumisión de la esposa a su marido hace parte de esa padrón general.

Mientras tanto, es necesario resaltar, como ya hicimos anteriormente, que esto no significa que la mujer vaya a hacer todo lo que su marido desee. En último análisis, la mujer cristiana obedece a Cristo; y cuando su marido desea que ella haga alguna cosa que implique desobediencia a Cristo, está libre de obligación a obedecer a ese deseo, pues debe obedecer a la autoridad mayor, que es Cristo. Cuando el marido determina que haga cosas que van contra su conciencia cristiana, la lealtad final de la mujer es a Cristo. Conocí algunos casos así, de mujeres casadas con impíos que, conociendo los valores morales de la mujer, a veces querían sujetarlas a ciertos caprichos en la relación sexual o llevarla a determinados lugares, u obligarla a que hiciese determinadas cosas contrarias a su conciencia cristiana. Esas mujeres pasaron por una situación muy difícil, y algunas de ellas tomaron firmemente la posición de no sujetarse a los caprichos del marido, cuando esos caprichos las obligarían a hacer cosas que irían contra la ley de Dios. Es claro que la prudencia y la sabiduría son necesarias. Algunas mujeres cristianas han preferido sujetarse voluntariamente a algunos caprichos del marido para mantener una relativa paz en la familia, y eso frecuentemente por causa de los hijos. Es una decisión individual y la mujer cristiana debe pesar en oración todas las consecuencias de sus actos.

La orientación del apóstol inspirado es que en lo general las esposas deben sujetarse al marido, incluso en situaciones críticas como la de las mujeres para quien escribió esa carta. Aunque él no lo haya mencionado, podemos inferir con seguridad de la enseñanza del resto de la Biblia, que Pedro admitiría como excepción la obediencia conyugal que implicaría desobediencia a la Palabra de Dios. Pero si no fuera el caso, la sumisión es el camino. Esto significa que Pedro está diciendo a aquellas mujeres que deberían despojarse voluntariamente de su yo, hacer morir su orgullo y servir con alegría al marido no creyente por amor a Jesucristo.

Conducta íntegra y respetuosa

La segunda orientación de Pedro es que ellas debían tener una *conducta casta y respetuosa*, la cual sería observada y apreciada por el marido no creyente (1ª Pedro 3:2). Con estas dos palabras el apóstol resume el padrón de conducta que las mujeres cristianas casadas deben tener. Desde el inicio de la carta, Pedro está enseñando a sus lectores cómo deben comportarse en medio de una sociedad hostil para con los cristianos, para que puedan dar testimonio de la gracia de Dios y no deshonorar el nombre de Cristo. Deberían ser santos en todo procedimiento (1ª Pedro 1:15; 3:11), teniendo conducta ejemplar entre los paganos, para tapar la boca

de los maliciosos (2:12; 3:16). Semejantemente, las cristianas casadas con incrédulos deberían conducirse con prudencia, cuidado y sabiduría.

¿A qué se refiere con «conducta íntegra»? La palabra significa literalmente algo puro y limpio. Viene de la misma raíz de la palabra «santo». Relacionado con la conducta de las mujeres en el matrimonio, un comportamiento íntegro significa una conducta moral inatacable. Una esposa íntegra es moralmente pura. Ella es en primer lugar fiel al marido. ¡Qué testimonio poderoso de la gracia de Dios es una esposa fiel a su marido, incluso si él no es creyente! ¡Y qué recomendación terrible del cristianismo es la esposa cristiana que acaba siendo infiel al esposo! La esposa cristiana —especialmente aquella casada con un incrédulo— tiene el deber de llevar una vida casta, pura, en fidelidad para con él.

La segunda denominación usada por Pedro para la conducta de la esposa es que ella debe ser *respetuosa*. Literalmente, Pedro habla aquí de un comportamiento lleno de temor. Tal vez Pedro se refería al temor y respeto a Dios, pero es probable que él quisiera hablar respecto al marido. Esto no significa vivir con miedo del marido, sino tratarlo con consideración y respeto. Es muy triste ver a una mujer cristiana tratar a su marido sin respeto, especialmente en frente de los otros, humillándolo e incluso burlándose de él, exponiendo sus defectos y debilidades. Hay mujeres que son especialistas en hacer eso. Esposas cristianas pueden discordar de su marido, tener opiniones diferentes, pero siempre con una actitud de respeto y dignidad. Era esto lo que aquellas mujeres cristianas a quienes Pedro escribe deberían hacer, porque ellas eran representantes de Cristo. Cómo podrían convencer al marido de que el cristianismo era la verdadera, si el marido podría decir «yo no quiero saber nada de esa nueva religión que usted adoptó, ese Dios no es capaz ni de dominar su lengua, usted continúa siendo la misma mujer, no respetándome en frente de los otros».

Tercero, Pedro dice a aquellas damas cristianas que *deberían exhibir la verdadera belleza femenina, que es la interior* (1ª Pedro 3:3). No deberían intentar verse lindas solamente en la apariencia, usando cosméticos, peinados exagerados, joyas y vestidos caros. Por el contrario, debían cultivar la verdadera belleza, que está en el corazón. Tenemos que recordar cómo era vista la belleza femenina en esa época. Desde temprano las mujeres aprendían que su supervivencia dependería de ser atractivas para los hombres. Y así, desde temprano, los ornamentos pasaban a ser parte de sus vidas. Horas y mucho dinero eran gastados en maquillaje, vestuario, peinados, collares. Había decenas y decenas de tipos de peinados, con el cabello entrelazado de joyas de oro, o con delicadas redes tejidas meticulosamente con hilos de plata. Es impresionante la forma en que las mujeres de aquella época tenían recursos para verse atractivas a los hombres. Mucho dinero y tiempo eran gastados en la apariencia de la mujer. El foco de la belleza femenina era en estas cosas, en la apariencia de los exterior.

Es importante destacar que Pedro no está prohibiendo a las esposas cristianas el cuidar su apariencia. A veces esto es incluso mal comprendido. Dentro del pentecostalismo antiguo y tradicional, es prohibido a la mujer sacar sus cejas, usar lápiz labial, ponerse aros, cortarse el cabello. El argumento usado es frecuentemente basado en las palabras de Pedro. Pero notemos que Pedro no está pasando una prohibición absoluta en cuanto a los adornos, sino diciendo que ellas no deberían ser bonitas *solamente o exclusivamente* usando cosméticos, peinados exagerados,

joyas o vestidos caros. Debían dar atención principalmente a la belleza interior.

El concepto de que la mujer no puede usar ni un solo adorno no es lo que la Biblia enseña. Pedro aquí no está prohibiendo que la mujer cristiana sea atractiva. Por el contrario, de todas las mujeres del mundo, las más bonitas deberían ser las cristianas. Lo que él está prohibiendo es que ellas hagan de la apariencia externa el foco de su belleza y de su atención. Más que la belleza externa, las mujeres cristianas deben cuidar de la belleza del corazón. La belleza de ellas no debe depender de cosméticos, peinados y maquillaje, sino del corazón. El versículo 4 dice literalmente, en el griego, que la belleza de la mujer cristiana debe estar en lo interno, en la persona interior que somos. Cierta vez, el Señor Jesús acusó a los fariseos de limpiar el exterior del plato y del vaso, siendo negligentes con lo más importante, que era lo interior (Mateo 23:25 y 26). El Dios que había hecho lo exterior era el mismo que había hecho lo interior (Lucas 11:40). Es eso lo que Pedro está diciendo a las esposas cristianas. El concepto de Pedro acerca de la persona oculta en nuestro corazón es similar al concepto de Pablo sobre «el hombre interior» (Romanos 7:22; 2ª Corintios 4:1; compare con Efesios 3:16) y de la «nueva criatura» en 2ª Corintios 5:17 y Gálatas 6:15.

Pedro destaca tres aspectos de la belleza interior de la mujer. *Primero*, que no se pierde con los años, pues es «incorruptible» (1ª Pedro 3:4; cf. 1:23), en contraste con el carácter provisorio y pasajero de la belleza externa que depende de cosméticos. La belleza de la esposa cristiana debe estar en el corazón, pues esa es una belleza que no se pierde. Si para usted lo más importante es su belleza exterior, su aspecto físico, cuando los años comiencen a llegar, las arrugas comiencen a aparecer, la flacidez salga fuera de control, y llegue un punto en que no habrá más espacio en el rostro para la cirugía plástica, entonces usted estará completamente arruinada. Las personas que hacen de su belleza exterior la razón de su existencia, tendrán una vejez vacía, estropeada, angustiada, deprimida y sin sentido. Se sentirán abandonadas, feas, inútiles, indeseables. Pero la belleza interior a la que Pedro se refiere crece con los años, se perfecciona, se renueva. Y hay muchas señoras cristianas ancianas que son bellísimas, exhibiendo una belleza interior que atraviesa los años y que madura sin envejecer. Si nosotros pasamos nuestra juventud y nuestro periodo de adultos cuidando sólo de aquello que es exterior y pasajero, cuando llegemos a la vejez nuestro espíritu habrá acompañado el estado de nuestra piel. Estaremos tan arrugados como un maracuyá, por fuera y por dentro.

El mensaje que los medios de comunicación han pasado a las mujeres, especialmente a las adolescentes, es que «ser flaca es ser bella», y millones de adolescentes en todo el mundo aprendieron a odiar sus cuerpos como resultado de eso. Especialmente las niñas son vulnerables a ese bombardeo de imágenes del «cuerpo perfecto» que viene de Hollywood. Como resultado, cada vez más y más la sociedad ha adoptado un concepto de belleza irreal por el cual mujeres reales son rotuladas de feas y poco o nada atractivas. Estudios recientes han mostrado que virtualmente casi todas las mujeres tienen vergüenza de sus cuerpos. Muchas se dedican neuróticamente a machacarse, vivir en gimnasios, con regímenes exagerados, imponiendo castigos severos a sus cuerpos. El culto al cuerpo promovido por Hollywood ha perjudicado la vida de millares de mujeres, incluso cristianas, influenciadas por ese padrón de belleza. Los padres necesitan ayudar a

sus hijas a examinar ese concepto de belleza difundido por los medios y reafirmar los valores cristianos y el concepto bíblico de belleza.

La *segunda* cosa que Pedro dice sobre la belleza interior es que es «de grande estima delante de Dios» (1ª Pedro 3:4). La palabra que Pedro usa aquí para decir estima aparece dos veces más en el Nuevo Testamento. Una, en los Evangelios, en referencia al perfume de nardo que estaba en un vaso de alabastro y que fue usado para ungir a Jesús en la casa de Simeón, el leproso (Marcos 14:3). La otra, se refiere a los vestidos usados por aquellas mujeres para embellecerse (1ª Timoteo 2:9). Al usar esa palabra para referirse a la belleza interior de la esposa cristiana, Pedro está haciendo un contraste con los adornos costosos, como diciendo que la belleza interior es mucho más valiosa que los más caros vestidos y joyas, especialmente delante de Dios. El problema de las que quieren cuidar más del exterior es que piensan que la primera persona a quien deben agradar es a los hombres. Pero si vivieran pensando en ser bonitas en primer lugar para Dios, en ser agradables delante de Dios, y ser aceptadas por Él, experimentarán paz, libertad y tranquilidad. Esa es la belleza interior a la cual Pedro se refiere. Esto no significa que la esposa cristiana no necesita cuidar de su apariencia física; ella debe cuidarla, sí, y dentro de lo que sea posible, ser atractiva y bonita para su marido. Pero, lo más importante es agradar a Dios con su belleza interior. La enseñanza de Pedro está dentro de la tradición judeo-cristiana respecto a la manera por la cual Dios observa, evalúa y se agrada de las personas. Dios no ve el exterior, sino el interior, y se agrada mucho más con las virtudes y de las actitudes que tomamos que están en conformidad con Su voluntad. Fue así como Dios rechazó a hombres altos y bonitos, como los hijos de Isaí, y se quedó con el rubio David (1ª Samuel 16:7). De la misma forma, el Señor Jesús advirtió que aquello que es exaltado por los hombres es abominación delante de Dios (Lucas 16:15).

Por *último*, Pedro resume la belleza interior de la esposa cristiana en tener un *espíritu afable y apacible* (1ª Pedro 3:4). Qué cosa más buena es estar casado con una mujer que tiene tranquilidad, espíritu calmado, espíritu delicado, consagrado, dispuesto. Esto es vida entre los muertos. La vida de los hombres es agitada por naturaleza. Si al llegar del trabajo encontramos a una mujer aún más agitada, vendrá todo un infierno. Qué belleza es poder a casa y encontrar allí un hogar tranquilo, un refrigerio, un oasis donde se puede descansar, donde se puede renovar fuerzas para continuar el día a día. Pedro está diciendo a aquellas mujeres que ese tipo de conducta causará un impacto profundo en su marido. ¿Qué marido no se impresiona con una mujer así? Sabemos cuán difícil es para una esposa cristiana mantener mansedumbre y la tranquilidad, especialmente con un marido no creyente. La oración del salmista puede servir de modelo:

«Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí. En verdad que me he comportado y he acallado mi alma como un niño destetado de su madre; como un niño destetado está mi alma. Espera, oh Israel, en Jehová, desde ahora y para siempre» (Salmo 131:1-3).

La gentileza y dulzura de espíritu acaban por atraer a las personas. Elías aprendió que Dios no estaba en la tempestad ni en el fuego, sino en la brisa suave y mansa (1ª Reyes 19:11 y 12). Jesús, que podría haber dicho «Yo soy poderoso y fuerte», dijo «soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11:29). La belleza de un espíritu manso y tranquilo termina venciendo las mayores barreras. Cuando Abraham Lincoln era presidente de los Estados Unidos, tenía un obstinado adversario en la persona de Edwin Stanton, que denunciaba sus decisiones y lo llamaba «gorila» y «payaso experto». Lincoln, como cristiano dedicado, nunca respondió a esos insultos. Incluso, llegó a hacer de Stanton ministro de guerra durante su gobierno. Cuando Lincoln fue asesinado, Stanton dijo entre lágrimas sobre su cadáver: «Aquí yace el mejor gobernante de personas que el mundo ha visto». ¡La mansedumbre triunfó al final!

Pedro ilustra sus orientaciones para las esposas citando mujeres piadosas del pasado que ponían su esperanza en Dios y eran obedientes a sus maridos. Sara fue una de ellas, obedeciendo a Abraham y llamándolo «mi señor». Pedro exhorta a las esposas cristianas a que se vuelvan «hijas de Sara», practicando el bien y no temiendo mal alguno. El ejemplo de las mujeres de la Biblia sirve de padrón para las fieles que estaban sufriendo.

El efecto en los maridos no creyentes

¿Cuál es el efecto de este tipo de conducta en los maridos no creyentes? Pedro ya había dicho en el primer versículo que las esposas debían obedecer a sus maridos, a fin de que, si algunos de ellos no creyesen el mensaje de Dios, fuesen llevados a creer por el modo de actuar de ellas (1ª Pedro 3:1). Un marido no creyente no será ganado para el Evangelio por la atracción superficial que la apariencia externa del peinado, los cosméticos y las ropas caras de la esposa puedan ejercer sobre él. Él será ganado por una persona que no insista siempre en hacer las cosas a su manera y en ganar cada discusión, que no sea egoísta, rencorosa y caprichosa, sino que exhiba un espíritu manso y tranquilo delante de las ofensas y provocaciones.

CONCLUSIONES

Marido, ¿estás consciente de las dificultades, de las angustias y de las decisiones por las cuales tu esposa pasa? A veces los hombres piensan que ellas funcionan del mismo modo que ellos, pero no es tan así. Las palabras de Pedro que acabamos de estudiar en este capítulo nos desafían a reflexionar sobre las angustias que a veces los maridos pueden estar causando a su esposa. De vez en cuando las revistas seculares publican reportajes sobre maridos que maltratan a su esposa. Hay mujeres que viven con hombres burlescos y abusadores. Hay maridos que se profesan cristianos pero que golpean a su esposa. El marido debe amar y respetar a su esposa y comprender la situación que ella vive.

Una palabra aquí para las esposas que están pasando por momentos difíciles en su matrimonio, en su vida. Sólo hay una manera de que consiga vivir el padrón que Pedro pone aquí para la esposa cristiana. Si intenta por usted misma no lo

conseguirá. No hay mujer que consiga vivir de esta forma teniendo un marido malo, un marido incomprensivo o que la maltrata. Note que estas palabras no fueron dichas a cualquier mujer, sino a mujeres cristianas. Y ahí está toda la diferencia del mundo. Solamente el cristianismo puede darle fuerzas para perdonar a un marido así, para aceptar un marido así, para orar por ese marido, amar a ese marido, darle el ejemplo de una vida cristiana auténtica y ganarlo para el Evangelio de Jesucristo. Es sólo a través de la fe en Cristo Jesús, a través del nuevo nacimiento por el Espíritu Santo, por el poder de Dios en nuestro corazón, que podemos vivir el padrón bíblico para el matrimonio.

Y finalmente una palabra a los que quieren casarse. Considerando los padrones bíblicos elevados para la conducta de los cónyuges cristianos en el matrimonio, la mejor cosa que usted puede hacer es buscar a alguien que piense en usted, que también sea un cristiano verdadero, alguien que va a comprender cuál es su papel en el matrimonio, alguien con quien usted puede orar. Escoja una persona creyente para poder compartir con ella su vida y su familia.

5

EFESIOS 5:25-33 EL AMOR DEL MARIDO

«Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; más yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido».

— Efesios 5:25-33

Para muchos, el matrimonio y el amor son dos cosas que se excluyen. La autora americana Emma Goldman escribió en su libro *Anarchism and Other Essays* [1910] que el amor, siendo el elemento más profundo y poderoso de la vida, indicador de alegría, esperanza y éxtasis, desafiador de todas las leyes, la más libre y poderosa influencia sobre la raza humana, no puede ser nivelado con la hierba dañina generada por el Estado y por la Iglesia, que es el matrimonio. Goldmann fue una anarquista y sus conceptos radicales sobre el matrimonio y la familia no atraían a muchas personas. Sin embargo, retratan en alguna medida el pensamiento de la sociedad moderna, que cada vez más entiende el matrimonio como una prisión donde el amor, que es libre por naturaleza, no puede entrar. Parece muy rara para la mentalidad post-moderna la idea de que el marido y la mujer puedan nutrir el más profundo, libre y poderoso amor por el otro hasta que la muerte los separe. Mientras tanto, ese es el concepto bíblico de matrimonio y amor, como vemos en el texto al inicio de este capítulo.

En ese pasaje el apóstol Pablo presenta las responsabilidades mutuas de los cónyuges para un matrimonio armonioso y feliz. En los capítulos anteriores vimos que la responsabilidad en que la esposa debe concentrarse es la sumisión a su marido. Está claro: eso no quiere decir que ella no deba amar a su marido, pero sí, que ella debe poner ojo al aspecto de la sumisión. Ahora veremos que su marido debe poner ojo en su responsabilidad específica, que es amar a la esposa. Son estas las dos atribuciones básicas de cada cónyuge, son estas las dos responsabilidades esenciales para que el matrimonio se desarrolle pacíficamente, armoniosamente. La esposa se concentra en la sumisión, y el marido en el amor. Es por falta de responsabilidad y de equilibrio en estos dos aspectos que muchos matrimonios se han roto y se han desecho.

El objetivo de este capítulo es examinar la enseñanza de Pablo sobre la responsabilidad del marido, que es amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia. Intentaremos entender qué tipo de amor es exigido del marido, analizando el amor de Cristo por Su pueblo. Pablo pone tal amor como referencial para el amor del marido por su esposa. Es necesario entonces que los maridos entiendan el amor de Cristo por la Iglesia para que puedan saber de qué forma deben amar a la esposa en su vida diaria, para que el matrimonio sea exitoso.

EL AMOR DE CRISTO POR LA IGLESIA

Analicemos, por lo tanto, lo que Pablo nos dice acerca del amor de Cristo por su Iglesia. Notemos inicialmente que ese amor se manifestó no sólo en palabras, sino de forma muy concreta. Después de decir que Cristo amó a la Iglesia, Pablo agrega: «y se entregó por ella» (Efesios 5:25). El amor de Cristo se concretó, se manifestó, se volvió palpable, historiable, no fue sólo de palabras. La cruz del Calvario es la prueba mayor de esto.

En el pasado

Para entender mejor el pensamiento de Pablo aquí, podemos organizar esta manifestación del amor de Cristo por la Iglesia en tres etapas, teniendo como referencial a sus primeros lectores: en el pasado, en el presente, y en el futuro.

La primera manifestación está en el pasado y se refiere a lo que Cristo hizo por la Iglesia: «... Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (5:25). Pablo se está refiriendo aquí a la crucifixión de Jesús como prueba del amor de Él por Su Iglesia. Los dos verbos usados (*amor y entregó*) están en un tiempo verbal griego que generalmente denota una acción que fue consumada, completada. Pablo está aquí apuntando hacia la cruz del Calvario. Fue entregándose por la Iglesia que Cristo mostró la naturaleza de su amor por ella. La naturaleza de ese amor queda más clara cuando recordamos las palabras de Pablo en Romanos 5:8, de que Dios nos mostró cuánto nos ama por el hecho de que Cristo murió por nosotros *cuando aún vivíamos en el pecado*. O sea, ese amor no fue basado en algún mérito o cualidad que tuviésemos. Fue un *amor incondicional*. No se basó en alguna condición impuesta por Dios a nosotros. Tal demostración de amor, acontecida en el pasado, demostraba a los efesios la dimensión del amor de Cristo y funcionaba como un referencial para los maridos.

La historia de la Cenicienta nos ofrece un contraste interesante. Todos recuerdan la historia de aquella jovencita que vivía como empleada de la madrastra y de sus dos hijas, sucia, maltratada y que quería ir a la fiesta del príncipe, pero no podía. Entonces aparece su hada madrina que la transformó en una princesa bellísima, con un carruaje lindo y en él se va ella a la fiesta. Al llegar allá, el príncipe se apasiona por ella y los dos terminan casándose. Una historia de amor muy bonita. La pregunta es: ¿el príncipe se habría apasionado por ella si la hubiese visto antes de ser transformada, allá en la cocina, harapienta, sucia, llena de sudor y de grasa? La diferencia entre el amor del príncipe y el amor de Cristo es que Cristo amó a la Iglesia incluso cuando ella era harapienta, pecadora, miserable, indigna, en aquel estado de fealdad en que el pecado nos tenía. Él no tuvo que transformarnos en alguna especie de príncipes y princesas para amarnos después. El amor de Cristo es diferente del amor celebrado por el mundo. Nosotros amamos lo bello, lo agradable, lo fragante, lo estético. El amor de Cristo por la Iglesia, mientras tanto, fue incondicional. Él no miró la fealdad y la debilidad de Su pueblo, sino que se entregó por nosotros, aun siendo pecadores.

Esta entrega de Cristo fue *voluntaria*. Dentro del plan eterno de la salvación, el Padre propone salvar a la Iglesia mediante la muerte sustitutiva y voluntaria de su Hijo en la cruz del Calvario. El Hijo voluntariamente se ofreció al Padre, diciendo «yo moriré por el pecado de mi pueblo». Cristo no vino al mundo como una imposición del Padre. De acuerdo con lo que leemos en los relatos de los Evangelios, varias veces él afirmó la voluntariedad de su amor, la espontaneidad de su venida. Él vino porque quiso, porque amó.

Todo eso derivó en su humillación. Nadie puede amar incondicionalmente, voluntariamente, sin que pase por la humillación, por el quebrantamiento, por la renuncia del ego. En Filipenses 2:5-8 leemos acerca de la humillación por la cual Cristo tuvo que pasar para concretizar su amor por la Iglesia. Podemos ver por las palabras de Pablo los pasos que Cristo dio descendiendo de los cielos a la tierra por la escalera de la humillación.

- Se despojó temporalmente de las honras y glorias del mundo celestial, donde habitaba con el Padre, siendo uno con Él;
- Asumió la humanidad, no en un estado de gloria y majestad, como un rey, sino en una condición humilde de hijo de carpintero;
- Se volvió siervo de los hombres, no viniendo para ser servido, sino para dar su vida por mudos;
- Tuvo una muerte humillante, la de cruz.

A todo eso se sometió Jesucristo porque amó a la Iglesia. Su amor por ella derivó en su despojamiento, en su humillación. Sin eso no habría Iglesia. No estaríamos hoy salvos si no fuese por ese amor concreto de Jesús, ese amor voluntario, espontáneo que derivó en su humillación.

Pablo dice incluso que Cristo murió para que *santificase* a su Iglesia (Efesios 5:26). La Iglesia es compuesta por los elegidos de Dios, los cuales estaban manchados tanto por el pecado original como por los pecados que ellos mismos cometieron, ya que también cayeron con el resto de la Humanidad cuando Adán

pecó. Como los demás, eran culpables y totalmente corrompidos espiritualmente. Cristo se dio por ellos para poder libertarlos de ese estado; se dio como sacrificio para expiar la culpa de sus pecados y ofrecer propiciación (satisfacción) por ellos; derramó su sangre para purificarlos de la contaminación del pecado y para justificarlos de todas sus iniquidades.

Al contrario de la historia de Cenicienta, primero Cristo nos amó y después nos transformó en reyes y reinas. Primero él rescató a su Iglesia y después la santificó, la adornó y la embelleció. Debemos entender la palabra *santificar* usada por Pablo en un sentido básico de *separación*. «Santificar» es separar algo para uso exclusivo de Dios. Cuando Pablo dice que Cristo murió para santificar la Iglesia, él está diciendo que Cristo murió para separar a la Iglesia de en medio de la humanidad, entre todos los pueblos, para ser su pueblo, su amada. Es como un hombre que, entre varias jóvenes, escoge y separa una, y dice: «ésta es mi esposa». Ese es el sentido literal de la palabra santificar. Esa separación es fundamentalmente del pecado para Dios. Tiene una connotación moral. Significa separar de todo mal, de toda impureza. Cristo hizo eso a través de su sangre preciosa, a lo cual Pablo se refiere como «lavamiento de agua» —probablemente una referencia al símbolo del bautismo, ver Tito 3:5; Hechos 22:16; Hebreos 10:22— y a través de su Palabra, el Evangelio.

Esa fue la primera etapa de la manifestación concreta del amor de Cristo por su Iglesia, lo que Él hizo por ella. Veamos ahora la segunda etapa, lo que Cristo hace hoy por su pueblo.

En el presente

En el presente, Cristo está trabajando en el proceso de preparación de su Iglesia, para presentarla a sí mismo en el último y gran día del juicio. Nos referimos al proceso diario de santificación, por el cual los elegidos de Dios, en el poder del Espíritu de Cristo, mortifican su naturaleza pecaminosa y se revisten más y más de Cristo.

Es exactamente esto lo que Cristo está haciendo ahora en su Iglesia. Él ya murió por ella en la cruz del Calvario; pero no paró ahí, no está simplemente sentado a la diestra de Dios, en los cielos, sin hacer nada más. Mediante su Espíritu Santo, está trabajando en su Iglesia, santificándola, adornándola, haciéndola crecer, preparándola para sí mismo. Cristo está ahora empeñado en la tarea de la santificación de la Iglesia.

Notemos aquí un punto muy importante, es decir, la relación inseparable entre esas dos etapas de la obra de Cristo por la Iglesia. Primero, murió por ella para santificarla, y segundo, trabaja en ella, santificándola en la práctica. La implicancia de este punto es crucial. Si no hay santificación en su vida, usted no tiene ningún derecho de decir que Cristo murió por usted o que usted es salvo. Cristo santifica a los salvos y todo salvo es necesariamente santificado. La obra de Cristo no se detiene sólo en el pasado, Cristo murió por la Iglesia para santificarla, para presentarla a sí mismo. Hay en el presente un proceso práctico, diario, de santificación, de mortificación de los deseos pecaminosos, de resistencia a las tentaciones y de volvernos más y más como Cristo.

Es así como Cristo está demostrando su amor por la Iglesia hoy. Él no sólo murió por la Iglesia, sino que prueba hoy su amor por ella cuidándola, santificando a su pueblo. ¡Qué maravilloso es estar bajo la orientación santificadora de Jesucristo, por su Espíritu, a través de su Palabra! ¡Qué maravilloso es experimentar en nuestra vida la purificación y el crecimiento diarios como pruebas del amor de Jesucristo por nosotros!

Es de esa forma como los maridos deben amar a su esposa, cuidando de ella, promoviendo su crecimiento espiritual, orientándola, ayudándola en sus dificultades, como también Cristo lo hace por la Iglesia.

En el futuro

La tercera etapa del amor de Cristo por la Iglesia es además futura, aunque esté indisolublemente ligada a las dos anteriores. Cristo murió por la Iglesia en el pasado; Cristo está santificando a la Iglesia en el presente; Cristo recibirá a la Iglesia para sí mismo en el futuro, Iglesia «gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efesios 5:27). No es imposible que Pablo tenga en mente la presentación que Cristo hace de nosotros a sí mismo, aquí en este mundo, cuando somos revestidos de Su justicia y aceptados plenamente delante de Dios, lavados y purificados en la sangre del Cordero. Pero nos parece más probable que el apóstol se refiera al *último día*, cuando la Iglesia, totalmente reunida en un solo cuerpo, será presentada delante de Cristo, para quedarse con Él eternamente. Pablo siempre tenía ese día en mente, y se esforzaba por presentar perfectos a los creyentes delante de Cristo, en aquel gran día (2ª Corintios 11:2; Colosenses 1:28; ver además Judas 24; Colosenses 1:22; 2ª Corintios 4:14).

Cuando Cristo vuelva, recibirá a su Iglesia y se quedará con ella para siempre. Él vendrá para recibir a su Iglesia. Cuando eso ocurra, su trabajo de santificación quedará completado por la resurrección de los muertos y por la transformación de aquellos que se encuentran vivos. Así su obra será completa. ¡Qué esperanza más gloriosa la nuestra!

Poniéndolo aún de otra manera, Cristo cuidó en el pasado de nuestra salvación, en el presente cuida de nuestra santificación, y en el futuro efectuará nuestra glorificación. Todos esos aspectos de la obra completa y perfecta de Cristo revelan su amor por la Iglesia.

EL AMOR DEL MARIDO POR LA ESPOSA

Es de esa forma que los maridos deben amar a su esposa. Amar a la misma mujer hasta el fin, por muchos años, es algo muy poco común en nuestros días. Conocemos la historia de un cristiano casado, que queriendo comenzar una conversación con una adolescente, le dijo: «Estoy casado hace 40 años con la misma mujer, y aún la amo profundamente», a lo que la adolescente respondió admirada: «¡Cielos! ¿Y ya le contó eso a un psiquiatra?!» Oscar Wilde, famoso escritor de piezas de teatro, cierta vez hizo decir a uno de sus personajes: «Después de que un hombre ama a una mujer, hará cualquier cosa por ella, menos continuar amándola...» (en la obra *An Ideal Husband*). Pero no es ese el concepto bíblico en cuanto al amor del marido. A la luz del amor eterno de Cristo por su Iglesia, los maridos deben amar a su esposa

hasta el fin.

Queremos dar tres sugerencias de cómo, en la práctica, los maridos deben vivir y expresar ese amor. Esas sugerencias están basadas en la obra de Cristo a favor de la Iglesia, como acabamos de estudiar:

1. *Muriendo para sí.* El amor requerido se vuelve imposible sin que muramos a nuestro ego. Eso significa renunciar a nuestros derechos y procurar prioritariamente el bien de la esposa. Los maridos tienen la tendencia a hacer lo opuesto a Cristo: quieren ser servidos en vez de servir; quieren que la esposa haga todo lo que ellos mandan y que viva para su comodidad, su placer. Ponemos sobre ella la responsabilidad de cuidar de nosotros, de darnos entretenimiento, placer y comodidad. Y lo peor, es que usamos la Biblia para justificarnos. Racionalizamos más o menos así: «Mi mujer tiene que ser sumisa. Como líder, debo ayudarla a practicar la sumisión. Por lo tanto, voy a darle todas estas tareas y cosas por hacer, y así, le estaré enseñando a ser lo que Cristo quiere que ella sea». Al final, vemos a la esposa más como una empleada que como nuestra compañera. Para que podamos amarla como Cristo amó a la Iglesia, es necesario que renunciemos al instinto carnal del egoísmo que hace que deseemos que el mundo gire en torno a nosotros.

¿Hasta qué punto usted ama a su esposa? ¿Usted entiende lo que es la palabra «renuncia»? En el matrimonio la renuncia tiene que ser incondicional. En vez de renunciar incondicionalmente, intentamos negociar. Pero no fue así como Cristo amó a la Iglesia. Cristo amó a la Iglesia independientemente del hecho de que los escogidos eran: pecadores, enemigos de Dios, desobedientes. Cristo nos amó *incondicionalmente*, sin imponer condiciones, sin imponer los términos de su renuncia. Así deben los maridos amar a su esposa.

Ese morir para sí es *voluntario*, como fue el de Cristo. Nuestra conciencia para con Dios nos impele a eso y nuestro amor por la esposa vuelve esa renuncia algo placentero —incluso si eso implica la muerte de nuestro ego. Si nosotros aprendiéramos este principio, nuestras familias cambiarían. La posición de autoridad del marido sería suavizada si él liderara la familia con el amor que es voluntariamente renuncia en favor de la esposa.

Reconocemos que este morir para sí a favor de la esposa no es fácil. En verdad, es imposible para pecadores como nosotros. Solamente cuando entendemos el gran amor de Cristo por nosotros y nuestra esposa, y percibimos la profundidad de ese amor, es que tenemos poder espiritual para tomar diariamente la cruz y amar como somos amados.

2. *Siendo instrumento de Dios en su santificación.* Vimos antes que el objetivo de Cristo en su muerte por la esposa fue de santificarla, para finalmente presentarla a sí mismo pura e inmaculada. Asimismo, los maridos deben expresar su amor por la esposa como líderes espirituales, orientando y ayudando a la esposa a crecer espiritualmente. Cada marido debe preocuparse del estado espiritual de la esposa, orar por ella y con ella, confortarla y comprenderla. La esposa, como vaso más frágil, está más sujeta

a las presiones y angustias de este mundo y necesita del apoyo y de la protección espirituales del marido.

El marido tiene un compromiso con su esposa como su cabeza. Él es el responsable por la vida espiritual de su esposa. Si ella va mal espiritualmente, cae sobre él la responsabilidad. ¿Cuál fue la última vez en que usted oyó a su esposa, escuchó sus desahogos, sus dolores, la tristeza de su corazón, la angustia, la depresión espiritual, las dudas? ¿Cuándo fue la última vez que usted la orientó en la vida cristiana, mostrando el camino que ella debía seguir, mostrando el camino de la santificación, mostrando la enseñanza de la Palabra de Dios? ¿Cuál fue la última vez en que usted ayudó para que ella venciera ciertos pecados y fallas en su vida? Tal vez usted se irrita con ciertos defectos de su esposa. Pero, ¿usted invirtió en ella? ¿Oró por ella? ¿Estudió la Biblia con ella? ¿O sólo se quedó criticando, en vez de santificar a su esposa en esa área? Nuestras críticas contra nuestra esposa son injustas, si no empleamos todos los medios espirituales para ayudarla a vencer, como Cristo hizo con su Iglesia.

La naturaleza del deber del marido para con su esposa trae serias implicaciones para la cuestión polémica del «matrimonio mixto». Una de las razones por las cuales aconsejamos vehementemente en contra de que una mujer creyente se case con un hombre no creyente es exactamente porque él no tendrá condiciones para ejercer el papel de santificador de la esposa, de ser su líder espiritual. Las jóvenes que planean casarse con un hombre que no es creyente deben ponderar seriamente ese aspecto. Ellas no tendrán el apoyo, el liderazgo y el estímulo espiritual que solamente un marido creyente puede traer. Es verdad que no basta que el marido no sea creyente para que eso suceda. Él tendrá que ser un creyente dedicado, vivir en comunión con Dios y asumir plenamente su papel de líder espiritual de la esposa. Y el joven que está pensando en casarse, debe pedir a Dios que lo prepare para el matrimonio, para que pueda venir a asumir tales responsabilidades.

3. *El marido debe manifestar amor por su esposa alegrándose en ella.* Amor y alegría son dos cosas que van juntas. Alegrarse con la esposa es visto como una de las bendiciones de Dios al hombre que le teme (Proverbios 5:18; Eclesiastés 9:9). Cristo se alegra con su Iglesia aquí en este mundo. Esa alegría de Cristo es incondicional. O sea, no depende de la belleza y de las virtudes de la Iglesia, sino de lo que la Iglesia representa: su pueblo elegido. Las bendiciones derramadas por el Señor sobre la Iglesia son demostraciones de ese regocijo. Cristo también se alegrará con su novia, que es la Iglesia, en aquel gran día, cuando la recibirá definitivamente para sí mismo. Semejantemente, los maridos deben amar incondicionalmente su esposa y manifestar concretamente la alegría en tenerla. Cuántas esposas están debilitándose por falta de palabras de su marido, que expresen que las aman, que las aceptan, que están felices con ellas. Muchas esposas sufren porque tienen la impresión de que el marido apenas las soporta en el matrimonio. Cristo recibe a la Iglesia y sea alegre en ella para siempre.

IMPLICACIONES

Veamos algunas implicaciones prácticas de todo lo que vimos hasta ahora. En verdad, muchos aspectos prácticos ya fueron sugeridos en el estudio. Lo que haremos ahora es intentar presentar de forma resumida y organizada las consecuencias prácticas de la doctrina bíblica del amor de Cristo por su Iglesia. Mencionaremos cinco de esas consecuencias.

El amor del marido debe ser concreto

El amor exigido al marido es eminentemente *práctico*. Fue así como Cristo amó a la Iglesia. Cuidado con adjetivos vacíos como «mi amor», «amor de mi vida», «gordita», «bebé»; cuidado con volverse hipócrita. Expresiones así son muy comunes hoy en día. Aparecen en los medios, están en la boca del pueblo, pero frecuentemente no tienen contenido alguno. El marido cristiano debe ser verdadero en aquello que declara, y manifestar de forma concreta su amor por la esposa, como el amor que Cristo también manifestó por la Iglesia.

La mayor demostración del amor del marido es su conducta diaria en amor, especialmente la forma en que él se conduce en casa, delante de las dificultades y los problemas que siempre aparecen relacionados como el andar de la casa, la crianza de los hijos, las finanzas domésticas. Y, está claro, esto no excluye las palabras de amor y cariño mencionadas antes.

Solamente maridos cristianos pueden amar en los términos bíblicos

Esa declaración puede parecer exagerada. Sin embargo, considerando que el amor que se exige al marido tiene como referencia el amor de Cristo por la Iglesia —y que por lo tanto envuelve una dimensión espiritual que está ausente en los incrédulos— se puede decir que sólo maridos creyentes pueden amar en todas las dimensiones del término (vea 1^a Corintios 13],

Pablo se refiere al amor de Cristo por la Iglesia como un gran misterio (Efesios 5:32). Las personas que no tienen el Espíritu de Cristo no pueden entender las cosas de Dios (1^a Corintios 2:14), incluso todas las dimensiones de ese misterio. Sólo maridos que sean creyentes, y espiritualmente maduros, pueden entender la dimensión del amor de Cristo por la Iglesia y aplicarla en su vida.

Los maridos son responsables por el matrimonio

La mayoría de los problemas del hogar, a nuestro entender, vienen de la falla del marido en concretizar el amor por la esposa. Examinando problemas familiares, se percibe generalmente que la causa de la mayoría de ellos puede ser atribuida al marido. O él falló en renunciar, o en amar de forma concreta, voluntaria e incondicional. O, él falló en orientar a la esposa espiritualmente, en asumir el liderazgo espiritual del hogar, en recibir a la esposa y alegrarse en ella y manifestar eso de forma concreta. La mayoría de los problemas en el matrimonio (claro que hay excepciones) pueden ser atribuidos en cuanto a su origen, a la falla de los maridos en amar como deben.

El amor se aprende

Por último, ningún hombre debería casarse si no está dispuesto a amar a así. Hay jóvenes que quieren casarse luego, pero la pregunta es: ¿ya aprendiste a amar con este tipo de amor? Si no tienes condición de morir a tu ego, de renunciar por esta persona, no te cases con ella, quédate soltero. Si no aprendiste a amar de esta forma, harás muy infeliz a tu esposa. Si sólo sabes exigir, cobrar, recibir algo, no estás listo todavía para casarte.

Un punto muy importante a recordar aquí, y que ya fue mencionado en este libro, es que el matrimonio es lo que sustenta el amor, y no el amor lo que sustenta el matrimonio. Es pertinente aquí mencionar la oración de Rose P. Stokes, una asistente social americana que escribió un libro titulado *My Prayer* (Mi oración), donde decía:

«Algunas oran pidiendo casarse con el hombre que aman;
En mi oración, otra cosa supliqué;
Humildemente pido que los cielos me oigan;
Y que yo ame al hombre con quien me casé».

Necesidad de vida llena del Espíritu

Maridos, busquen tener sus vidas llenas del Espíritu Santo. El padrón de amor conyugal requerido por Dios es alto y por nosotros mismos jamás lo alcanzaremos. No es sin razón que las instrucciones de Pablo en cuanto a los deberes del marido — en realidad de ambos cónyuges— están controladas por la determinación de Efesios 5:18 «Sed llenos del Espíritu». Ya vimos que este texto controla toda esa sección familiar. Sólo en el poder del Espíritu Santo ustedes podrán amar a su esposa. De esta forma, busquen vidas llenas del Espíritu Santo. Creemos que es el bajo nivel espiritual de los maridos creyentes lo que ha traído problemas en esta área, porque este tipo de amor es producido por el Espíritu de Dios. Es solamente cuando estamos viviendo llenos del Espíritu de Dios que experimentamos ese amor extraordinario por nuestra esposa, que se enraíza el fluir del amor de Cristo por Su Iglesia.

Concluimos con esta palabra de motivación y ánimo: marido, no se desanime si se siente incapaz de ser cabeza. Recuerde el tiempo en que usted y su esposa eran sólo amigos. Si ya eran creyentes, eran hermanos en la fe, que podían ayudarse mutuamente en el crecimiento. Esto no acabó sólo porque se casaron. Su esposa aún es su hermana en Cristo. El hecho de haberse casado no hizo que usted se volviera jefe y ella, súbdita. Aún son hermanos en Cristo. Continúen como tal, recordando, mientras tanto, a su responsabilidad como marido, en las horas de impasse, en las decisiones importantes, cuando no se consigue hacer una decisión conjunta, Dios le pide a usted que sea el líder. Esta es una responsabilidad muy grande.

Si eres un joven soltero, pide a Dios que te dé una esposa que realmente pueda ser tu ayudadora idónea, para que no se vuelva tan difícil la convivencia en situaciones adversas. Una esposa verdaderamente espiritual hará todo lo que pueda para evitar que te desvíes de los caminos del Señor. Ella te dejará libre para tomar decisiones, sin muchas discordias y peleas.

Finalmente, es necesario recordar cómo el ejemplo de los pastores y líderes de

las iglesias es importante como modelo a ser seguido por los maridos creyentes (1ª Pedro 5:3), especialmente delante de los requisitos en cuanto a la familia exigidos a ellos, en cuanto a ser «esposo de una sola mujer» (1ª Timoteo 3:1).

6

EFESIOS 5:25-33 EL AMOR DEL MARIDO (2ª PARTE)

«Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; más yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido».

— Efesios 5:25-33

La periodista americana Helen Rowland escribió en su libro, *A Guide to Men* (Una guía para el hombre, 1922):

«Para ser feliz con un hombre, debes comprenderlo mucho y amarlo un poco. Para ser feliz con una mujer, debes amarla mucho, ¡y nunca intentar comprenderla!».

Existe un poco de verdad en el consejo de Helen. Lo que Dios pide de los maridos, por sobre todo, es que amen a su esposa —¡muy a pesar de que eso no signifique desistir de intentar entenderla! Amar a la esposa es la responsabilidad mayor del marido dentro del matrimonio. Ese es el punto que Pablo nos enseña en el texto arriba.

Nuestro objetivo en este capítulo es tocar un punto básico para la armonía y la

felicidad en el matrimonio. Estamos convencidos de que el punto clave es el *papel del marido como principal responsable por el matrimonio y por la familia*. Nuestra firme convicción es que los maridos obedientes a Cristo, que cumplen responsablemente su papel de líderes, tienen mayor probabilidad de tener familias estructuradas, equilibradas y felices. Muchas familias se disuelven, se desestructuran y destruyen porque el marido, como cabeza del hogar, falló en ejercer responsablemente su papel. No estamos aquí quitando la responsabilidad a la esposa. Ella también tiene su parte de responsabilidad en el caminar del matrimonio y de la familia. Sin embargo, según vemos en Génesis 3, esta responsabilidad fue primeramente dada al hombre. Leemos ahí que fue la mujer quien primero pecó (Génesis 3:1-6), precipitando así a ella, a su marido y a su descendencia al pecado y la muerte. Mientras, tanto los autores del Antiguo Testamento (ver, por ejemplo, Job 31:33; Oseas 6:7), como los del Nuevo Testamento (aun reconociendo la culpa de Eva, ver 2ª Corintios 11:3; 1ª Timoteo 2:14), atribuyen la responsabilidad de la caída a Adán. Él es responsabilizado por la entrada del pecado al mundo (ver Romanos 5:12-19; 1ª Corintios 15:22). La razón es que Adán era cabeza de la familia. Él no solamente tenía el liderazgo, sino especialmente la *responsabilidad* por el andar de su casa. El marido, como cabeza de la familia, líder del hogar, orientador y guía espiritual de la familia y de su esposa, es el mayor responsable por el bienestar de la familia.

No vamos a perder tiempo aquí respondiendo a los argumentos feministas de que la estructuración de la familia, en los relatos bíblicos, refleja el patriarcado vigente en el Antiguo Oriente. Nos basta, en este momento, con afirmar que la inspiración de las Escrituras consiste exactamente en el hecho de que Dios hizo escribir y registrar Su voluntad, aún a través de personas que vivieron en tiempos y culturas diferentes de la nuestra, de tal forma de dejar a su pueblo la expresión exacta de lo que deseaba que creyésemos y practicásemos. Es solamente cuando la autoridad de las Escrituras es abandonada, que se rechaza el modelo familiar prescrito por ella. En muchos aspectos es imposible mantener en armonía la agenda feminista y la autoridad de las Escrituras Sagradas.

Estudiamos en el capítulo anterior acerca del amor de Cristo por su Iglesia y cómo los maridos deben imitar ese amor para con su esposa. En el presente capítulo focalizaremos más de cerca en el amor del marido, los diferentes matices de esa responsabilidad, y las diferencias entre los tipos de amor que conocemos. Es importante notar la forma en que Pablo, en el pasaje que estamos estudiando, mantiene juntos el papel de líder y la responsabilidad de amar.

¿POR QUÉ HAY UN MANDAMIENTO PARA LOS MARIDOS?

¿Cuál es el motivo de que Pablo haya dado un mandamiento explícito a los maridos de amar a la esposa? ¿No debería haber sido «lideren a su esposa», en consonancia con el papel de cabeza que él mantiene en el matrimonio? Él había determinado a las esposas a que fuesen sumisas; y nuestra lógica supone que, en seguida, él debería haber dicho a los maridos «lideren o gobiernen a sus esposas». Pablo, sin embargo, no dice nada de eso. Simplemente dice «amen», dejando claro que lo correspondiente a la sumisión, por la parte del marido, es el amor y no el dominio.

¿Por qué Pablo hizo eso? Por un lado, porque la posición de autoridad del marido ya está implícita cuando Pablo dice a las mujeres «estad sujetas a vuestros maridos» (Efesios 5:22). Esto ya deja claro que la posición del marido es de liderazgo. Además de esto, él agrega que «el marido es cabeza de la mujer» (Efesios 5:23). Por lo tanto, él ya trató el asunto.

Pero creemos que la razón mayor es porque la *autoridad del marido está modelada en la autoridad de Jesucristo*. Es esto lo que nuestro texto enseña. Por detrás del concepto del matrimonio está la doctrina de Cristo y como Cristo hizo, así deben hacer los maridos; o, así como la Iglesia hace, deben hacer las esposas. En otras palabras, sólo podemos entender correctamente la naturaleza del matrimonio y los papeles de los cónyuges a la luz de la doctrina de la Iglesia y su relación con Cristo.

Cuando Pablo dice a los maridos que amen a la esposa, está simplemente reflejando el hecho de que la autoridad de Jesús sobre la Iglesia se basa en su sacrificio. Recordemos que su declaración a los discípulos, «Toda autoridad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18) sólo fue hecha después de que pasó por la Pasión, cuando se entregó por la Iglesia y murió por ella. En consecuencia, Dios lo puso en una posición de autoridad (ver Filipenses 2:8 y 9). De forma similar, la autoridad del marido es ejercida con base en su amor sacrificial por la esposa. Es eso lo que evita el abuso de autoridad, pues el liderazgo del marido está basado en el hecho de que Él se dio por la esposa. Creo que ningún marido puede exigir sumisión a su esposa, si no la ama tal como a la Biblia dice que debe amarla.

Marido, si usted no ama a su esposa, su autoridad está vacía. Sólo el hecho de defender con uñas y dientes que usted es quien manda en la casa, es una prueba de que ya perdió su autoridad hace tiempo. El liderazgo entre cristianos no se ejerce así, pues Cristo —que es el modelo para los maridos— no lo ejerce de esa forma. Es un liderazgo sazonado con amor. Por lo tanto, el mandamiento para que el marido ame a su esposa tiende a ablandar su posición de autoridad. Generalmente las personas que están en autoridad tienden ser rudas, autoritarias, tiránicas y dictatoriales. Los maridos sufren la tentación de tratar a la esposa con rudeza y amargura.

En el texto paralelo al texto de Efesios, en Colosenses, Pablo dice: «Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas» (Colosenses 3:19). Por la construcción de la frase, se percibe que amar a la esposa es lo mismo que no ser áspero, que no tratarla con amargura. Tratarla con amargura significa ser agresivo, áspero, mordaz, severo, frío, cruel, entre otras cosas. Es ser «bruto» y no tener educación al tratar a la esposa. El opuesto de todo esto es amar: ser gentil, sensato, atencioso, blando, educado. ¡Cuánta diferencia hace eso en la relación y la comunicación diaria en el hogar!

Aún otro motivo por el cual los hombres requieren un mandamiento explícito para amar a su esposa (el amor debería ser algo naturalmente presupuesto en el matrimonio, ¿no es verdad?) es la *dureza de sus corazones*. Claro que los corazones de las esposas también se endurecen, a veces (conocemos varios de esos casos). Pero el corazón masculino es más propenso a la dureza. El mandamiento, por lo tanto, funciona como un bastón en el que los maridos pueden apoyarse, cuando los sentimientos por la esposa están en baja. Necesitamos de este bastón del

mandamiento para que podamos andar sabiendo lo que debemos hacer. El marido cristiano pasa por crisis en los sentimientos y las emociones. Evidentemente, si tratara a la esposa de acuerdo a los altos y bajos a los que está sujeto como hombre, el matrimonio sería totalmente inestable e imprevisible. Por el contrario, él puede apoyarse en el fundamento firme de la Palabra de Dios, que le manda amar a su esposa siempre. Es un bastón que ayuda al marido cristiano a andar diariamente, amando a la esposa y tratándola como ella merece.

Para el mundo el amor es algo libre, espontáneo, un sentimiento que viene y va al sabor de las emociones de cada uno. No es sin razón que muchos no cristianos tengan miedo de asumir los compromisos del matrimonio. El famoso Lord Byron, escribió en una carta a su pareja, Anabella Milbanke, en 1814: «tengo grandes esperanzas de que nos amaremos hasta el fin de nuestras vidas, si jamás nos casamos». De todas formas, se casó con ella un mes más tarde. Pero un año después, ¡Anabella lo dejó!

La dureza de nuestros corazones —especialmente del hombre— hace que sea necesario ese mandamiento, para que amemos a la mujer con quien nos casamos, hasta el fin.

LA NATURALEZA DEL AMOR DEL MARIDO

Después de estas observaciones preliminares respecto al mandamiento «amad», preguntémosnos ahora, cuál es la *naturaleza* de este amor determinado por el apóstol Pablo. En términos prácticos, él envuelve fuertes afectos cordiales por ella, deleite y placer en su compañía y amistad, respeto y honra dados a ella, en particular y en público. Incluye habitar con ella de forma constante, tranquila y comfortable; buscar el placer, contentamiento y satisfacción de ella; proveer para sus necesidades, protegerla de las injurias y abusos, perdonar sus faltas, confortarla y socorrerla en las enfermedades, tener siempre la mejor opinión sobre ella y sus actitudes, y esforzarse para promover su bienestar espiritual.

Todo esto debe ser hecho de corazón, sinceramente, nunca de forma fingida. Este amor debe ser más intenso y más fuerte que aquel demostrado a parientes y amigos, igual al amor que el marido tiene por sí mismo, pero nunca superior al amor debido a Dios.

Todo esto está sugerido por la palabra que Pablo usa para «amad». Hay cuatro palabras en la lengua griega que pueden ser traducidas como «amor» y cada una de ellas tiene una connotación diferente, aunque pertenezcan al mismo campo semántico. Pablo escogió una de ellas, para no dejar dudas en cuanto al tipo de amor que tenía en mente. De las cuatro palabras griegas, sólo dos aparecen en el Nuevo Testamento. Vamos a mencionar estas dos y una tercera más, bastante conocida en la literatura no canónica.

Eros

La palabra *eros* puede ser traducida como «amor». No aparece en el Nuevo Testamento, pero estaba de moda en el vocabulario de la época. *Eros*, en la mitología griega, era el nombre del dios del amor, hijo de la diosa Afrodita; su símil en la mitología romana es Cupido. Modernamente, es el término usado en psiquiatría para el impulso sexual, la libido. Popularmente, es conocido como amor sexual, físico. Pablo podría haber usado esta palabra aquí, diciendo «maridos, amad» (*eros*) a vuestras mujeres». En cierto sentido, estaría correcto. Pues el amor sexual es legítimo y deseable entre marido y mujer. El marido tiene que sentir *eros* por su esposa. Nadie debe casarse con alguien por quien no siente atracción física. Infelizmente, aún prevalece la idea entre religiosos de que el sexo es la parte sucia del matrimonio. En un reportaje publicado en la versión brasileña de la revista *Vea* (en portugués, *Veja*), algunos años atrás, estaba la historia de un hombre casado que quería ser padre, pero para esto, al ser ordenado como sacerdote católico, tuvo que hacer un voto, él y su mujer, de que los dos tendrían que tratarse como amigos, y nada más. ¡Qué concepto más errado de matrimonio! Tiene que haber *eros* entre el marido y su esposa. Nadie debería casarse por profecía o por revelación, como ha acontecido en algunas iglesias pentecostales. La atracción física y la relación sexual hacen parte integral del matrimonio. Fue así como Dios lo determinó. El apóstol Pablo se refiere a la relación sexual como un deber, una responsabilidad que los cónyuges tienen entre sí (1ª Corintios 7:3; Éxodo 21:10).

Por lo tanto, aunque Pablo pudo haber usado esa palabra aquí, no lo hizo. Él está razonando sobre las virtudes esenciales que sustentan y mantienen el matrimonio. Por más importante que el *eros* sea en el matrimonio, aún así, no lo sustenta y no lo mantiene por sí mismo. Requiere ser acompañado por otra dimensión, reflejada por la palabra «amor», usada por Pablo en el texto que estamos analizando.

El mundo entiende el amor como si fuese exclusivamente *eros*. Vemos esto claramente en los medios y en la literatura de hoy. Amor es simplemente atracción física y relación sexual. Usted se siente atraído físicamente por una persona y dice: «yo te amo y quiero casarme contigo». Sigmund Freud fue el responsable de la idea de que *eros* es la fuerza motriz por detrás de todas las relaciones humanas, de todas sus actitudes y comportamientos. Él dijo: «La civilización es un proceso al servicio de Eros, cuyo propósito es combinar individuos humanos, y después de esto, familias y entonces razas, pueblos y naciones, en una gran unidad, la unidad de la humanidad. Por qué esto debe acontecer, no lo sabemos; la obra de Eros es exactamente esta» (*Civilization and Discontents*, 1931). Como resultado, identificó la raíz de todos los problemas y traumas humanos en los *tabús* sexuales, en las barreras levantadas por el cristianismo y por el moralismo, restringiendo, limitando y disciplinando el impulso sexual. Freud es responsable, en gran parte, por la «liberación sexual» experimentada hoy en la sociedad moderna, donde los límites para la sexualidad son vistos como causadores de traumas y problemas psicológicos.

Cuántos matrimonios han sido contruidos sólo sobre el fundamento débil del amor erótico. Una de las características del amor eros es su periodicidad. Es por estación, viene, vuelve, viene, vuelve... es inestable. No es al azar que, cuando el eros acaba, los matrimonios se separan. Es por eso que hay tantos matrimonios deshechos, porque fueron hechos simplemente con base en la atracción física. El matrimonio no fue nada más que la legalización de esta atracción; y cuando éste termina, o cuando la esposa se pone vieja, con arrugas, el marido simplemente encuentra una más bonita, y la deja. En verdad, él nunca la amó, sólo se sintió atraído por lo externo. Cuando eso se extinguió, él fue a buscar en otro lugar.

Filéo

Pablo podría haber usado otra palabra, *phileō*, también traducida como amor. Aparece en el Nuevo Testamento varias veces. Es de ella que viene nuestra palabra «filantropía». Muy a pesar de ser una palabra muy parecida a las demás que se usan para «amor», tiene un matiz característico, refiriéndose más a la relación fraterna y amigable entre las personas (aunque a veces sea usada para expresar el amor de Dios y de Cristo, ver Juan 5:20; 11:3 y 36; 16:27; etc.). Aunque no siempre ni de manera exclusiva, *phileō* indica aquel amor que se basa en una relación —de ahí la idea de amistad. En ese sentido, es más que el amor eros, que se basa sólo en el aspecto físico. El amor amistad estaría basado en gustar de alguien por entero. A usted le gusta el temperamento, la manera de hablar, la forma de ser de esa persona. Usted se hace amigo de esa persona, crece una amistad, lazos profundos que no son necesariamente *eros*.

Aunque para el mundo las amistades se acaban cuando el hombre y sus amigos se casan, para el hombre cristiano la esposa puede venir a ser la mejor de todas sus amigas. En verdad, es en el matrimonio que existe la oportunidad de desarrollar la más profunda amistad, sazónada y madurada por los deleites y desafíos que la vida de a dos inevitablemente trae. La escritora americana Jane Harrison comentó nostálgicamente que el matrimonio impide a una mujer las dos cosas que hacen gloriosa una vida, que son la amistad y la cultura (*Reminiscences of a Student's Life*, 1925). Obviamente, su perspectiva acerca del matrimonio estaba muy distante de la propuesta por las Escrituras, pero con certeza refleja lo que un buen número de personas piensa.

Pablo podría haber usado la palabra *phileō* para «amor» en Efesios 5:25, pues tiene que haber *phileō* en el matrimonio. El compañerismo, la amistad, la comprensión, la afinidad, el gustar de la otra persona, el sentirse bien en presencia de ella, todo eso es necesario. Muchos matrimonios acaban exactamente porque esa dimensión de *phileō* está ausente. Nadie menos que el famoso filósofo Friedrich Nietzsche reconoció la importancia de la amistad en el matrimonio: «El mejor amigo tiene más probabilidades de conseguir la mejor esposa, porque un buen matrimonio está basado en el talento para la amistad» (*Human, All Too Human*, 1878). Por otro lado, por más importantes y necesarios que sean estos aspectos relacionales de aproximación y simpatía, ellos —junto con la pasión sexual—, no son suficientes para estabilizar el matrimonio en el nivel requerido por la Palabra de Dios. Una dimensión es necesaria. El matrimonio es más que una especie de amistad reconocida por la policía...

Ágape

La palabra *agapē* es usada frecuentemente en el Nuevo Testamento para «amor». Al contrario de lo que popularmente se piensa, su sentido primario no es amor incondicional, sino un amor que procede de la *voluntad y determinación* en vez de las emociones, como *eros* y *phileō* proceden. El modelo es el amor de Dios, que se extiende al pecado, no porque Dios se deleite o guste de sus caminos sino por su determinación y voluntad de salvarlos. El amor de Dios, entonces, no espera nada en retorno. En este sentido, no impone condiciones pues no se basa en los sentimientos de Dios (los cuales serían de profunda ira por causa de sus pecados). No hay nada en el pecador que agrade a Dios. Su amor se enraíza en su voluntad soberana e inmutable. El pasaje del Nuevo Testamento que mejor expresa ese amor es Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito». La palabra para amor empleada aquí, es exactamente la forma verbal de *agapē*. Fue esa la palabra que el apóstol Juan eligió para describir la actitud de Dios para con el mundo.

A pesar de que algunos estudiosos intentan establecer una diferencia de sentido entre *agapē* y *phileō*, este contraste no siempre acontece en todos los contextos en que las palabras ocurren. Por ejemplo, el uso de ellas en Juan 21:15-17 refleja simplemente una alternancia retórica, para evitar repetición. No se puede, en rigor, detectar en el diálogo entre Jesús y Pedro cualquier sentido implícito en el uso alternado de *agapē* o *phileō*, como popularmente se piensa. Tal vez la única diferencia clara entre las dos palabras, en algunos contextos en que son usadas, sea el hecho de que nunca se usa *phileō* en mandamientos para que las personas se amen unas a otras. Todos los mandamientos para amarnos los unos a los otros en el Nuevo Testamento emplean el verbo *agapē* y no *phileō*. Como ya mencionamos antes, en algunas situaciones *phileō* significa más un amor basado en relaciones interpersonales —amistad. Mientras tanto, sería completamente equivocado decir que *agapē* es el amor divino y que *phileō* es el amor humano. Pues estas palabras y sus similares son usadas en el Nuevo Testamento de forma abarcadora para las relaciones de amor entre las personas, entre ellas y Dios, y entre Dios y Jesucristo (ver más detalle en el Léxico de Low y Nida, publicado por la United Bible Society).

En el pasaje que estamos estudiando, el amor de Cristo por la Iglesia (*agapē*) es el modelo para el amor del marido. Es este amor que nace en la voluntad y en la determinación, que nada espera a cambio, que está resueltamente dispuesto a buscar el bien de la esposa, lo que hará que el matrimonio permanezca estable, hasta que la muerte los separe. Es este amor el que provee la base sobre la cual la amistad y la atracción sexual pueden acontecer, desarrollarse y realizarse en plenitud.

Mencionamos que el *agapē* nace de la voluntad y no de las emociones. Es necesario esclarecer dos cosas. Primero, no estamos diciendo que este amor es desprovisto de emociones, pero sí que no es esencialmente una emoción. Segundo, no estamos diciendo que el marido cristiano puede producir y mantener vivo este amor por sí mismo. Nunca es fruto exclusivo de la fuerza de la voluntad, o producido meramente por el querer. Aunque regenerados, todavía dependemos de la gracia y de las operaciones del Espíritu Santo en nosotros, en cuanto a las virtudes cristianas. Sólo el Espíritu Santo puede producir este amor. Los dos primeros amores que

mencionamos, *eras* y *phileō*, hacen parte de la propia constitución humana, aunque decaída. Podemos tenerlos y experimentarlos, pero requieren del concurso del Espíritu de Dios para ser experimentados en su plenitud. La atracción sexual y la amistad natural por otras personas brotan espontáneamente incluso entre publicanos y pecadores, como el propio Jesús admitió (Mateo 5:46 y 47). Pero estas cosas, y especialmente el tipo de amor expresado por la palabra *agapē*, carecen del poder del Espíritu para manifestarse correctamente. Amar decididamente, sin esperar nada a cambio, con base en la decisión de hacer feliz al otro, es algo que va mucho más allá de nuestras fuerzas. Va contra nuestra condición de seres humanos, perdidos, caídos y pecadores: esencialmente egoístas. No conseguimos por nosotros mismos producir esa disposición y determinación.

Es bastante significativo, como ya mencionamos anteriormente, que las instrucciones de Pablo sobre el amor del marido por la esposa son un desdoblamiento de la orden para que los creyentes sean llenos del Espíritu. La relación entre la obra del Espíritu y el amor aparece también en Gálatas 22, donde Pablo menciona el amor como el primer fruto del Espíritu. En 1ª Corintios 13, el apóstol enseña que el amor es el camino más excelente para una Iglesia que desea ser espiritual. Podemos enfatizar esta relación y concluir que los maridos llenos del Espíritu serán capaces de amar a la esposa como deben, al paso que aquellos que se embriagan con vino —esto es, se llenan de otras cosas que no son el Espíritu— jamás podrán amar como Cristo amó a la Iglesia. En esta falla está la raíz del fracaso de muchas relaciones y, finalmente, del matrimonio.

La clave del liderazgo amoroso del marido en el hogar es su vida espiritual; es la comunión con Dios, es andar lleno del Espíritu Santo. Sin mucho miedo de equivocarnos, podemos decir que la falta de armonía y cohesión en el matrimonio se debe principalmente al hecho de que la vida espiritual del marido no va bien. Puede haber excepciones, involucrando la participación de la esposa, pero creemos que en la gran mayoría de las veces, el factor espiritual es decisivo.

Tanto para la sumisión verdadera de la esposa como para el amor *agapē* del marido es necesario, primeramente, que sepamos lo que somos delante de Dios: pobres, ciegos y desnudos, no mereciendo nada de su parte. Pero, en su misericordia, Él nos da todo gratuitamente. Además de esto, también necesitamos tener una comprensión adecuada del gran amor de Cristo. Debemos percibir que: (1) El egoísmo no tiene lugar del matrimonio, pues todo lo que tenemos fue dado (1ª Corintios 4:7); (2) Sólo podemos amar y verdaderamente someternos si sabemos que somos amados por Dios y que no necesitamos probar al cónyuge que somos alguien o alguna cosa. El Señor desea que hombre y mujer se completen mutuamente en el matrimonio. Cuando intentamos mostrar al otro quién somos, salimos de este propósito y entonces vienen los conflictos.

¿Y el romance?

Es importante que nos preguntemos, a estas alturas, cuál es el papel y el lugar del romance en una relación de amor entre el marido y la mujer. El romance pasó de moda en la sociedad moderna. Y afectó incluso a los matrimonios de los creyentes.

La culpa ciertamente no es de las mujeres: los romances continúan siendo best-sellers y las mujeres, las principales consumidoras. Los hombres son los principales culpados. Hay por lo menos tres razones por las cuales el hombre moderno — incluyendo al marido creyente — es menos romántico que antes:

1. Televisión — es responsable por drenar los deseos románticos del marido que se queda horas pegado en la pantalla, dejando que el deseo de estar con la esposa y agradarla sean sofocados por la atracción de la pantallita. Y lo que ve no es romance, para que fuese de ayuda, sino... lo inverso: ser duro, que es el modelo masculino usado en la mayoría de las películas, sacando el restito de romance que por casualidad hubiera quedado en él.
2. La obsesión actual por el sexo en nuestra sociedad lleva a muchos hombres —incluso a los maridos creyentes — a buscar autogratificación (estamos hablando exactamente de masturbación), drenando el deseo sexual por la esposa.
3. La pornografía perjudica el matrimonio y el romance, pues crea insatisfacción del marido por la esposa, y lo atrae con una vida llena de fantasías. La lascivia destruye el romance. Los maridos tal vez queden sorprendidos al saber que la mayoría de las mujeres prefiere un abrazo delicioso, un toque cariñoso, más que tener relaciones sexuales. Las mujeres son «románticas incorregibles», observa determinado autor. Como parte del amor por la esposa, el marido debería aprender a ser romántico.

LAS BASES DEL AMOR

Hemos hablado sobre el amor del marido y ciertamente no podríamos dejar de indagar sobre las bases de este amor, o sea, ¿en qué se fundamenta? ¿Qué le da sustento? ¿De qué forma podemos mantenerlo vivo, continuamente quemando en nuestros corazones, hasta que la muerte los separe? La atracción física y el amor erótico se afirman en el cuerpo, en el aspecto físico, en lo visual; la amistad, en el temperamento, la forma de ser, la manera de vivir. Pero, ¿dónde se apoya el verdadero amor que debemos nutrir por la esposa?

¿Atracción física? ¡No!

Comencemos por afirmar que este amor no debe basarse *en la apariencia física de la esposa*, pues cuando ella avance en años, cuando comiencen a aparecer las canas y las arrugas, y ella gane unos kilos de más, el marido comenzará a hacer comparaciones. Normalmente estas comparaciones son injustas. Es deshonesto comparar a una mujer que le dio hijos y se quedó a su lado por tantos años, con modelos y bailarinas que los medios proveen. Si no hay verdadero amor, el eros y la amistad por la esposa también desaparecen con los años. La relación se vuelve superficial, una conveniencia social donde ambos se soportan porque el precio de la separación tal vez sea muy alto. El itinerario de las telenovelas nos muestra lo que normalmente acontece: el marido encuentra otra más bonita, más joven, por quien se apasiona, y abandona miserablemente a aquella que se quedó a su lado por tantos

años, más vieja, «usada».

Cuando esto sucede es porque el «amor» del marido está sustentado en el aspecto físico. Muchas esposas, con miedo de perder al marido, se esfuerzan con regímenes, ejercicios y cirugías plásticas para mantenerse siempre atractivas. Cierta vez, estábamos aconsejando a una pareja al borde de la separación, y el marido, que había traído a la esposa, la acusó de haberse relajado en el aspecto físico y de haber engordado. Una mujer puede mantenerse joven y atractiva por un tiempo, pero finalmente perderá la guerra contra la fuerza de gravedad, que con los años arrastra todo hacia abajo, senos, barriga, la piel del rostro y del cuello (creando arrugas y las terribles papadas), las nalgas, etc. Si tiene un marido que se casó con ella por su aspecto físico, será abandonada por otra o, como mucho, tolerada.

El amor ágape no se basa en la apariencia de la esposas. No estamos negando, obviamente, la realidad y la necesidad de haber atracción física entre un hombre y una mujer, para que puedan casarse. Lo que estamos diciendo es que el matrimonio no puede basarse en esta atracción. Cuando Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, estaba compuesta de pecadores perdidos, apartados de Dios, feos por el pecado y sus consecuencias. El amor de Cristo fue incondicional. No derivó de nada bonito o agradable que hubiera visto en nosotros. Y es este amor el que sirve de modelo para el amor del marido.

El amor conyugal no puede enraizarse en el aspecto físico de la esposa, muy a pesar de que ciertamente se deleite en él. Si la belleza de la esposa es lo que determinará la duración del amor, el día en que ella sufra un accidente y quede deformada su marido dejará de amarla.

El matrimonio

Entonces, ¿en qué se basa? Primeramente, en el propio matrimonio. Popularmente se cree que es el amor lo que mantiene el matrimonio. Nos gustaría discordar afirmando que es exactamente lo contrario: es el matrimonio lo que mantiene el amor. No estamos afirmando algo revolucionario. Lea los clásicos sobre familia escritos por estudiosos comprometidos con la Biblia y verá esto.

Vamos a dar consistencia a esta afirmación. Notemos, para comenzar, que los autores bíblicos nunca ponen el amor como condición para que dos personas se casen. Es verdad que en la época de ellos y en el mundo oriental antiguo, los matrimonios eran, normalmente, arreglados por los padres. Tenemos algunos ejemplos de esto en la propia Biblia, donde tal vez el más conocido sea el de Isaac y Rebeca. Aún siendo arreglados, y que los cónyuges se veían por primera vez el día de la ceremonia de matrimonio, ¿podemos afirmar que en aquella época y en aquella cultura no había matrimonios felices? ¿Podemos afirmar, como contrapartida, que los matrimonios que fueron hechos con base en el «amor» —como los de nuestra época— son felices y estables? El punto es que, muy a pesar de que el amor mutuo sea bastante deseable, no entraba en la lista de condiciones o requisitos para un matrimonio, de acuerdo con la Biblia. El principal requisito puesto por la Biblia es que el matrimonio sea hecho «en el Señor».

Notemos, en seguida, a quién es dirigido el mandamiento de amar. Pablo determina que los *maridos* amen a la esposa (Efesios 5:25] y que las *esposas* aprendan a amar al marido (Tito 2:4). O sea, es en el contexto del matrimonio que el amor es aprendido y ejercido. El compromiso mutuo delante de Dios y de los hombres funciona como una base firme sobre la cual el amor puede crecer y desarrollarse. Si pensamos de la forma contraria, que el matrimonio depende del amor, y nos casamos pensando ingenuamente que los sentimientos que nutrimos son suficientes para mantener esta unión para siempre, estamos engañados. En verdad, el amor ágape se desarrolla con los años de relación conyugal, en el ambiente de compromiso.

Uno de los matrimonios que conocemos y que más demuestra este tipo de amor es el pastor Francisco Leonardo y Margarita, padres de Minka, co-autora de este libro. Es muy interesante la historia del matrimonio de ellos. El pastor Francisco deseaba ir al campo misionero pero la Misión le exigió que se casara. En esa época, él vivía en Holanda, a inicios de la década del '50. Él salió en busca de una esposa. En una reunión de jóvenes creyentes, vio a Margarita por primera vez, cantando las alabanzas a Dios al lado de un órgano. Después de algunas semanas le preguntó si quería casarse con él e ir al campo misionero. Ella le pidió un tiempo para pensar y dos días después le respondió que aceptaba. Se casaron, vinieron a Brasil donde tuvieron a cinco de sus ocho hijos. Ya tienen más de 45 años de casados, y hoy pueden ver a sus nietos y bisnietos. Y todos podemos ver el amor que hay entre ellos, que ciertamente creció y se desarrolló durante todos estos años. Es lógico que la experiencia de ellos no es regla para todos, pero el principio implícito nos parece general: no fue el amor mutuo lo que sustentó y mantuvo ese matrimonio, sino que fue, con certeza, la obediencia a la voluntad del Señor lo que mantuvo vivo el amor todos esos años.

Si el matrimonio dependiera del amor del marido por la esposa, se va a acabar; pero, si el amor del marido, se enraíza y se afirma en el hecho de que está casado con aquella mujer, que ella es la esposa que Dios le dio, su amor va a crecer y madurar. No es el amor lo que hace el matrimonio, sino que el matrimonio hace el verdadero amor.

Es evidente que no estamos diciendo que el amor no es importante para el matrimonio. Lo que estamos diciendo es que solamente en el ambiente del matrimonio es que el amor puede desarrollarse plenamente y alcanzar madurez. Hasta entonces, estará sólo potencialmente presente en la relación entre enamorados y novios. Cuando los jóvenes nos hacen la clásica pregunta: «¿con quién debo casarme?», la respuesta siempre incluye algo como: «con alguien que sea fiel al Señor Jesús, que tenga la aprobación de sus padres, con quien tengas afinidades y por quien te sientas atraído, y también con alguien a quien puedas llegar a amar hasta que la muerte los separe».

El mandamiento

En segundo lugar, observemos que el amor requerido por Pablo a los maridos encuentra apoyo y fuerzas en el propio mandamiento en sí. El apóstol está usando un imperativo, «maridos, *amad...*». Si vamos a dar la debida fuerza al imperativo, esto

quiere decir que amar a la esposa no es una opción para el marido. Dejar de amarla se vuelve desobediencia a Dios. Viendo el matrimonio como una larga caminata de a dos, podemos entender el mandamiento de amar como un bastón que nos auxilia en el transcurso. En él podemos apoyarnos en los momentos en que los sentimientos parecen flaquear.

El sentimiento del marido tiene altos y bajos, oscilaciones que se derivan de diversos factores interactuando al mismo tiempo. Hay épocas en que el marido se siente perdidamente apasionado por la esposa, y hay otras que con mucho la soporta. El mandamiento para amar funciona como un estabilizador para el marido creyente, durante los periodos de depresión y oscilación. Su obediencia a Cristo, su conciencia para con la orden del Salvador y Señor, lo llevan a ejercer el amor ágape incluso cuando sus sentimientos— incluyendo eros y filéo — están debilitados. Es como un bastón que afirma nuestros pasos cojos.

ORIENTACIONES A LOS MARIDOS

Vamos a terminar este capítulo ofreciendo algunas sugerencias prácticas para los maridos en cuanto al amor debido a la esposa. Estas orientaciones son en verdad implicaciones obvias de los principios que acabamos de analizar.

1. Creemos que la primera cosa que los maridos deben hacer para cambiar la relación con la esposa y consecuentemente su hogar, *es tomar una actitud sincera de quebrantamiento y arrepentimiento*. Necesitamos arrepentimos de la amargura con que hemos tratado a nuestra esposa, de la aspereza, de las críticas hechas a veces frente a otros. No hay nada que destruya más por dentro a una mujer, que la crítica de su marido frente a otros. Corroe el alma como el ácido. Además de eso, necesitamos arrepentimos de la insensibilidad para con las necesidades de la esposa y del silencio donde frecuentemente nos enclaustramos, imponiéndole un castigo severo. Hay maridos que gobiernan por el silencio, que no son capaces de comunicarse afectuosamente con su mujer. Ellos se callan delante de los pedidos implícitos de palabras y gestos de amor. Es el marido silencioso, que mata a su esposa mediante el silencio, aislado en su escritorio, detrás de su periódico o delante de la televisión. Necesitamos arrepentimos de esto, de la falta de comunicación para con nuestra esposa, por las explosiones de ira, de irritación, de egoísmo, de las ironías, las burlas, de cuando subestimamos las necesidades de ella. El primer paso es el arrepentimiento profundo delante de Dios, diciendo: «Oh, Dios, perdóname, no soy el marido que Tú quieres que sea, no amo a mi esposa como debería amarla, ¡cambia mi vida!» Ese es el primer paso. Sin él, no progresaremos mucho.
2. *Procurar llenarse del Espíritu Santo*. Más que nunca, es necesario reiterar que solamente por el poder y gracia del Espíritu de Dios es que el marido cristiano podrá amar a su esposa tanto como Cristo amó a la Iglesia. La atracción sexual y el erotismo, tanto como la amistad, brotan en el suelo del alma humana y se desarrollan allí en forma relativa. Pero el amor con que

Cristo amó a la Iglesia, que es el amor que el marido debe tener para con su esposa, es generado por el Espíritu de Dios en el corazón regenerado del marido, que teme a Dios y desea obedecer al mandamiento de amar a la esposa. El marido cristiano debe, por la oración y por el uso de los medios de gracia, buscar la plenitud del Espíritu, y depender de Él para la expresión diaria de su amor a la esposa. Manteniendo una vida diaria de comunión con Dios, por la oración y meditación en las Escrituras, por la obediencia a la Palabra y participación en los cultos, el marido cristiano será fortalecido para amar a la esposa como debe.

3. *Invertir tiempo con su esposa.* Su esposa es una persona. Ella no se casó con usted para ser una empleada que cuida de la casa y de sus hijos. Ella tiene afectos, tiene emociones, tiene sentimientos, tiene un alma que precisa ser cuidada. Parece ridículo que tengamos que escribir estas cosas, pero infelizmente es más común de lo que se piensa el tratamiento indiferente dado por los maridos a su esposa —incluso entre evangélicos. Es preciso invertir tiempo con la esposa, ¡haciendo actividades comunes que no son solamente relaciones sexuales! Y hay muchas formas de hacer eso, desde cultivar amistades en común hasta ayudarla en las labores domésticas (1ª Pedro 3:7).

El lector debe haber notado que, al dar esta sugerencia, tenemos en mente la familia tradicional, en la que el marido trabaja fuera de casa y la esposa trabaja en casa con las tareas domésticas y los niños. Estamos conscientes de que este ideal va perdiéndose en la sociedad moderna, pues más y más mujeres prefieren trabajar y dejar la crianza de los hijos y el andar de la casa en las manos de una empleada, ama de llaves o nana —o, a veces, de la madre o de la suegra. En estos casos, será siempre más y más difícil para la pareja tener tiempo juntos. No es de admirarse que crezca el número de divorcios y separaciones, produciendo una generación huérfana con padres vivos. No estamos diciendo que toda pareja que trabaja tendrá problemas de relación o que generará hijos con desajustes, pero sí que las probabilidades de que esto acontezca son siempre mayores.

7

1^a PEDRO 3:7 MARIDOS, VIVAN CON SU MUJER

Las iglesias fuertes son una bendición para la sociedad.
Las familias fuertes son la base para
una Iglesia fuerte. Y en esto, el marido
tiene un papel primordial.

«Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente,
dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a
coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras
oraciones no tengan estorbo».

— 1^a Pedro 3:7

El punto que deseamos enfatizar en este capítulo es que el marido tiene el papel principal, primordial, clave, fundamental y básico para que el matrimonio funcione bien. Con esto no estamos diciendo que la mujer no tiene ninguna responsabilidad cuando las cosas van erradas en la relación.

Lo que estamos diciendo es que la responsabilidad primera en cuanto al buen andar del matrimonio, de acuerdo con la Biblia, es del marido.

Todos nosotros estamos familiarizados con el relato de Génesis, de cómo Dios creó al hombre y a la mujer, los puso en el jardín, y dijo a la pareja que no debían tocar el fruto del conocimiento del bien y del mal. Quien desobedeció primero fue la mujer. Ella vio el fruto, consideró que valía la pena, lo tomó y comió, y le dio al marido. Pero, cuando Dios vino a aclarar las responsabilidades, se dirigió al marido: «Adán, ¿qué sucedió?» O sea, Dios puso la responsabilidad en primer lugar, en el marido.

El marido tiene la responsabilidad mayor de hacer que su matrimonio y su familia anden bien. En el texto que leímos, Pedro da orientaciones prácticas a los

maridos sobre cómo ellos deben tratar a sus esposas. Es interesante notar que cuando Pedro trata sobre el papel de las esposas, se refiere a esposas que tiene maridos no cristianos. Pero, cuando trata el papel del marido, él no hace distinción de si la esposa es cristiana o no. El marido tiene el deber de tratar a su esposa de acuerdo con los principios de la Palabra de Dios, sea cristiana o no.

VIVIR LA VIDA DEL HOGAR CON LA ESPOSA

La única orden que aparece en el texto puede parecer extraña o innecesaria, pero en verdad es extremadamente importante. Pedro ordena a los maridos que vivan la vida común del hogar con su esposa. Cuando yo compré mi primer computador, un miembro de mi iglesia, que ya tenía computador, miró a mi esposa y le dijo: «una viuda más». Gracias a Dios esa profecía fue falsa.

Sin embargo, esas palabras muestran bien cómo la vida moderna hace de tal manera que dos personas pueden estar casadas y no tener una vida en común. Cada uno vive su propia vida debajo del mismo techo. Es por lo menos interesante que la orden que la Palabra de Dios da aquí al marido es que *viva con la esposa*. O sea, que viva la vida común del hogar que, que participe de su hogar.

En la sociedad moderna, los papeles generalmente son los siguientes: el marido sale de la casa en la mañana y vuelve en la noche. Prácticamente quien hace que las cosas anden en el hogar es la esposa, en el caso de que ella trabaje en casa. Es ella quien cría a los hijos, quien resuelve las cosas que deben ser resueltas. ¡Y aún hay personas que consideran que la mujer sólo trabaja cuando tiene un empleo fuera de casa! El punto aquí es que el marido debe comprender que la vida en el hogar es también responsabilidad suya. Aunque no sea nuestro punto aquí, aprovechamos de observar que la «conquista» del movimiento feminista al sacar a la esposa y madre del hogar y ponerla en la oficina fue solamente a costa del debilitamiento aún mayor de la familia. La ausencia del hombre en la convivencia de la familia aún era compensada por la presencia de la esposa. Ahora, ella también se va, y los hijos quedan en manos de los abuelos, de los profesores y de las nanas. Fue una «conquista» que va a presentar una cuenta muy alta a ser pagada por nuestros hijos.

Otra cosa que contribuye mucho para que los maridos brasileños no participen tanto del hogar, es la institución brasileña de la empleada doméstica. En Europa y en otros lugares no existe esa institución. Entonces, el marido lava la loza, barre la casa, limpia el baño, limpia los vidrios, ordena las cosas de la casa, hace comida. Pero, aquí en Brasil, la gente paga una empleada para hacer eso. Por eso mismo, esa palabra de Pedro es muy importante para el marido. El marido debe vivir la vida común del hogar junto con la esposa. Él también tiene responsabilidad en el andar de la casa. No es sólo aquel que firma los cheques, y da el dinero para que las cosas anden. Él tiene que estar presente con su esposa, y debe participar de la crianza de sus hijos.

¡Cuánta falta hace el papel masculino, la presencia del hombre, la actuación del padre en la crianza de los hijos! Lo que sucede es que a veces la madre se ve obligada a hacer el papel de madre y padre con sus hijos. Cuando el marido llega, al final del día, cansado, se sienta frente al televisor, se queda cambiando de canal en canal, o

leyendo el periódico, viendo las noticias o su programa predilecto, y después va a dormir. Es como si su casa fuese sólo un hotel donde él va a pasar la noche. Su vida sólo comienza al siguiente día, cuando sale al trabajo. No es esto lo que la Biblia dice sobre el matrimonio, y tampoco es ese el papel del marido y padre. Él debe estar en su casa, debe saber lo que está sucediendo, involucrarse con su mujer y con sus hijos. La falta de esta actitud es una de las principales causas de la desintegración familiar de hoy. Tenemos una generación de jóvenes creciendo sin un modelo masculino, porque el hombre no está en casa o si está, está haciendo otras cosas que no involucran a sus hijos. La ausencia del padre hace que sus hijos crezcan sin saber lo que es ser padre, sin saber qué es ser marido, y cuando ellos se casan, serán del mismo modo. Por esto, la primera cosa que Pedro dice a los maridos es: vivan con su esposa la vida común del hogar. ¡Qué mandamiento más precioso e importante de obedecer hoy!

Pedro muestra cómo los maridos deben vivir la vida común del hogar con la esposa, señalando tres maneras distintas en el texto básico de este capítulo.

Vivir sabiamente

La primera es que los maridos vivan con la esposa «sabiamente» o «con discernimiento», palabra griega que significa «conocimiento». Pedro instruye a los maridos a que tengan sabiduría, discernimiento, *conocimiento* en el trato con su esposa. Pedro no explica qué conocimiento es éste, pero evidentemente es todo aquello que el marido debe saber para que la relación con su esposa sea feliz. Es un conocimiento que va a hacer que el matrimonio sea exitoso, y ciertamente esto significa conocer tres cosas:

1. *A sí mismo*. La primera cosa que el marido debe conocer es a sí mismo. Tiene que saber cuáles son sus límites. Tiene que saber cuáles son sus debilidades. Después de que la esposa comience a sentir náusea del marido, la cosa se pone muy difícil. Por eso, antes que el mal suceda, es bueno saber lo que la irrita. Él tiene que saber cuáles son sus áreas fuertes, con las que se puede involucrar y ayudar a la esposa. Para ello, el marido se debe conocer. Él necesita tener una evaluación correcta de sí mismo.

A veces el marido no percibe las cosas con exactitud porque no está consciente de quién es y de su papel. No sabe cómo un determinado gesto, determinadas palabras, pueden causar un impacto profundo en su esposa, más de lo que él piensa. Por sobretodo, ¡el marido parece haber perdido el conocimiento de lo que significa ser hombre!

En la sociedad moderna, con el impacto del movimiento feminista, muchos hombres han quedado inseguros en cuanto a su papel de marido. Hay movimientos en los Estados Unidos cuyo blanco es rescatar, no la masculinidad, sino la *hombría* de los hombres. Movimientos como *Promise Keepers* (Cumplidores de promesas), por ejemplo, reúnen millares de hombres en eventos donde se discute qué es ser hombre a la luz de la Biblia, y cuál es el papel que deben desempeñar como maridos y padres. Movimientos así son sintomáticos del mal que se lleva como lastre en nuestra sociedad moderna, esto es, que los hombres perdieron de vista lo que significa ser hombre, marido y padre. Ellos ya no se conocen.

2. *A su esposa.* La segunda cosa es que necesita conocer a su esposa. Esto es incluso más importante que conocerse a sí mismo. ¿Cuántos maridos pueden decir que conocen a su esposa? ¿Lo que a ella le gusta? ¿Cuáles son sus sueños, sus ideas, sus anhelos y sus angustias, sus preocupaciones? Ese conocimiento de la esposa es esencial para que el marido desempeñe su papel correctamente. Muchos de los problemas del matrimonio derivan de eso: que los maridos no tienen diálogo, comunicación y comunión íntima con la esposa, y por lo tanto, ¡los años pasan sin que él llegue a conocerla! Ella se vuelve, para él, una extraña en casa.
3. *A Dios.* El marido necesita conocer a Dios. Si no conoce a Dios y no depende de Él, su relación con la esposa difícilmente alcanzará el nivel de satisfacción, de alegría y de realización como tiene que ser. Sin la presencia de Dios no hay felicidad plena. El matrimonio feliz tiene que ser de a tres. El hombre, la mujer y Dios. Reflexionando sobre el orden en que pusimos esos tres ítems, percibimos que acabamos de invertir la importancia de ellos. Juan, el famoso teólogo de Ginebra y consolidador de la Reforma Protestante, declara en su *Institución de la religión cristiana* que conocer a Dios es primordial y esencial para que un hombre llegue al verdadero conocimiento de sí mismo y de sus semejantes. Es solamente a la luz del conocimiento divino que podemos entender quiénes somos y porqué estamos aquí. Siendo así, podemos interpretar las palabras de Pedro en este pasaje, como una exhortación a los maridos a que crezcan en el conocimiento de Dios, lo que hará que vivan con entendimiento con su esposa.

Esto exigirá en primer lugar que el marido estudie la Biblia. Ella nos enseña sobre Dios y otras áreas esenciales en el matrimonio.

La *comunicación*, por ejemplo, es un área importantísima. Tal como ilustra un autor de un libro que se publicó hace poco tiempo, *Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus*, venimos de dos planetas completamente diferentes, los marcianos hablan de una forma y las venecianas de otra. Eso explica por qué buena parte de los problemas en el matrimonio son problema de comunicación. El marido llega a la casa y la esposa dice: «me siento tan cansada». A lo que el marido entenderá: «Ah, ella me está acusando de pasar el día afuera y dejarla en la casa haciendo las cosas sola». La esposa no había dicho eso, ella estaba solamente compartiendo. En veneciano eso quiere decir aquello, pero en marciano, lo que ella dijo significa otra cosa. En otras palabras, existe un problema básico de comunicación en todo matrimonio, hacia el cual debemos estar alertas.

La Biblia tiene muchas reglas prácticas sobre comunicación. Mire ésta, por ejemplo: «la palabra blanda desvía el furor, más la palabra dura suscita ira». Esa es la regla número uno en la comunicación. Saber decir las cosas, poner dulzura en sus palabras. ¿Pero cuántos maridos realmente invierten tiempo para aprender lo que la Biblia dice sobre comunicación y matrimonio, sobre la esposa, sobre el hogar? Aprender tales cosas es la función del hombre. De él depende el buen andar de la relación conyugal.

Por lo tanto, para que el marido pueda vivir con la esposa en sabiduría, requiere adquirir conocimiento. Eso lo hará, en primer lugar, estudiando la Biblia y relacionándose con Dios. Y en segundo lugar, invirtiendo tiempo con su esposa. Las mujeres son románticas incorregibles. Y el hombre tiene que saber sobre eso. Las mujeres necesitan romance. Siempre, toda la vida. No hay otra forma, ellas siempre serán así. La mujer necesita tiempo, a la mujer le gusta ser oída, ser entendida en las cosas que dice. El hombre, no. Cuando él está con problemas se cierra en una caverna y allá se queda, queriendo resolver su problema. La mujer necesita entender eso también. Pero cuando la mujer tiene un problema, es diferente. Ella no se queda encerrada dentro de una caverna: ella quiere hablar. Ella quiere compartir su problema. Y este es sólo un ejemplo de cómo el marido debe conocer a su esposa.

Es lindo ver cómo esta necesidad de atención por parte de la esposa es importante también para los hijos. Si sabe dar atención a lo que ella necesita, usted también tendrá la habilidad y la paciencia para ayudar a sus hijos, pues ellos necesitan mucho más.

Vivir con sensibilidad

La segunda orientación aquí es que el marido debe vivir con la esposa, teniendo conciencia de que ella es la parte más frágil. En el original griego, Pedro se refiere a la mujer usando la palabra «vaso» metafóricamente, refiriéndose a la personalidad humana en general. El marido, por lo tanto, tiene que tener conciencia de que la mujer es el vaso más frágil. El hombre también es frágil, pero la mujer es más frágil que él. Nosotros no sabemos con certeza en qué sentido Pedro estaba diciendo aquí que la mujer es el vaso más frágil, pero el sentido general de su exhortación es éste: el marido no debe aprovecharse del hecho de que él es más fuerte.

Hay algunos sentidos en que eso es verdad. Primero, *físicamente*. No es difícil para el hombre sobrepasar físicamente a su esposa. La mujer por naturaleza es más débil que el hombre. Y a veces el hombre tiene ventaja con eso. Según un estudio publicado en 1999 por la edición brasileña de la revista *Vea* (en portugués *Veja*), sobre mujeres que viven con maridos maltratadores, el número de mujeres que son agredidas por sus maridos es mayor de lo que se piensa. Pero la Palabra de Dios dice al marido cristiano: no se aproveche del hecho de que usted es más fuerte. Tenga consideración con su esposa como vaso más frágil.

Segundo, la advertencia de Pedro tiene que ver con el ejercicio de la *autoridad* en la familia. A pesar de todos los esfuerzos del movimiento feminista, y a pesar de que la sociedad ha cambiado bastante en este sentido, aún predomina el padrón tradicional de familia en que el hombre es el líder de la familia. Es verdad que en algunos matrimonios esto no es más verdad. Entretanto, lo normal es que sea así. Pero el hombre no debe valerse de esto y aprovecharse de su esposa. Porque ella es el vaso más frágil.

En tercer lugar, la mujer es el vaso más frágil *emocionalmente*. Ella es más sensible, ella sale más herida en el conflicto con el marido. Estamos diciendo esto no solamente por observación sino también porque hay un mandamiento en la Biblia que dice exactamente eso: «maridos... no seáis ásperos con ellas» (Colosenses 3:19). ¿Por qué? Porque ella es el vaso más frágil. La sensibilidad de ella es mayor. La angustia de ella es mayor.

Vivir con dignidad

Esto nos lleva a la tercera manera por la cual el marido debe vivir con la esposa: ella debe ser tratada con *dignidad*. Originalmente en el griego dice «trátala con honra». Lo que Pedro está diciendo es esto: maridos, vivan la vida común del hogar con su esposa, con conocimiento, sabiendo que ella es el vaso más frágil, *tratándola con dignidad*.

¿Qué significa esto? Hay varios modos por los cuales el marido trata a su esposa dignamente. Uno de ellos es tratarla de forma respetuosa y digna en público, en la presencia de otras personas. Otro, es reconociendo y diciéndole a ella todas las cosas buenas, agradables y correctas que hace: «Querida, esto que hiciste fue en el momento preciso. Estoy encantado con lo que hiciste. Qué cosa más buena, realmente lidiaste muy bien con la situación». Generalmente la esposa se esmera mucho en lo que hace, el marido se beneficia y no tiene ninguna palabrita de reconocimiento. No es que ella lo haga para recibir elogio. Pero es muy bueno cuando el marido reconoce y afirma a su esposa en público en presencia de los amigos, con sinceridad. Desgraciadamente, a veces, sucede lo contrario. El marido provoca a la esposa en presencia de los amigos, humillándola en presencia de otros. Está bromeando, es verdad, pero eso amarga, eso hiere. Es muy importante acordarse de tratarla con dignidad, con honra. Es lo que dice la Palabra de Dios. Esto no es ese «respeto» formal. Es un respeto caluroso, un respeto amigo. Si ella optó por trabajar solamente en el hogar, cuidando de la casa y de los hijos, sólo lo tiene a usted para reconocer su valor. Su reconocimiento por lo ella hace despierta en sus hijos respeto por ella.

Aquí debemos tener cuidado para no ir al otro extremo, y pensar que honrar a la mujer significa siempre hacer su voluntad, como Adán, que puso oídos a Eva y ella le dio de comer el fruto prohibido. Tenemos que amar, respetar y apreciar a la esposa, pero nuestra apreciación por Dios está encima de cualquier cosa. Hay dos ejemplos en el Antiguo Testamento de dos hombres que cayeron porque escucharon a la mujer. El primero fue el rey Salomón que consiguió para sí mil mujeres. Cuando se puso viejo, las mujeres lo llevaron a abandonar a Dios y seguir a los falsos dioses [1º Reyes 11:1-8], Salomón de esa manera se dejó llevar a la idolatría por sus esposas.

Otro caso es el del rey Acab. Jesabel, su mujer, era adoradora de Baal. Acab era un juguete en la mano de ella. Y él terminó siguiendo lo que ella quería y acabó adorando los dioses de ella y abandonando al Dios de Israel, a quien había jurado seguir, siendo castigado por eso. Por lo tanto, cuando la Biblia determina que nosotros tratemos con dignidad, respeto y honra a nuestra esposa, evidentemente existe el mismo límite también para la esposa. Ella se sujeta a su marido hasta donde eso no la lleve a desobedecer a Dios. El amor y la sumisión a Dios son los límites de nuestras relaciones humanas. Nosotros debemos considerarnos, someternos y escucharnos hasta donde la obediencia para con Dios no esté en juego.

¿POR QUÉ TRATAR A LA ESPOSA DE ESA FORMA?

Pedro da dos razones para que los maridos traten a la esposa con conocimiento, sensibilidad y dignidad:

Porque somos iguales, aunque diferentes

La primera razón es ésta: si por un lado la esposa es el vaso más frágil, por otro, ella es igual al hombre. Las esposas van a recibir la misma vida que Dios da a los maridos, explica Pedro. Ellas son juntamente herederas de la misma gracia divina (1ª Pedro 3:7). La Biblia enseña que hay una diferencia fundamental entre el hombre y la mujer. Esta diferencia se remonta al tiempo de la creación. La mujer es el vaso más frágil. Fue así como Dios la hizo. Esto no quiere decir que ella no pueda ejercer determinadas actividades que tradicionalmente eran del hombre. Pero eso no suprime la diferenciación entre ambos.

Por otro lado, la Biblia enseña que el hombre y la mujer son *iguales* en valor delante de Dios. Este concepto ha sido difícil de entender para muchas feministas, pues para ellas, cualquier diferenciación en papeles implica la inferiorización de la persona. Pero este recelo no nos parece justificado, por lo menos a la luz de la enseñanza bíblica. Las Escrituras nos enseñan la igualdad esencial del hombre y de la mujer tanto como las diferentes atribuciones de ambos en sus papeles en la Iglesia y en la familia.

Es interesante observar esto en el pasaje que estamos estudiando. En él, Pedro enseña que hay papeles diferentes para el hombre y para la mujer, y también enseña que ambos tienen el mismo valor delante de Dios, siendo participantes de la misma gracia de la vida. El hombre no es mejor que la mujer en ningún aspecto, espiritual, moral, intelectual ni emocional, por citar algunos. Pedro enfatiza especialmente la igualdad espiritual: son herederos de la misma gracia de la vida. El hombre y la mujer cristianos entran en el reino de Dios por la misma puerta, de la misma manera, con los mismos privilegios espirituales.

Cuando el marido reconoce que es diferente de su mujer, toma consciencia de que tiene determinados papeles a cumplir por causa de estas diferencias, y los asume. Cuando reconoce que la esposa heredará con él la misma vida eterna que Jesucristo prometió, pasa a tratarla con dignidad y respeto. Ahí tenemos el equilibrio.

Lo que falta en muchos de los matrimonios entre evangélicos es exactamente esta perspectiva, de la diferencia y de la igualdad. A veces las diferencias son tan grandes que podríamos decir, como cierto autor dice, que hombre y mujer parecen haber venido de planetas distintos. Y, agregamos, ambos vienen de Dios. Cuando recordamos eso, la relación en el matrimonio comienza a funcionar mejor.

Para no interrumpir nuestra vida de oración

La segunda razón que Pedro presenta a los maridos, para que traten a su esposa como conviene, es que la relación conyugal influencia directamente la vida de oración. Él dice: «para que vuestras oraciones no tengan estorbo» (1ª Pedro 3:7b).

Al decir «no tengan estorbo» se está refiriendo a no tener interrupción, y la fuerza del verbo interrumpir puede ser ilustrada con aquella situación en que alguien nos cuelga el teléfono en la cara.

La advertencia de Pedro puede ser entendida de dos formas. *Primera*, Pedro está advirtiendo que conflictos, griterías, aspereza, agresiones y cosas de ese género por parte de los maridos hacen que Dios interrumpa las respuestas a sus oraciones. Si los maridos fallan en su papel, habrá reflejo en su vida espiritual. La fuerza del argumento de Pedro reposa en el hecho de que todo marido cristiano sabe de la importancia de mantener siempre activa y viva su relación con Dios. Este argumento no valdría para maridos no creyentes, y esto es un argumento más contra el matrimonio mixto. La interrupción de las oraciones es parte de la disciplina que Dios impone al marido que comete la falta. Vamos a intentar entender esa interrupción más exactamente. Muy a pesar de que Pedro no lo afirme explícitamente, se subentiende que quien va a interrumpir las oraciones es el propio Dios. En verdad, podemos decir que no son las oraciones, propiamente, las que serán interrumpidas, sino las *respuestas* que Dios daría a ellas. Dejar de tener las oraciones respondidas es de hecho un castigo severo para cualquier cristiano. Es una indicación de cuán seriamente Dios ve el trato que los maridos deben dar a su esposa.

Es como si Dios dijera «Ya que no tratas a tu esposa como debes, yo tampoco voy a responder tus oraciones. Puedes orar cuanto quieras, pero mientras no te arrepientas y comiences a tratar a tu esposa como debes, yo no te responderé nada». Recordemos que el Señor Jesús resumió toda la Ley en dos mandamientos principales: amar a Dios con todo lo que tenemos y lo que somos, y al prójimo como a nosotros mismos. Ahora, si yo no amo a mi prójimo como debo amarlo, ¿cómo voy a amar a Dios? Si yo no amo a mi mujer como debo amarla, Dios me dirá: «Para de orar, hipócrita. Tu oración no vale nada. Tú no sabes amar a tu esposa, que está al lado tuyo, ¿cómo piensas que puedes dirigirte a mí, como si todo estuviera bien?» La única oración que Dios responderá es aquella en la que el marido pide a Dios que le dé fuerza para amar e involucrarse en el hogar como conviene.

Dios hace esto para recordar a los maridos la importancia de relacionarse correctamente con la esposa. No es por casualidad que Dios actúa así, pues Él nos enseña en la Biblia que la relación marido—mujer es una figura de la relación entre Cristo y la Iglesia. El marido debe amar a la esposa así como Cristo amó a la Iglesia. El matrimonio es una cosa seria.

Pero, hay una *segunda* explicación para la advertencia de Pedro. Él puede estar diciendo que los conflictos y las agresiones separan al marido y a la esposa, de modo que las oraciones domésticas tienen estorbos, quedan interrumpidas. Los dos están enfrentados, no se unen más en oración. Cada uno sigue su camino, son dos extraños en la casa, ya no oran juntos. O si oran juntos, no es espontáneamente o con libertad. La fuerza de la amenaza de Pedro, en este caso, es exactamente la importancia de las devociones familiares para la mantención de la vida doméstica. La amenaza de tener las oraciones con la esposa interrumpidas debería llevar a los maridos a reflexionar en las consecuencias de sus actitudes. Pablo enseña la importancia de que oremos sin tener ira en nuestros corazones (1^a Timoteo 2:8).

Esta es la interpretación más probable de la advertencia de Pedro. Destaca el valor de la vida de oración del marido y de la esposa. La oración mutua no puede existir donde no hay amor y perdón mutuos.

APLICACIÓN

Concluyendo, vamos a intentar aplicar lo que aprendemos. El pasaje estudiado es dirigido a los maridos. Ellos son los principales responsables por el buen andar del matrimonio. Es a ellos que Dios pedirá cuentas en cuanto al andar de su familia. Hay varios puntos importantes a ser destacados.

Primero, hay un modo para cada matrimonio. La enseñanza de Pedro tiene como blanco, especialmente, impulsar a los maridos a que cambien de actitud para con su esposa, comenzando a tratarlas con dignidad, conocimiento y sensibilidad. Haciendo eso, cualquier marido percibirá un cambio en su esposa y consecuentemente en la relación entre ambos. Las actitudes correctas de parte del marido pueden significar la diferencia entre el éxito y el fracaso en la relación. Por ejemplo, una actitud de humildad y arrepentimiento por las propias faltas. Reconocer que está equivocado es una de esas actitudes que pueden restaurar relaciones complicadas. O incluso, una petición franca y abierta de perdón. Difícilmente una esposa rehusará el perdón pedido por el marido, si ella percibe que está siendo hecho en verdadera contrición y arrepentimiento. O además, una promesa de intentar, con la gracia de Dios, no cometer esos mismos errores otra vez. Actitudes así, y otras semejantes a éstas, pueden funcionar como un poderoso agente en la recuperación de matrimonios en conflicto. Llegue a casa y comience a practicar. Haga aquella listita de cosas que usted sabe que irritan y amargan a su esposa, y comience el proceso de restaurar sus oraciones. Trátela con dignidad y respeto.

Por sobre todo, los maridos deben, junto a la esposa, vivir cerca de Dios, cultivando una vida de oración y de comunión con el Señor Jesús, una vida llena del Espíritu Santo, estudiando la Biblia a los pies del Señor, pidiendo gracia y misericordia para su matrimonio. Necesitamos la actuación poderosa de la gracia de Dios para arrepentirnos de toda amargura, ira, maltratos y castigos que impusimos con nuestro silencio, y especialmente para vivir una vida donde la esposa pueda encontrar realización y alegría.

EFESIOS 6: 1-4

HIJOS, OBEDECED A VUESTROS PADRES

«Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor».

— Efesios 6:1-4

Hemos sido testigos con gran tristeza en nuestros días y en nuestro país, de la infiltración de un movimiento, en todas las clases sociales y en todas las áreas de la vida, que pretende de una forma u otra derrumbar todo concepto de autoridad constituida en nombre de una pretendida libertad. Eso lo vemos, por ejemplo, reflejado en los actos de desobediencia civil que ocurren en este país, en desobediencia clara a las leyes, desde invasiones ilegales de propiedades hasta la defensa abierta, por parte de un Diputado, del fusilamiento del Presidente de la República. El desacato, la falta de respeto y el desprecio por la Constitución y los que la representan son cada vez mayores.

Podemos entender que los abusos perpetrados por las autoridades constituidas provoquen la indignación y la revolución de muchos, como por ejemplo, el periodista americano P. J. O'Rourke, autor del libro *Parlament of Whores* (Parlamento de prostitutas, 1991), donde ataca violentamente el concepto del ejercicio de la autoridad en la sociedad: «Aquellos que ejercen autoridad sobre sus colegas, y proclaman todo tipo de comandos en todas las direcciones son el tipo más depravado de prostitutas...». Rechazamos el lenguaje de O'Rourke, pero concordamos con él y con otros que están contra el ejercicio arbitrario de la autoridad, que es el *autoritarismo*. Mientras tanto, estar contra el autoritarismo es diferente a estar en contra de cualquier forma de autoridad. Y es este último punto

que vemos creciendo a nuestro alrededor. Tampoco estamos diciendo que toda revolución contra el autoritarismo es necesariamente errada. Infelizmente, Lutero se excedió cuando juzgó, en 1525, que la revolución de los campesinos era contra Dios, e incitó contra ellos la pena de muerte, en su tratado *Contra las hordas asesinas y ladronas del campesinado* (mayo de 1525).

El desprecio por la autoridad —no estamos hablando de autoritarismo— ha tenido una gran aceptación en la juventud, y frecuentemente sin ningún motivo obvio, a no ser por estar en el espíritu de la época. Los jóvenes han sido enseñados por los medios masivos de comunicación, por la literatura, y por otros medios, a sacudir los yugos impuestos por los padres, profesores, autoridades civiles y religiosas, y a vivir completamente siguiendo su propia voluntad y según su propio discernimiento.

Los cristianos comprometidos con las Escrituras observan preocupados el surgimiento de una generación de hijos rebeldes, que desobedecen a los padres, que no tienen reverencia ni amor por los padres. Este tipo de hijos siempre caracterizó sociedades que están en decadencia moral y espiritual. Ya a mediados del siglo I de la Era Cristiana, el apóstol Pablo, al describir la decadencia de la sociedad romana en su época, mencionó hijos desobedientes como uno de los síntomas de esta descomposición y declinación (Romanos 1:28-32). Más tarde, escribiendo a Timoteo, reafirma que una de las marcas de la humanidad en franca rebelión contra Dios es exactamente una generación de hijos que desacatan a sus padres (2ª Timoteo 3:2).

Es interesante notar cómo en su afán de rebelarse contra el concepto de obediencia a Dios, determinados ateos se vuelven incluso incoherentes. El periodista ruso Alexander Hersen escribió en 1855 (*From the Other Shore*) que las religiones basan su moralidad en la obediencia, esto es, en la esclavitud voluntaria. Es por esto, concluía él, olvidando la esclavitud forzada impuesta por el comunismo ruso, que las religiones son más perniciosas que cualquier sistema político, pues éstos usan la violencia y éstas la corrupción de la voluntad.

La desobediencia en general, y a los padres en particular, caracteriza, según la Palabra de Dios, una sociedad en declinación moral y espiritual, cuyas bases y fundamentos están siendo minados, que ya está perdiendo la noción de *autoridad*. En diversos sentidos, esta actitud en nuestros días ha sido fruto de la psicología moderna y de métodos pedagógicos que defienden una educación de niños sin el ejercicio de autoridad. El más popular de estos métodos es el desarrollado por María Montessori en el inicio del Siglo XX, en Italia, y que ganó un espacio extraordinario en el sistema educacional de todo el mundo. Los niños en escuelas montessorianas son libres para moverse en la sala de clases desde un conjunto de cosas a otra, como deseen, en un ambiente preparado con equipamientos que promueven la autoeducación en matemáticas, en lenguaje, en ciencias y en la vivencia práctica. El niño promueve su propia educación. Los profesores son meros facilitadores, observadores, ya no son formadores de opinión, carácter o conducta. Los niños son impulsados a desarrollarse a través de las experiencias en sala de clases. En un ambiente como ese, la transmisión autoritativa de contenido es completamente rechazada. El concepto de disciplina, como una imposición de autoridad, también. El punto de partida de este método es que las personas son intrínsecamente buenas.

De acuerdo con la propia Montessori, cada niño tiene un maestro dentro de ella. Por lo tanto, pueden desde temprano discernir y seguir sus propios caminos, en cuanto los padres y maestros observen sin intervenir.

Ese concepto se volvió muy popular y aceptado más allá de las fronteras de las escuelas montessorianas. Naturalmente, siempre hay cosas positivas y buenas en cualquier idea que consigue tanta aceptación, pero los cristianos se erizan delante del evidente rechazo al concepto de autoridad en la educación de los niños. Pero, hay padres cristianos que son montessorianos. Hay iglesias montessorianas en su pedagogía.

El surgimiento de Internet, la divulgación mundial de la pornografía a través de ella y la popularización de los computadores en los hogares terminó por demostrar los problemas con el concepto. Muchos padres, contrariando el principio que adoptaron, terminaron por tomar medidas para evitar que sus hijos tuvieran acceso a material pornográfico en la red mundial de computadores. Aparentemente, el maestro dentro de cada niño no consigue impedir que ellos se sientan atraídos y terminen consumiendo material de sexo explícito, cuando la oportunidad se les da.

El texto bíblico que sirve de base para este capítulo son las palabras del apóstol Pablo dirigidas exactamente a este asunto del ejercicio de la autoridad de los padres sobre sus hijos. En el texto anterior, él había tratado de la relación entre el marido y su mujer. Ahora, se voltea hacia los hijos.

Es importante recordar que sus orientaciones en Efesios 6:1-4 aún están bajo el control de la enseñanza contenida en Efesios 5:18, «no os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu». Esto quiere decir, como ya enfatizamos en los capítulos anteriores, que en la mente del apóstol Pablo el matrimonio y el hogar cristiano están bajo el control y la orientación del Espíritu de Dios. Por lo tanto, la relación entre padres e hijos debe también ser visto bajo esta perspectiva. Solamente padres e hijos llenos del Espíritu Santo podrán seguir estas instrucciones.

Este pasaje es de importancia vital para todos los padres e hijos que desean seguir la enseñanza de la Palabra de Dios para sus vidas, en medio de un ambiente vivencial donde el propio concepto de obediencia a los padres es visto con desdén y repudio. Nuestro objetivo en este capítulo es entender la enseñanza de Pablo y relacionarlo con esta situación.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Hagamos dos constelaciones antes de entrar en el análisis de nuestro texto. La *primera* es que Pablo comienza dando instrucciones a los hijos, y no a los padres, como podría parecer más apropiado y lógico. Pero hay un motivo para eso. Él no comienza con los padres porque, como ya vimos, el tema de esta sección de la carta a los Efesios es la *sumisión*. Fue por este motivo que no comenzó con los maridos y sí con las mujeres, al dar instrucciones sobre la relación de la pareja. Así, comienza tratando primero sobre la parte que debe concentrarse en el papel familiar que implica sumisión, como es el caso ahora con los hijos.

La *segunda* es que la autoridad de los padres sobre sus hijos está implícita en el mandamiento para que ellos les obedezcan. Pablo está afirmando indirectamente

que los padres son puestos por Dios sobre la vida de los hijos, y que deben orientarlos y guiarlos; que los hijos deben referirse a los padres como personas que están en posición de autoridad. Ya vimos que en la economía de Dios en cuanto a la familia, la secuencia jerárquica (usamos la palabra con mucho temor, sabemos de sus abusos) es ésta: Dios es la cabeza de Cristo, que es la cabeza del hombre, que es la cabeza de la mujer y ambos son cabeza de los hijos. Es de esta forma que Dios estructuró la familia. Cada vez que una familia deja de guiarse por esta estructura divina, alguna cosa sale mal.

Por lo tanto, la posición de los padres es instituida por Dios y su autoridad reposa en el hecho de que están ahí colocados por causa del Señor. Los padres nunca deben referirse a su propia autoridad, pero siempre apuntar hacia quien los puso ahí, que es Dios. Toda autoridad reposa, en último análisis, en Dios.

EL MANDAMIENTO EN SÍ

Lo que significa obedecer

Vamos a intentar entender lo que el apóstol Pablo está diciendo a los hijos. ¿Qué está queriendo decir con: «hijos, obedeced a vuestros padres»? Notemos en primer lugar que la palabra «hijos» en general es demasiado amplia. Se refiere primariamente a toda la descendencia legítima e inmediata, sin referencia a la edad o sexo. Pero, en el contexto, incluye a todos los que están debajo de la autoridad de los padres, incluyendo los hijos adoptivos. La advertencia, mientras tanto, va más allá del ámbito familiar. Expresa el principio de la obediencia a las autoridades instituidas por Dios. En la teología reformada, el mandamiento «honra a tu padre y a tu madre», que es el origen de la orden que Pablo da aquí, es interpretado como sujetarse no solamente a los padres naturales, sino aquellos que están en autoridad natural sobre nosotros, por la edad, honra, oficio o función (Ver *Catecismo Mayor de Westminster*, 124). Por lo tanto, debemos entender el pasaje extendiéndose a todos los que están bajo autoridad.

¿Qué es lo que la palabra *obedecer* significa? Su sentido es obvio, pero hay un matiz expresado por la palabra usada por Pablo. Significa *obedecer después de haber prestado atención a lo que fue dicho*. Literalmente, en la lengua original en que fue escrita, significa «oír debajo» alguna cosa, o sea, ponerse debajo de aquello que se escuchó —de ahí la idea de obediencia. Significa posicionarse bajo la voz del que habla con autoridad, en este caso, los padres. Es eso lo que significa *obedecer*; es decir, cuando los padres dicen alguna cosa, los hijos se ponen bajo la orientación, debajo de la voz de comando de ellos. Es interesante observar que es la misma actitud que Pablo va a exigir más adelante a los esclavos en relación a sus señores (Efesios 6:5).

Vemos por el versículo siguiente que Pablo tiene en mente la *honra* debida a los padres, conforme al quinto mandamiento de la Ley de Dios, que él cita enseguida (Efesios 6:2). En otras palabras, obedecer a las palabras, obedecer a los padres o posicionarse bajo la orientación de la voz de ellos significa respetarlos, reverenciarlos, tenerlos en honra, tenerlos en consideración y tratarlos con dignidad, como personas especiales y colocadas por Dios en la posición de autoridad

sobre ellos. Pero, *honrar* a los padres significa más que esto. En el Antiguo Testamento, la honra debida a los padres era entendida, no solamente como respeto y reverencia, sino como sustento financiero en tiempos de necesidad. Los hijos honraban a sus padres sustentándolos financieramente, cuando se pusieran viejos y necesitados. El Señor Jesús reprendió a los judíos que dejaban de honrar a los padres, dando dinero para el templo en vez de ayudar a los padres ancianos (Mateo 15:4), Pablo determinó que hijos y nietos aprendan a sustentar a los padres y abuelos ancianos (1ª Timoteo 5:4).

¿Qué sería lo opuesto a *honrar* a los padres? Varias cosas se pueden apuntar. Primero, *despreciar* a los padres. Moisés declaró que hijos que desprecian sus padres son maldecidos por Dios (Deuteronomio 27:16). Dios toma muy en serio el asunto del respeto y la honra a los padres. El opuesto a obedecer a los padres es despreciarlos. Hijos que desprecian a sus padres, que no dan atención a lo que dicen, que no someten a sus orientaciones, están bajo el juicio de Dios. Y, generalmente, hijos que crecen con este espíritu, encuentran más tarde la maldición de Dios en sus vidas. Hijos rebeldes, hijos con problemas, personas que no se ajustan, generalmente vienen de una familia deficitaria, vienen de una posición, desde pequeños, de rebeldía, y no fue correctamente corregida por sus padres, pero la maldición de Dios es para aquellos que desprecian a sus padres.

Segundo, *maldecir* a los padres. Moisés determinó que los hijos que maldijesen a sus padres fuesen muertos por la comunidad de Israel (Éxodo 21:17; ver Levítico 20:9). Maldecir significa lanzar maldiciones, desechar, abominar, desear el mal y la perdición de alguien. Por increíble que parezca, hay hijos que hacen eso. No mandamos a ejecutar a esos hijos, como se hacía en Israel en el pasado, pero con certeza la enseñanza bíblica continúa: Dios aborrece a los niños y jóvenes que tienen esa actitud. En la época del Antiguo Testamento, antes de la venida de Jesucristo, el niño o joven que maldijese o que insultase a sus padres, era apedreado en el momento. En la nueva dispensación, los hijos no son apedreados por eso. Mientras tanto, deberían ser disciplinados severamente por sus padres.

Otras actitudes opuestas a la obediencia requerida por Pablo podrían ser mencionadas, como negligencia de los deberes requeridos por los padres, desdén, rebelión y rebeldía contra su autoridad, rechazo de sus consejos o instrucciones, burlarse, ridiculizar, y desdeñar a los padres. También, comportarse de forma escandalosa, al punto de convertirse en una vergüenza para sus padres.

Por lo tanto, cuando la Palabra de Dios dice: «Hijos, obedeced a vuestros padres» significa honrarlos, respetarlos, acatarlos, sin jamás maldecirlos, insultarlos, sino siempre colocándose sinceramente bajo su voz de orientación y comando.

Naturalmente esto no significa que la relación entre padres e hijos será algo mecánico, formal y legalista. Hogares donde la autoridad de los padres es respetada son el mejor ambiente vivencia! para el desarrollo de la verdadera y profunda amistad entre padres e hijos. En su libro *Love in the Time of Cholera* (El amor en tiempos del cólera), el reconocido escritor colombiano Gabriel García Márquez dice que Fermina Daza descubrió, con gran deleite, que no se ama a un hijo sólo porque es hijo, sino por causa de la amistad que crece entre ellos durante el proceso de crianza (1985; reimpresso en 1988, p. 207).

LA MANERA DE OBEDECER

Es importante también que notemos el *modo* por el cual los hijos deben obedecer a sus padres. Ya mencionamos la historia del niño que, rebelado contra el castigo impuesto por el padre para quedarse sentado mirando al rincón de la pared, gritó por encima de su hombro: «¡Estoy sentado por fuera, pero por dentro estoy de pie!». Ciertamente no es esta manera de obedecer la que Dios desea de nuestros hijos, muy a pesar de que sea mejor que la abierta desobediencia.

Note que Pablo dice que los hijos deben obedecer a los padres «en el Señor» (Efesios 6:1). Es posible entender esta expresión como una limitación a la obediencia, esto es, obedecer en aquello que es agradable al Señor. Esto lo veremos más adelante. Pero, se puede entender como una expresión del modo en que a Pablo le gustaría que los hijos obedecieran, o sea, como Cristo obedeció al Padre, o mejor aún, porque Cristo está viendo el corazón de ellos. Para Cristo, el niño que quedó castigado sentado delante de la pared, pero en pie en su corazón, estaba realmente desobedeciendo a sus padres, esta interpretación es apoyada por Colosenses 3:20, donde Pablo dice: «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; porque esto agrada al Señor». Se percibe que, para Pablo, los hijos deben obedecer teniendo en vista agrandar al Señor, sabiendo que Dios está viendo, orientando y guiando a sus vidas. A Él deben dar cuentas. Con certeza, Pablo espera que los hijos obedezcan a sus padres de corazón, voluntaria y sinceramente, sin reclamaciones o murmuraciones; que obedezcan con gratitud, sin mercenarismo, reconociendo los favores recibidos anteriormente de sus padres. Incluye una actitud interna de reverencia al respecto, que se expresa en actitudes, gestos y palabras. Mencionamos mercenarismo antes, pues desde temprano los niños aprenden a permutar la obediencia para obtener lo que desean. El novelista Thornton Wilder, en una entrevista registrada en el libro *Writers at Work* (1958), dice que los niños que siempre consiguen lo que quieren, ¡son aquellos que ya aprendieron la eficacia del encanto y de la modestia acompañados de una espontaneidad delicadamente calculada! No es ese tipo de espontaneidad calculada lo que Dios requiere de nosotros, sino aquella que brota de un corazón que teme a Dios.

LOS LÍMITES DE LA OBEDIENCIA

Preguntémonos ahora si hay límites a la obediencia debida a los padres. La pregunta es pertinente, pues muchos padres, no conociendo a Dios y su Palabra, son crueles con sus hijos, los maltratan y les exigen cosas absurdas. Hay muchos jóvenes cristianos cuyos padres permanecen en la ignorancia de Dios. Pero, es preciso ir aún más lejos y recordar que existen incluso padres evangélicos que exigen cosas absurdas de sus hijos, enseñándoles cosas no convenientes y dando consejos y orientaciones a veces contrarios a las enseñanzas claras de las Escrituras. Un hijo creyente, cuyo padre actúa como no creyente, ¿debe someterse y acatar todo lo que él le dice? ¿O hay límites para esa obediencia?

En la carta gemela de Colosenses, el apóstol Pablo, al exhortar a los hijos a la obediencia, dice: «Hijos, obedeced a vuestros padres en todo». ¿Qué quería decir con la expresión «en todo»? Esa expresión griega aparece en Hechos 3:22, cuando Pedro

cita las palabras de Moisés, de que Dios habría de levantar un profeta en Israel, semejante a él. «A él oiréis en todas las cosas que os hable», escribió Moisés. La palabra aparece otras veces en el Nuevo Testamento, siempre con el sentido de «todo», «completamente», «siempre». Ya que Pablo tiene en mente padres cristianos que no pedirán cosas injustas y absurdas a los hijos, es mejor entender «en todo» en el sentido de «siempre». El apóstol desea enfatizar que la obediencia a los padres no es ocasional, sino continua. Una de las áreas en que la sociedad moderna muestra más claramente su flaqueza es exactamente aquí. Existen ondas de ilegalidad, desobediencia, transgresiones, porque las personas no aprendieron, cuando niños, a obedecer y respetar a las autoridades continuamente.

Pero, ¿la obediencia tiene que ser realmente *siempre*? ¿Hasta qué punto debo obedecer a mis padres? ¿La autoridad de los padres sobre los hijos es absoluta? Naturalmente varias cuestiones éticas se levantan aquí, muchas de ellas bastante complicadas. Para ilustrar, recordemos de la controversia sobre la intervención del Estado en la familia, cuando los padres son omisos para con sus deberes. *El Tabernáculo de la Fe*, una iglesia pentecostal en Filadelfia, no acepta que sus miembros tomen medicamentos. Recientemente, una epidemia de sarampión alcanzó a 500 personas de esa iglesia, matando a 4 niños, pues nunca habían sido vacunados. ¿El gobierno debería intervenir y obligar a los padres a vacunar a sus hijos? No estamos dando una respuesta a esta cuestión, sino sólo mostrar cuán compleja es.

Un principio general de la ética bíblica es que, cuando dos mandamientos entran en conflicto, el mayor debe prevalecer. Vemos un ejemplo de esto en la decisión de los apóstoles de desobedecer las órdenes del Sanedrín —la autoridad religiosa y civil de Israel— para obedecer a Dios: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5:29). El principio es ese, que nuestra obediencia como cristianos a las autoridades constituidas va hasta donde comienza a ser desobediencia a Dios. Debo obedecer a los hombres en aquello que no es repugnante a la voluntad de Dios. Por ejemplo, somos siempre sumisos al gobierno, pero en la hora en que el gobierno aprueba una ley prohibiendo compartir nuestra religión con otro persona, buscando ganarla para Cristo, debemos ser los primeros en desobedecer al gobierno. En este punto, la autoridad civil está en conflicto con la autoridad divina. El mandamiento humano está en conflicto con el mandamiento «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura». Entonces, en caso de conflicto ético prevalece el mayor mandamiento, es decir, aquellos claramente expuestos en las Escrituras. Cuando John Bradshaw murió en 1659, inscribieron en su tumba: «Rebelión contra los tiranos es obediencia a Dios». Ese epitafio describe bien el espíritu de Bradshaw y de otros puritanos, que prefirieron la muerte antes que someterse a la tiranía de los reyes ingleses, que infectaron la Iglesia de Inglaterra con leyes litúrgicas que comprometían la pureza del culto a Dios.

El mismo principio se aplica a los hijos, en cuanto a la obediencia a los padres. Ellos deben obedecer siempre, hasta el punto en que no comienza a ser desobediencia clara a un mandamiento de Dios. Pero, es preciso tener mucha cautela antes de decidir que la obediencia a los padres se justifica en nombre de la religión. Muchas sextas exigen que los jóvenes abandonen a sus padres y pasen a considerar

a los demás miembros de la organización como su verdadera familia, en nombre de una pretendida obediencia a Dios. Algunas iglesias evangélicas acaban por provocar la ira de los padres no creyentes al incitar a sus hijos a desobedecerlos, para ir a determinadas actividades, por ejemplo. Los hijos deben hacer una diferencia entre orientaciones y determinaciones difíciles de obedecer y aquellas que simplemente van contra la Palabra de Dios. Los recabitas obedecieron a una dura determinación de su padre (Jeremías 35:6-10). Jacob dejó su casa y su familia y se fue a una tierra distante, en obediencia a su padre Isaac (Génesis 28:7). José cargó los huesos de su padre Jacob para cumplir la voluntad de él (Génesis 47:30). Isaac se sometió a la voluntad de su padre, que era ofrecerlo en sacrificio, y obediente, no presentó resistencia al ser amarrado y puesto sobre el altar (Génesis 22:6-12). Judá, para obedecer a la determinación de su padre Jacob, se entregó como rehén en lugar de Benjamín, en Egipto, para que él pudiese volver a Canaán, tal como Jacob había determinado (Génesis 44:18-34). Un fuerte ejemplo de obediencia es el de la hija de Jefté. Que se sujetó al voto precipitado que su padre había hecho. Es probable que el voto de Jefté haya terminado siendo mantener a la joven virgen, sin casarla, y no ofrecerla en sacrificios. Pero aún así, era una determinación dura de obedecer, especialmente en Israel. Mientras tanto, la hija de Jefté se sujetó a su padre (Jueces 11:36-27). Estos ejemplos muestran que los hijos deben obedecer las determinaciones pesadas y duras de sus padres hasta que no los obliguen a desobedecer a Dios.

Una cosa más debe ser dicha en conexión con este tópico. Los niños generalmente no tienen condiciones de distinguir claramente entre el bien o mal, lo que es de Dios y lo que no es. Esto es natural de la edad. Aún están en proceso de formación. Siendo así, la mejor actitud para los niños es que obedezcan *siempre* a los padres, orando a Dios para no caer en tentación, pidiendo que Él les dé gracia y que les perdone si pecan contra él. No siempre los niños entenderán las implicaciones éticas de los que los padres piden. Deben obedecer aún sin entender, recordando que la autoridad es de los padres y por lo tanto la responsabilidad también. Recordemos asimismo que la Palabra de Dios menciona que hay provisión para los pecados por ignorancia.

¡Qué grande es la responsabilidad de los padres, en nunca provocar a ira a sus hijos ni ponerlos en un conflicto ético entre la autoridad de ellos y la de Dios!

RAZONES PARA LA OBEDIENCIA

Como es su costumbre, Pablo presenta razones para el mandamiento que prescribe. Los hijos deben obedecer a sus padres por varios motivos. Naturalmente existen más argumentos para la obediencia filial aparte de los presentados por Pablo. Entretanto, los aquí expuestos ya son por sí mismos fuertes y suficientes para estimular a cada hijo al camino de la obediencia.

Es justo

La primera razón presentada por el apóstol es que obedecer a los padres es *justo*: «Obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo». «Justo» aquí significa apropiado, conveniente, adecuado, que está de acuerdo con la voluntad de Dios. La obediencia a los padres es algo de la ley de la naturaleza. Los hijos obedecen a los padres. Es natural, es lógico, es justo. El propio Hijo de Dios, al tomar forma humana, como niño, se sujetó a las normas de la naturaleza y de Dios, siendo un niño obediente [Lucas 2:51]. La obediencia a los progenitores puede ser observada hasta entre los animales. Normalmente, las crías crecen bajo la autoridad de sus progenitores e instintivamente siguen su liderazgo y atienden a sus avisos y señales. Si los animales proceden de esta forma, mucho más los hombres, hechos a la imagen y semejanza de Dios. Pero, desgraciadamente, no siempre es esta la realidad, y terminamos concordando con Mark Twain: «El hecho de que el hombre sepa la diferencia entre lo cierto y lo errado prueba su superioridad *intelectual* sobre las demás criaturas; pero el hecho de que él puede hacer lo errado prueba su *inferioridad* moral en cuanto a las criaturas que no pueden» (*What is Man?*, sección 6, 1906). Mientras tanto, hijos cristianos procurarán el camino de la justicia, obedeciendo siempre a sus padres.

Es justo, también, porque los padres son más viejos. Ellos tienen más experiencia. El joven, normalmente, piensa que es dueño del mundo, pero las canas quieren decir algo. Los padres ya vivieron más tiempo, tienen más experiencia en todas las áreas de la existencia. Los adolescentes tienden a considerar anticuados a sus padres y por eso los tratan irrespetuosamente. Pero es un tratamiento injusto. Los hijos deberían respetar, por lo menos, el hecho de que sus padres ya vivieron más tiempo y tienen, por lo tanto, más experiencia en las cosas de esta vida. Hay hijos que consideran que conocen todo y ponen la frente en alto, andando con altivez en relación a sus padres. Pero esto es injusto. Oscar Wilde capturó correctamente la realidad injusta por la cual muchos pasan: «Los niños comienzan amando a sus padres. Después de un tiempo, pasan a juzgarlos. Raramente, o nunca, nos perdonan» (*The Picture of Dorian Gray*, 1891).

Además de todo esto, es justo por una cuestión de gratitud. La madre cargó al hijo por nueve meses en su vientre, pasando por todos los sufrimientos y heridas provocados por el embarazo. Después, los padres crían a los hijos. Se esfuerzan para darles lo mejor, pasaron por muchos sacrificios. No estamos queriendo hacer una exigencia injusta a los hijos, pues nunca podrán negar esta deuda de hecho. Desgraciadamente, los padres — generalmente frustrados por el fracaso de otros argumentos— a veces preguntan airados a los hijos: «¿Sabes cuánto está costando tu escuela?» o «¿sabes cuánto está costando mantenerte?». Son cobranzas injustas, porque el hijo no puede pagar eso. Pero, los hijos deberían meditar en esto, en cierto sentido, porque los padres gastan, invierten tiempo y amor en la crianza y educación de los hijos y es justo, entonces, que sean bendecidos, por gratitud.

En uno de los álbumes de *Calvin y Hobbes*, del conocido caricaturista Wilkerson, hay un momento en que Calvin [hijo único] llega cerca del padre y le dice: «Padre, los últimos estudios de opinión sobre el «padre del año» muestran que su popularidad en la familia viene cayendo asustadoramente. Sugiero que usted haga algo rápidamente, para ganar otra vez a su electorado, como por ejemplo, comprar

un video juego nuevo». El padre de Calvin, sentado en el sillón de la sala, responde quitar los ojos del periódico: «Según esos mismos estudios, criar un hijo desde su más tierna edad hasta que se forma en la universidad cuesta en promedio 350 mil dólares. Yo estoy pensando la decisión todavía... si voy a considerar ese dinero una donación o un préstamo».

Cuando estuvimos en África del Sur, visitamos Kwasizabantu, una misión evangélica en la región ocupada por la tribu Zulú. Es una tribu muy grande, poderosa, impía, idólatra. Y también una tribu bastante conservadora en sus usos y costumbres. El cristianismo que conocían era el de los creyentes europeos que vivían en África del Sur. Allá oímos el testimonio del misionero Erlo Stegen, a quien Dios usó para un gran trabajo entre los Zulús. Cuando Stegen comenzó a predicarles el Evangelio, llamándolos a dejar a sus dioses y volverse a Cristo, los Zulús decían: «Nosotros no queremos ser creyentes. No queremos que nuestros hijos se vuelvan creyentes. Cuando decimos al hijo Zulú «anda», él va. Cuando le decimos «hazlo», él lo hace. Nos gustan nuestros hijos así. No queremos que se vuelvan cristianos, porque los hijos de los cristianos son rebeldes, no respetan a sus padres, sus hijas quedan embarazadas de hombres que no son el marido, se visten de formas que buscan provocar a los hombres. No queremos que nuestros hijos e hijas se vuelvan como ellos». Una vez por año el jefe de la tribu en las regiones más conservadoras visita a cada familia, y hace un examen «ginecológico» en las pocas jóvenes que no son casadas. Si la joven no es hallada virgen, el padre es azotado y paga una multa altísima, porque no supo criar una hija. ¿Qué pasaría si este examen fuera hecho en nuestras iglesias evangélicas, hoy en nuestra tierra? Los innumerables escándalos que vienen a la luz sugieren que hay una cantidad mayor de ellos que permanecen ocultos. Todo esto nos hace sonrojar de vergüenza, por la falta de crianza adecuada en este punto y por la rebeldía de los hijos. Esta fue la mayor dificultad encontrada por Stegen: el testimonio de los hijos de los creyentes.

Es un mandamiento

La segunda razón presentada por Pablo es que la obediencia a los padres *es uno de los mandamientos de Dios*. Después de determinar que obedezcan, él cita el quinto mandamiento diciendo, «Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa». El punto central a ser destacado aquí es que la obediencia a los padres hace parte de los Diez Mandamientos. Dios nos reveló más que los diez mandamientos en su Palabra, pero éstos son el resumen de su voluntad en cuanto a la manera de que le agrademos. Por lo tanto, desobedecer al padre y a la madre es tan pecado como matar y mentir, es tan pecado como la práctica de la idolatría, es tan pecado como tener otros dioses, porque es uno de los Diez Mandamientos. Por esto, obedecer es cosa seria. La actitud de las personas siempre es violar cada mandamiento de Dios. La bailarina americana Isadora Duncan, en una sorprendente confesión, reconoció: «Puede ser que no quebrems todos los Diez Mandamientos, pero ciertamente somos todos capaces de hacerlo. Dentro de nosotros acecha el violador de todas las leyes, listo para saltar en la primera oportunidad real» (My life, 1927).

Cuando el joven rico fue a buscar a Jesús, le preguntó: «Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» Jesús respondió: «Tú conoces los mandamientos».

«¿Cuáles?», respondió el joven. Jesús dijo: «No robarás, no hurtarás, no mentirás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre». Note que el Señor Jesús puso este mandamiento como una de las evidencias de la persona que está en posesión de la vida eterna. Si usted es una persona que está acostumbrada a desobedecer a sus padres, que no tiene respeto por la autoridad de ellos, debe preguntarse seriamente si su experiencia con Dios es auténtica.

Uno de los efectos que la Palabra de Dios produce en la vida de los salvos es obediencia y deseo de someterse a la voluntad de Dios —y consecuentemente, una actitud de respeto y obediencia a los padres y a las autoridades constituidas. Rebelión, faltas de respeto, rebeldía e insumisión no son compatibles con vidas que heredarán la vida eterna. Hay momentos en que la desobediencia a la autoridad es justificada, como ya mencionamos antes. No nos referimos a esta actitud, sino a la actitud de rebeldía contra la autoridad sin motivos que la justifiquen.

Es un mandamiento con promesa

El tercer argumento de Pablo es que el mandamiento de honrar a los padres es el *primero con promesa*. Existen algunas cuestiones interpretativas relacionadas con esta cita. Por ejemplo: ¿Por qué Pablo dice que ese mandamiento era el primero con promesa, si sabía que el segundo mandamiento contenía también una promesa? Hay varias respuestas, y entre ellas, la de que Pablo tenía en mente una promesa específica, ya que la del segundo mandamiento es bastante general. También, Pablo podría estar refiriéndose al hecho de que este mandamiento es el primero de la segunda tabla de la Ley. O incluso, «primero» quiere indicar su importancia y prioridad, ya que no hay un «segundo» mandamiento con promesa en la relación de los Diez. Los rabinos judíos daban mucho valor a este mandamiento, que consideraban como la más importante y lo más pesado de todos los mandamientos pesados de la Ley.

La promesa vinculada a este mandamiento es doble. Primero, Dios promete que todo irá bien a los que obedecen y honran a sus padres. Segundo, que ellos tendrán una larga vida sobre la tierra. Notemos que en la forma en que se encuentra en los Diez Mandamientos, la promesa era que el judío obediente a los padres viviría una larga vida en la tierra prometida (Éxodo 20:12). Pero ahora que la bendición del evangelio pasó a todos los pueblos, Pablo cita el pasaje adaptándolo a la universalidad de la Iglesia: todos los creyentes que son obedientes a sus padres serán bendecidos, donde quiera que vivan. La bendición consiste en prosperidad y longevidad. Es así como Dios bendice a los hijos obedientes. Hay excepciones, naturalmente, pero lo que Dios promete en general a todos los hijos que honran a sus padres de acuerdo con el mandamiento bíblico.

Por otro lado, los hijos rebeldes son advertidos en la Biblia de que sufrirán penalidades de parte de Dios. La expresión «hijos rebeldes» es usada diversas veces en la Biblia refiriéndose al pueblo desobediente de Israel, sobre el cual vino el severo castigo de Dios (Isaías 30:1; Jeremías 3:14; 3:22).

Es agradable a Dios

Y por último, obedecer a los padres *es grato a Dios*. Es ese el argumento que Pablo usa en Colosenses 3:20. Aquí en Efesios él ya había mencionado que agradar al Señor debería ser nuestra meta (Efesios 5:10). La obediencia a los padres es agradable o aceptable delante de Dios pues fue Él mismo quien la determinó, y él se agrada cuando sus mandamientos son cumplidos. El Señor se agrada con esto, pues Él mismo constituyó a los padres como autoridad en la vida de los hijos.

LLAMADO A LOS JÓVENES

Queremos cerrar este capítulo haciendo un llamado a los adolescentes y jóvenes. Primero, no se dejen influenciar por los amigos que propagan la idea de «libertad» como esencialmente contraria a los padres. Generalmente este falso concepto de libertad acaba en desacato y desobediencia a los padres.

Segundo, busquen tener una vida llena del Espíritu Santo. Busquen andar cerca de Dios. Tal vez la dificultad que ustedes tienen de obedecer a sus padres, no es porque sus padres son «cuadrados», sino porque ustedes están andando lejos de Dios, porque no tienen una vida espiritual profunda. La obediencia, la sumisión, la mansedumbre y el dominio propio son fruto del Espíritu Santo. Busquen una vida de oración, de comunión con Dios. Ame, respete y obedezca a sus padres, incluso cuando esto le parezca difícil. Incluso si usted no comprende, sométase, y Dios va a bendecirlos. Usted estará seguro bajo la orientación de sus padres. Además de esto, será un gran testimonio a sus amigos y Dios se agrada de eso.

Tercero, pongan en orden la relación con sus padres. Tal vez deban buscar a sus padres incluso hoy y decir: «Perdón, por el espíritu rebelde y desobediente, y por la falta de respeto y reverencia con que le he tratado a usted, papá, y a usted, mamá. Perdón porque los he criticado e insultado. Perdón por no haber intentado comprender la posición de ustedes. Perdón porque he obedecido por fuera, nunca por dentro. A partir de hoy quiero ser un hijo obediente, por favor ayúdenme en este camino. Quiero a partir de hoy ser un hijo obediente».

Cuarto, busquen invertir tiempo con sus padres. Normalmente esto no depende mucho de ustedes, pero una iniciativa de su parte puede alterar la situación. Apague la televisión un poco, ver más televisión no le hará ningún bien. Intente invertir tiempo con su padre. A veces él llega cansado, no quiere nada, pero tiene momentos en lo que a él le gustaría que apagara la televisión y fuese a quedarse un rato con él, sentarse con él y conversar con él. Pregunte sobre el trabajo u ofrézcase para hacer tareas domésticas: «mamá, yo quisiera lavar los platos; mamá, ¿puedo preparar el jugo del almuerzo?» Su madre quedará encantada. Ame a sus padres en este punto, busque cultivar una buena relación con ellos y Dios le bendecirá.

Quiera nuestro Dios darnos hijos obedientes y respetuosos — mejor aún, que Él nos dé la gracia de educar y criar a los hijos en sus caminos, para que ellos lleguen a ser así.

9

EFESIOS 6:1-4 LA RESPONSABILIDAD DE LOS PADRES

«Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor».

— Efesios 6:4

Había una vez un rey que tuvo muchos hijos. Le gustaba especialmente su segundo hijo, y nunca lo contrarió. Todo lo que el niño quiso, desde pequeño, el rey se lo dio; siempre le dio en el gusto al niño. Cuando el niño creció, entendió que su hermano mayor sería el rey tomando el lugar de su padre y, como él nunca fue contrariado y siempre tuvo sus deseos concedidos por el padre, decidió que él sería el rey. Armó una rebelión e intentó usurpar el trono de su padre, por encima de su hermano mayor, que tenía derecho al trono. Todo terminó en una gran tragedia para toda la familia, con la muerte violenta del joven. La historia es verídica y se encuentra en 1^a Reyes 1:1-53. El nombre del rey era David y el hijo era Adonías. Dice la Palabra de Dios que David nunca lo había contrariado (1^a Reyes 1:6). El resultado de eso David lo cosechó un tiempo después. Y no solamente David, sino todos los países que permiten que sus hijos crezcan pensando que son dueños del mundo.

Nada es más importante para la formación de familias e iglesias fuertes que la crianza adecuada de hijos. ¡Cuán importante es saber criar a nuestros hijos en la disciplina y la amonestación del Señor! Vivimos en una época donde este asunto es visto incluso con desagrado. Teorías pedagógicas modernas, que pretenden saber más que la Palabra de Dios, aseguran que no se debe corregir a los niños, ¡mucho menos con vara! En verdad, aseguran que debemos dejar los niños decidir por sí mismos, como deseen. Pero vean qué generación de jóvenes torpes han producido, jóvenes incapaces de asumir responsabilidad, que no consiguen resistirse a ningún sentimiento de placer carnal, muchos de ellos adictos a drogas y alcohol desde la adolescencia. No nos engañemos, estamos cosechando los frutos de esa teoría

pedagógica que considera inaceptable la disciplina de los hijos. Y desgraciadamente, no son pocos los evangélicos que prefieren dar más oídos a esta pedagogía humana antes que a las exhortaciones de la Palabra de Dios.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Existe mucha cosa oculta del mundo referente al tratamiento que los padres dan a sus hijos. Recientemente, se descubrió que María Mourelle, de 91 años, mantuvo a su hijo —según ella mentalmente inestable— preso en un cuarto por más de 30 años para evitar, según dice a la policía, «que él se metiera en problemas». Aurélio, de 72 años, fue encontrado por la policía en una despensa de sólo 2 metros cuadrados junto a la cocina de la casa de María en el poblado de Coristanco, en Galicia. El jefe de la Guardia Civil dice que, al ser encontrado, Aurélio tenía la apariencia «de un Robinson Crusoe» (barba y cabellos largos), pero que estaba físicamente bien, y fue conducido a un hospital para ser examinado. El piso de la despensa donde él vivía estaba cubierto de heno y había un pequeño orificio en la pared por el cual su madre le pasaba la comida y retiraba los excrementos. María dice haber encerrado a su hijo desde que los médicos le explicaron, hace muchos años, que no podrían curar su enfermedad mental.

Este relato puede dejarnos horrorizados, al pensar en el sufrimiento de este hijo, durante 30 años enclaustrado por su propia madre. Pero, existen otras muchas barbaridades en este mundo, hechas por padres a sus hijos. Criar hijos es el mayor desafío que un hombre y una mujer pueden tener en este mundo.

En el texto bíblico antes presentado, que es el texto básico de este capítulo, leemos, por un lado, que no debemos provocar a nuestros hijos a ira; por otro, que debemos criarlos en la disciplina y en la amonestación del Señor. Las palabras de Pablo buscan corregir dos extremos en la crianza de hijos. *Primero*, padres que provocan a ira a sus hijos exagerando la disciplina física o ejerciendo erróneamente a su autoridad; *segundo*, padres que dejan a los hijos entregados a sí mismos, cumplen todos sus deseos y jamás los contrarían. Pablo desea que criemos a nuestros hijos ejercitando la corrección necesaria, sin abusos y sin omisiones. Es de esta responsabilidad de los padres que trataremos en este capítulo.

Comencemos por recordar el contexto en que Pablo menciona la responsabilidad de los padres. Él está hablando de los deberes mutuos dentro del matrimonio. Primeramente, el apóstol trata de las responsabilidades de las mujeres y de los maridos (5:22-33); en seguida, de las responsabilidades mutuas de los padres y de los hijos. Ya abordamos en el capítulo anterior la responsabilidad básica de los hijos, que es la obediencia; trataremos ahora de la responsabilidad básica de los padres en el matrimonio, o sea, criar a los hijos dentro de los padrones establecidos por Dios en su Palabra.

Dos observaciones adicionales son pertinentes. Primera, la determinación de Pablo a los padres para criar a sus hijos está controlada, tal como ya mencionamos en otras partes de este libro, por la orden general de que seamos llenos del Espíritu (Efesios 5:18). Esto significa que los padres deben desempeñar sus deberes en el poder y en la actuación del Espíritu de Dios.

Es aquí exactamente donde muchas familias han fallado y muchos padres y muchos hijos y maridos y esposas han fallado. Porque es en una vida espiritual en comunión con Dios donde nosotros encontramos el cimiento de las responsabilidades mutuas y que llevan a un matrimonio y a una familia armoniosos y felices. Es por falta de piedad, de espiritualidad, que muchas parejas no consiguen cumplir su parte de las responsabilidades determinadas por la Palabra de Dios.

Segunda, el texto fue escrito para la Iglesia. Esto significa que Pablo tenía en mente padres cristianos, que conocían al Señor y a Su Palabra, que estaban dispuestos a acatar la autoridad del apóstol. En este capítulo, por lo tanto, nos dirigimos básicamente a los padres creyentes. O incluso, al cónyuge creyente, en un matrimonio «mixto».

LA RESPONSABILIDAD ES DEL PADRE

Hay algo importante a ser notado antes de proseguir. La palabra «padres» que aparece en el texto se refiere a los *hombres*, solamente. La palabra que Pablo usa es padre en plural. Las madres no están incluidas. Cuando la referencia es al padre y la madre, juntos, se usa la palabra griega *goneis*, como, por ejemplo, en Lucas 2:43 y aquí mismo en este pasaje, en el versículo 1. Pero en el versículo que estamos estudiando, Pablo usa *pateres*, que es el masculino plural de la palabra *pater*, padre. En portugués, la palabra *pais* se refiere tanto al padre como a la madre. Lo mismo sucede en el español, con padres. Por ese motivo, el lector distraído pierde el sentido más exacto del pasaje.

Ya en el inicio del siglo XVIII el puritano William Penn, fundador de Pensilvania, en los Estados Unidos, observó: «Los hombres en general son más cuidadosos en criar a sus caballos y sus perros, más que a sus hijos» (*Some Fruits of Solicitude*, 1693). Uno de los mayores fracasos de ser hombre y padre es ser negligente con la educación, la crianza y el desarrollo de su propia prole. En el cristianismo, el papel del padre en la crianza de los hijos es destacado explícitamente. En el texto clave de nuestro capítulo, el apóstol está colocando en los *hombres* la principal responsabilidad de criar a los hijos. Ese punto es demasiado importante para ser ignorado. Frecuentemente se piensa que es tarea de las madres criar a los hijos. Muchos maridos entregan esa responsabilidad totalmente en las manos de la esposa. Se omiten, se esquivan, se disculpan diciendo que la tarea de ellos es ganar el pan de cada día, y el de las madres es criar a los hijos. La omisión de los padres en la crianza de los hijos termina por traer consecuencias para los niños, que crecerán sin un padre presente y sin un modelo masculino que pueda ser imitado. Es claro que eso no siempre sucede, pero la posibilidad se hace mayor cuando el marido esquiva sus responsabilidades paternas. Creo que Pablo pone la responsabilidad de criar a los hijos primeramente sobre los padres (hombres) porque el hombre es cabeza de la familia, el líder, aquel que da el ejemplo, que motiva, que estimula y que ejerce la disciplina. Podemos suponer, con un grado de cautela, naturalmente, que hijos desobedientes y rebeldes son, en algún sentido, resultado de la omisión de sus padres en criarlos adecuadamente.

El hecho de que un padre no sea creyente no lo libra de su responsabilidad. La familia es una institución de Dios para la raza humana, independientemente del

hecho de que buena parte de esta raza prefiera ignorar a Dios. Es obvio, mientras tanto, que los hombres que conozcan y teman a Dios están en mayor ventaja en cuanto al cumplimiento de su papel. Las mujeres creyentes casadas con incrédulos podrán enfrentar grandes dificultades con la actitud omisa e incluso contraria de parte de ellos para con el liderazgo en esta área.

NO PROVOCAR A IRA A LOS HIJOS

Veamos las responsabilidades del padre. Primero, negativamente, *no debe provocar a ira a sus hijos*. Pablo aquí toca el pecado más común del hombre. ¿Qué significa esto? Que el padre no debe tratar al hijo de un modo que le lleve a quedar siempre irritado. Significa que debe ejercer su papel de padre en forma adecuada y correcta, sin abusos y sin exageraciones, cuidando para que sus hijos sigan alegremente sus orientaciones. Debe cuidar de no dejar a los hijos airados por el empleo errado de su autoridad (Colosenses 3:21), Pablo emplea otra palabra, que significa exasperar, provocar resentimientos.

Esa recomendación es necesaria, pues frecuentemente el hombre se excede en el uso de la autoridad sobre sus hijos, extrapolando los límites que Dios estableció. Este abuso de autoridad puede tener diversas causas, en las cuales no podemos entrar en detalles aquí, como inseguridad, autodefensa, o incluso egoísmo. Como resultado, los hijos quedan irritados y dejan de seguir y obedecer a su padre, y pueden incluso seguir caminos pecaminosos en protesta o reacción a ello. Tenemos un ejemplo de esto en el Antiguo Testamento. Labán usó a sus hijas para sus propios intereses, poniéndolas airadas y rebeladas (ver Génesis 31:14-15), Podemos mencionar además las palabras ásperas y rudas de Saúl contra su hijo Jonatán, por causa de la amistad que tenía con David, lo que finalmente hizo que Jonatán se pusiera del lado de David, contra su propio padre (1ª Samuel 20:30- 34),

June Jordán, activista americana de derechos civiles, escribió en su libro *Moving Towards Home: Political Essays* (1989):

«Nuestros niños no sobrevivirán a nuestra manera de pensar, a las fallas de nuestro espíritu, a la confusión de nuestro universo al cual trajimos nueva vida. Ellos, en la mayoría, traerán nuestra miseria, vergüenza e ira, porque no les damos otra oportunidad. En nombre de ser padres y madres, en nombre de la educación y de los buenos modales, amenazamos, sofocamos, aprisionamos, corrompemos y engañamos a los niños, a fin de que imiten totalmente nuestros caminos».

Jordán estaba reaccionando a los abusos más comunes practicados por los padres contra sus hijos. Percibió que los padres terminan formando en sus hijos la misma ira y miseria de la que son portadores. Veamos entonces, las formas más comunes por las cuales un padre puede poner a sus hijos irritados, resentidos y airados. El puritano John Gill, comentando este pasaje, mencionó las siguientes formas:

«A través de palabras: órdenes injustas e irracionales; lenguaje contundente y censurable; críticas frecuentes y públicas; expresiones indiscretas y nerviosas. Y a través de actos: preferir a un hijo más que a los otros; negarles lo necesario para la vida; negarles la recreación apropiada y necesaria; maltratarlos de forma severa y cruel; darlos en matrimonios impropios y sacando provecho de ellos».

Cuando estábamos trabajando en este capítulo, preguntamos a nuestros hijos qué cosa su padre (yo, Augustus) hacía erróneamente que les daba rabia. La lista fue grande: «...paliza colectiva cuando el padre no conseguía encontrar al culpable y creía que los hermanos lo estaban protegiendo...»; «llamarlos flojos cuando en verdad estaban realmente cansados...»; «sacarlos de la televisión para hacer cosas que él mismo podía hacer, si quisiera y si fuera menos flojo...»; «llamar al hijo mayor con un sobrenombre que él mismo inventó, para después enseñarles a no apodar así a su hermana mayor» (fue ahí que descubrimos que las bromas del padre tienen mucho más peso que las de los hermanos). Lo que más me dejó impresionado, mientras anotaba estos y otros que no tuve valor para ponerlos aquí, fue la pureza, la simplicidad e incluso la alegría con que ellos contaron estas cosas. Ellos ya me habían perdonado completamente.

Destaquemos de la lista de Gilí algunos puntos, resumiéndolos como sigue:

Primero, *usando inapropiadamente su autoridad*. Como ya mencionamos, órdenes innecesarias y absurdas acaban por irritar a los hijos. Hay padres que hacen eso, obligando a los hijos a hacer alguna cosa que el Señor Jesús no pediría que ellos hicieran. Nosotros ya mencionamos que una de las dificultades que el niño o joven encuentra para obedecer a sus padres, es que a veces ellos los ponen en un conflicto ético. Por un lado, el hijo quiere obedecer la Palabra de Dios; por otro, el padre determina una cosa contraria, lanzando al hijo hacia el conflicto y la frustración. Para no provocar a ira a los hijos, el padre debe cuidar que sus órdenes y su orientación estén en consonancia con la Palabra de Dios. Debe cuidar estar siempre bíblicamente orientado en toda la instrucción y la disciplina que ponga sobre sus hijos, evitando órdenes innecesarias, que no producen obediencia alguna, sino ira.

Dentro de este contexto, debemos además mencionar que la autoridad debe ser ejercida, siempre que sea posible, buscando convencer al hijo y trabajando en su conciencia. Hay momentos en que, cuando esto no fuese posible, la autoridad debe ser ejercida de forma directa. Pero la norma debe ser aquella estrategia mostrada en el libro de Proverbios: buscar persuadir y convencer al hijo a través de argumentos sacados de aquella sabiduría que consiste en el temor del Señor, basada en la observación práctica de que la obediencia trae la bendición y la desobediencia trae las maldiciones y castigos del Señor aquí y en la vida por venir (ver la expresión «hijo mío» en Proverbios 1:10 y 15; 2:1; 3:1, etc.). Imponer la autoridad sobre el hijo sin explicar los motivos y las razones, termina provocándole ira. Hay momentos en que el hijo no escuchará estas razones, y ahí la autoridad debe ser ejercida de forma directa.

Segundo, *exagerando el castigo físico*. Cuando el niño falla y necesita ser corregido físicamente, el padre provoca su ira cuando se excede al punto de

transformar la corrección en agresión. En el libro de Proverbios hay una advertencia a los padres: «Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; Mas no se apresure tu alma para destruirlo» (Proverbios 19:18). Hay padres que se exceden en los castigos físicos. La Biblia es absolutamente favorable al castigo físico, y en verdad, orienta a los padres a que corrijan físicamente a sus hijos, cuando sea necesario. Pero jamás maltraten, agredan, violenten o humillen al hijo. La Palabra de Dios enseña que no debemos excedernos. Desgraciadamente las estadísticas muestran números crecientes de incidentes relacionados con abuso de niños. Siempre hubo padres que abusaron físicamente de sus hijos —si no, la sabiduría de Israel no habría incluido un proverbio advirtiendo a los padres contra eso. Pero al parecer ha crecido más y más en nuestros días.

Un amigo nuestro, que es cirujano pediatra, nos dice que frecuentemente, en el lugar donde trabaja, dan entrada de emergencia a niños a veces fracturados, llenos de hematomas, heridas, quemaduras de cigarro, y violencias semejantes. Y muchas veces, son niños de pocos meses de edad. Y los causantes son sus propios padres — y note bien, ¡no siempre es sólo el marido! Naturalmente, personas que proceden de esa forma no tienen un mínimo de temor a Dios o amor hacia su prójimo. En Estados Unidos, más del 50% de fatalidades involucrando abuso de niños fueron causados por padres drogados. Difícilmente padres evangélicos llegarían a ese punto, pero no es imposible. Oigamos la advertencia de Pablo, e intentemos controlarnos cuando tengamos que ejercer la corrección física de un hijo. Aunque no lleguemos a esos extremos, cuidémonos para no provocar la ira de ellos a través de la disciplina extremadamente rigurosa.

Hay quien defiende el argumento de que la única manera de golpear a un niño es con rabia. El famoso George Bernard Shaw escribió en sus *Consejos para revolucionarios: cómo golpear a un niño*: «Si usted golpea a un niño, hágalo con rabia, aunque llegue a alejarlo por el resto de su vida; pues un golpe a sangre fría no puede y no debe ser perdonado». Entendemos que Shaw está reaccionando contra hombres que maltratan fríamente a sus hijos, castigándolos y golpeándolos sin motivo y solamente por el placer de hacerlo. Ningún hombre confesaría que siente placer con la miseria de los otros, ¿pero qué otro motivo hace que un padre sea cruel con su hijo? Por otro lado, la solución presentada por Shaw, golpear con rabia, tampoco resuelve la situación. Como generalmente el padre sólo decide usar la vara cuando está finalmente con rabia, la manera más equilibrada de abordar la cuestión debe ser probablemente disciplinar al hijo movido por una santa ira, sazónada con amor y fidelidad a la Palabra de Dios.

Debemos agradecer a Dios que, por el momento, aún es posible para los padres creyentes criar a sus hijos en Brasil ejerciendo disciplina física. En Estados Unidos, especialmente, este derecho de los padres ha sido cada vez más cuestionado. Padres creyentes que usen la vara pueden ser denunciados y procesados en el caso de que un vecino haga una denuncia de «abuso infantil».

Tercero, el padre puede provocar la ira de los hijos, *viviendo de una forma incoherente con lo que dice a sus hijos*. El padre dice, «Hijo mío, no debes mentir».

Mientras tanto, el hijo lo sorprende en pequeñas mentiras en el día a día. «Hijo mío, debes respetar a tu vecino, no debes hablar mal de él, debes tratarlo bien»; pero él mismo habla mal del vecino. «Hijo mío, la televisión sólo tiene programas de violencia y sexo, tú no debes ver esos programas»; mientras, el hijo descubre que el padre arrienda películas de violencia y sexo. El padre dice que beber y fumar hace mal, pero no consigue parar de beber y fumar delante de sus hijos. El niño percibe la incoherencia. Peor que un mentiroso es un mentiroso hipócrita. La hipocresía del padre genera desánimo por parte del niño: él no sabe exactamente qué está pasando. Él percibe que hay un padrón doble, por un lado lo que se dice, y por otro lo que hace. Confundido, no sabe qué hacer. Eso es provocar la ira de los hijos.

Cuarto, la ira de los hijos puede ser provocado *a través de críticas injustas y pesadas*. A veces ponemos sobre los hombros de nuestros hijos una carga que ellos no pueden cargar y que es injusta: «¿Sabes cuánto está costando la universidad que estoy pagando? ¿O el colegio? ¿Sabe cuánto cuestan su ropa y su comida?» Ese tipo de cobranza trae implícita una crítica injusta. Es injusta porque el hijo no tiene condiciones de pagar por sus propios gastos. Es verdad que a veces criar hijos parece simplemente alimentar la boca que nos muerde, como dijo el autor Peter de Vries (*The Tunnel of Love*, ch.5, 1954). Pero mantener a los hijos, incluso cuando son ingratos, no es un favor que les hacemos a ellos, sino un deber que no depende de la reacción de ellos. Por lo tanto, ese tipo de cobranza es inadecuado, humilla al hijo y provoca su ira. Este tipo de crítica, y otras igualmente injustas, son violaciones a la advertencia de Pablo.

Hay otras formas por las cuales los padres pueden provocar a ira a sus hijos y ciertamente no podemos discutir las todas aquí. Pero lo que todas tienen en común es llevar a los hijos al desánimo. En Colosenses 3:21, texto paralelo al que estamos analizando, el apóstol Pablo nos dice: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten» (Colosenses 3:21). Creemos que la mayoría de los niños desea tener una autoridad a quien seguir y obedecer. Ellos necesitan eso. Mientras tanto, se desaniman cuando suceden las cosas mencionadas antes, y se vuelven inquietos y rebeldes. No estamos afirmando que todo niño inquieto y rebelde y que todo hijo desobediente sean fruto de padres que les provocaron a ira; sino que estamos afirmando que eso contribuye en alta escala. Los hijos desanimados pierden la voluntad de obedecer y hacer las cosas correctas.

Esas son algunas de las actitudes que debemos evitar, para no provocar a nuestros hijos y despertar en ellos la ira. Recordemos que la principal responsabilidad aquí es del padre. Es a él que Pablo se dirige primeramente.

CRIAR A LOS HIJOS EN LA AMONESTACIÓN DEL SEÑOR

Como parte de sus instrucciones a los padres sobre la educación de sus hijos, Pablo agrega que ellos deben criarlos «en disciplina y amonestación del Señor» (Efesios 6:4).

Qué significa «criar»

Hay mucho engaño hoy respecto a la palabra *criar*. Para muchos hombres, criar un hijo significa sustentarlo financieramente hasta que consiga un empleo y pase a

pagar sus propios gastos. *Criar* para ellos es básicamente dar comida, sustento, educación y empleo a los hijos. Cuando esto sucede, «ya crié a mis hijos», dicen orgullosos.

Ciertamente estas cosas son importantes y hacen parte de la crianza de hijos. Pero, hay involucrado mucho más. La palabra *criar* usada por Pablo tiene el sentido primario de «alimentar» cuando es aplicada al cuerpo; pero, cuando es aplicada a la crianza, significa desarrollo por cuidado y esfuerzo. Calvino, comentando este texto, dice que ese desarrollo se hace de forma muy amorosa, involucrando todas las áreas de la personalidad humana. La Biblia no conoce una crianza de hijos limitada sólo a la alimentación del cuerpo, sino la que trae consigo la idea de nutrir, sustentar, proveer en todas las áreas, en el área material, en el área psicológica, en el área intelectual y especialmente, en la relación con Dios. ¡Criar hijos no es criarlos como criamos pajaritos, dando alpiste y agua! Los hijos necesitan más que eso, necesitan ser desarrollados en otras áreas también.

Particularmente, creemos que la más importante tarea que los padres creyentes tienen en esta vida es criar a los hijos en los caminos del Señor. Enseñar a los hijos a conocer a Dios es más importante que educarlos física e intelectualmente. Esto no significa que debemos ser negligentes en eso para obtener lo otro. En el ideal de la teología Reformada, estos mundos deben andar juntos. Además, la verdadera cultura y el verdadero conocimiento son precedidos por el conocimiento de Dios y de nosotros mismos. El modelo cristiano de crianza de hijos se fundamenta en educar a los hijos en los caminos del Señor nuestro Dios, usando todos los recursos válidos (ver Génesis 18:19; Deuteronomio 4:9; 6:7; etc.). Los padres deben inculcar diariamente a sus hijos todos los preceptos del Señor. Dejar de hacerlo sería, en contraste, ser negligente con ellos y dejarlos entregados a sí mismos. Hijos entregados a sí mismos son huérfanos con padres vivos.

El mayor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es el conocimiento y temor de Dios. De acuerdo con el libro de Proverbios, esto es más precioso que el oro, la plata y las joyas.

La disciplina del Señor

Mientras escribíamos este capítulo, recibimos por Internet la noticia de que la ministra de Educación en KwaZulu, provincia de Natal, en África del Sur, hizo otro llamado para que el castigo físico fuese reintroducido en las escuelas. Hablando a la Asociación de Padres de la provincia, argumentó que el gobierno prohibió la disciplina física en las escuelas, pero no puso en su lugar ninguna otra forma alternativa eficaz. Su preocupación era la indisciplina, la rebeldía y la desobediencia crecientes en las escuelas, con profesores impotentes para corregir a los alumnos.

Obviamente la cuestión de la disciplina corporal en las escuelas es muy polémica y no estamos defendiéndola como forma de castigo en las escuelas brasileñas. Pero una cosa es cierta, y es que lo que sucede en las escuelas es un reflejo del entendimiento de la sociedad en cuanto a la crianza de hijos, y que ciertamente han influencia la cuestión de la disciplina paterna en los hogares.

La Palabra de Dios dice que debemos criar a los hijos en *la disciplina y en la amonestación del Señor*. La palabra *disciplinar* (paideia) empleada por Pablo es usada en el Nuevo Testamento en el sentido de «entrenar». En el griego antiguo significaba entrenar un país, niño en griego. Aquí ya vemos entonces algo muy importante en cuanto a la disciplina de los hijos. Disciplinarlos no es descargar sobre ellos nuestra ira y frustración por lo que hicieron, sino corregirlos con el fin de *entrenarlos*. Cualquier disciplina que es hecha sin este propósito no es disciplina, según la Palabra de Dios, sino que es provocar a los hijos a ira. Si vamos a corregir físicamente a nuestro hijo, debemos hacerlo con la conciencia de que lo estamos entrenando, para que él aprenda la diferencia entre lo correcto o errado —y todo esto para el bien de aquel niño. La disciplina puede ser hecha verbalmente, pero el concepto involucra particularmente la corrección física.

Para muchas personas amar a los hijos y disciplinarlos físicamente son dos cosas incompatibles. Para ellas, quien ama no hace eso. Castigar al hijo físicamente es sinónimo de agresión y odio, nunca de amor. Para estas personas —entre ellas muchos cristianos— es muy difícil entender la enseñanza de Pablo, tanto como del resto de las Escrituras, sobre el uso de la vara en la disciplina del niño. Maggie, el principal personaje de la novela de Anne Tyler, *Breathing Lessons* (Lecciones de respiración, 1988), se sintió profundamente deshonrada como madre, después de percibir que los niños eran condenados a vivir durante años a sentirse impotentes, inútiles, sin norte y confinados, sólo por ser niños. Ella decidió que agregar más miseria y opresión a sus vidas era impensable. A partir de ahí, resolvió perdonar y olvidar todo lo que hicieran. Probablemente ella habría sido una madre mejor, comenta Tyler, si no hubiera recordado cómo se siente un niño. Pero, decimos nosotros, ella habría sido una madre mejor si hubiera recordado cómo se siente un niño y si hubiera amado a esos niños corrigiéndolos, incluso físicamente de ser necesario, para que pudieran crecer como adultos responsables, que temen a Dios. Los niños necesitan aprender a mirar hacia arriba y agradecer lo que son.

Hay varios textos de la Palabra de Dios, especialmente en el libro de Proverbios, que nos muestran los beneficios de usar la corrección física:

Proverbios 22:15: «La necedad está ligada en el corazón del muchacho; más la vara de la corrección la alejará de él». Aquí hay un concepto totalmente contrario al concepto del mundo. La Palabra de Dios dice que la necedad, el pecado, la vanidad y la tontería, están ligados al corazón del niño. ¿Qué puede separarlos? La «vara de la corrección», la vara de la disciplina. Por no entender (o no aceptar) que el corazón del niño es inclinado al mal (Génesis 8:21), los padres viven con la ilusión de que lo bueno que hay en el corazón del niño va a prevalecer. La verdad, mientras tanto, es que el niño tiene actitudes tontas, torpes, pecaminosas, que pueden ser corregidas, cuando es necesario, por el castigo físico. Es bueno recordar que no estamos recomendando el uso de una «vara» literalmente —las chalas pueden ser usadas con provecho.

Proverbios 13:24: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; más el que lo ama, desde temprano lo corrige». Aunque para muchos padres amar al hijo signifique no castigarlo físicamente, la perspectiva bíblica es exactamente lo contrario: retener la vara —esto es, dejar de corregir físicamente al niño— es prueba de odio por ella (es esto lo que la palabra hebraica traducida como

«aborrecer» significa) y no de amor. Amar al hijo de verdad es disciplinarlo desde cerca. El motivo es obvio: el niño precisa ser instruido y corregido desde temprano, para que aprenda los caminos de la vida, para que aprenda a amar a Dios, a temerlo y confiar en Él. Los padres tienen el deber de hacer eso. No hacerlo cuando tiene la oportunidad es realmente aborrecer el hijo, es dejarlo crecer sin aprender correctamente la diferencia entre lo correcto y lo errado. En este proceso de aprendizaje, a veces se vuelve necesario el castigo físico. No ejercerlo, lejos de ser prueba de amor al hijo, es señal de desprecio por él.

Proverbios 29:15: «La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre». Tal vez este versículo explique por qué disciplinar al hijo es prueba de amor: la vara trae sabiduría. Todos los padres desean que sus hijos se vuelvan adultos maduros y sabios. La mejor manera de hacer eso es corregirlos físicamente, cuando aún son jóvenes, y cuando se hiciera necesario. La actitud contraria, es decir, dejar de corregirlos y así entregarlos a sí mismos (dejar que ellos mismos sean sus propios señores y maestros sobre lo que es correcto y lo que es errado) hará que los padres — especialmente la madre— lleguen futuramente a pasar vergüenza y deshonra frente a otros. ¡Cuán verdadera es la Palabra de Dios! Muchas madres que no acostumbran corregir a sus hijos en casa, y dejan que ellos hagan todo lo que quieran, pasan por vejamen en público, cuando ellos las desafían, enfrentan, desobedecen, insultan e ignoran. Ya presenciamos varias veces el cuadro patético de una madre completamente impotente para hacer que su niño le obedezca frente a otros, en el shopping, en la calle, en la escalera del aeropuerto, en el bus, y hasta en la iglesia. El niño no aprendió en casa a obedecer a los padres incondicionalmente, y todas las veces que los desafió en casa, nunca fue corregido físicamente, solamente con palabras que entran por un oído y salen por el otro.

Proverbios 29:17: «Corrige a tu hijo, y te dará descanso, Y dará alegría a tu alma». Deseamos profundamente que los padres crean en esta promesa. Hay mucha gente que dice: «Mis hijos son verdaderos ñoños, unos 'aborrecientes', unos monstruitos, no me dan descanso de día ni de noche...» Bien, reconozcamos que los niños saludables son gritones, activos, inquietos y no hay nada de malo en eso. Pero, el descanso al cual la Palabra de Dios se refiere es a la alegría que los hijos obedientes —aunque sean gritones y activos— nos traen. Hijos rebeldes, desobedientes, provocadores, son una tristeza para los padres, un fardo que a veces se hace muy pesado. Pero, ¿dónde fue que los monstruitos aprendieron el arte de irritar a sus padres? Pues en su casa, ciertamente, cuando fueron descubriendo que nunca eran castigados (o como mucho unos gritos y sermones enojados), sin importar lo que hicieran. Si usted usara la disciplina como dice la Palabra de Dios, criar hijos sería una alegría y no una carga insoportable.

Notemos además que Pablo dice que debemos criar a los hijos en «la disciplina del Señor». Esta expresión significa la disciplina *que viene del Señor*. Esto quiere decir que es el Señor Jesús quien en verdad desea disciplinar a nuestros hijos — nosotros somos instrumentos de él y debemos ponernos en Sus manos para que a través de nosotros él enseñe a nuestros hijos el camino en que deben andar.

La amonestación del Señor

Pablo no sólo menciona la disciplina, sino también la *amonestación* del Señor. Amonestar también trae la idea de corregir, aunque no necesariamente de forma física. Es corregir los pensamientos e ideas del niño.

El instrumento por el cual esto se hace, es la Palabra de Dios. Ella es el instrumento divinamente ordenado para orientar al niño en la formulación correcta de sus ideas, en la adquisición de valores correctos que van a servirle hasta el fin de la vida. La idea contenida en este término es que nosotros debemos no sólo disciplinar físicamente a un niño, sino conversar con él y poner sus ideas en orden. Amonestar al niño en el Señor significa mostrarle por el diálogo, la instrucción y la motivación, cuáles son las implicaciones espirituales de sus actitudes, y cómo las promesas y advertencias de Dios se aplican a su vida. Los padres son instrumentos del Señor en este aspecto también.

IMPLICACIONES PARA PADRES E HIJOS

Queremos concluir este capítulo con algunas implicaciones para nuestros corazones y para nuestras familias.

Primera, la gran mayoría de los problemas con los hijos se debe a una crianza deficiente, o por abuso de autoridad de los padres, provocando la ira de sus hijos, o por falta de disciplina en la crianza adecuada en los caminos del Señor. Reconocemos, sin embargo, que hay excepciones. Hay padres dedicados y conscientes de sus deberes cristianos, que realmente desempeñan correctamente su papel, pero cuyo hijo o hija resuelve seguir el camino de la desobediencia. El opuesto también es verdad: padres impíos, como el rey Acáz, puede engendrar hijos santos, como Ezequías, que fue instrumento de Dios para un avivamiento en Israel. Pero estas cosas son excepciones a la regla. Y la regla es ésta: la crianza adecuada, correcta, en la presencia del Señor, producirá los frutos, en el tiempo debido. El opuesto también es verdad: quien descuida la crianza bíblica de sus hijos, también cosechará los frutos. Una implicancia práctica de esto es que debemos analizar si los problemas que estamos teniendo con nuestros hijos no son derivados de nuestras fallas como padres.

Segunda, siempre dependeremos de la gracia de Dios. Si nuestros hijos crecen y se vuelven creyentes fieles, habrá sido *a pesar* de nosotros. Por más que intentemos ser fieles, todos nosotros fallamos en nuestro papel de modelos, líderes, motivadores, disciplinadores. Pero, a pesar de eso, los hijos pueden crecer amando a Dios e inspirados por padres que, a pesar de pecadores y de fallar, enseñaron a sus hijos este amor en la vida diaria.

Tercera, los padres y madres deben reevaluar cómo están usando su tiempo, a la luz del mandamiento de la Palabra de Dios de criar a los hijos en la disciplina y la amonestación del Señor. Hay mujeres que realmente no necesitan de un empleo para sustentar la familia, pero que deciden trabajar y dejan la crianza de los hijos a una nana, o en las manos de los abuelos. Oímos a alguien decir una cosa interesante: podemos evaluar cuánto ciertas madres aman a su hijo por el hecho de que jamás confiarían su auto a su nana para conducir, pero diariamente confían su hijo a ellas. Decimos esto con mucha seriedad. Entendemos que a la luz del mandamiento de la

Palabra de Dios debería haber una reevaluación de la manera en que los padres están empleando su tiempo, su vida. No estamos insistiendo en que la mujer, por necesidad, tiene que ser sólo dueña de casa y cuidar de los hijos, muy a pesar de que la Biblia nos diga que ésta es su tarea primordial. No estamos diciendo que la mujer casada y con hijos no puede estudiar, tener su ocupación, su profesión. Pero sí decimos que ella debe adecuar su vida, en los estudios y en el empleo, de tal forma que pueda ejercer realmente su papel de madre presente, para que pueda criar a los hijos, ayudarlos y servirles de modelo. Por el bien de la verdad, debemos confesar que creemos que no todas las mujeres tienen el don de ser madre y muchas deberían abstenerse del matrimonio o por lo menos de tener hijos. Pues si no están dispuestas a encarar todas las consecuencias de lo que significa ser madre a la luz de la Palabra de Dios, no deberían tenerlos.

Con eso no estamos diciendo que la tarea y la responsabilidad de criar a los hijos son sólo de las madres. ¡Está claro que también son de los padres! Así, los padres deben ver cómo están usando su tiempo. Hay maridos que sólo trabajan, que usan el tiempo libre para practicar deportes, navegar en internet o ver televisión. No dedican tiempo para sus hijos. Sabemos que no es sólo una cuestión cuantitativa de tiempo, sino cualitativa, es decir, tiempo que sea usado de forma adecuada y productiva. Pero, aun así, muchos padres cristianos continúan sin dar ni siquiera este tiempo pequeño de calidad. Después, no nos admira que de vuelta reciban rebeldía, desobediencia, desacato, inquietud. No ponga la culpa en su hijo, sino en la manera en que usted está usando su tiempo. Es una orden para los padres que críen a sus hijos, y eso exige tiempo y dedicación.

10

1^a CORINTIOS 7: 1-9 EL LUGAR DEL SEXO EN EL MATRIMONIO

«En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tente Satanás a causa de vuestra incontinenencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando».

— 1^a Corintios 7:1-9

Este pasaje es probablemente uno de los más importantes de la Biblia sobre el papel del sexo en el matrimonio, un asunto que no siempre es mencionado y discutido en las iglesias evangélicas. Para entenderlo, debemos indagar primeramente lo que llevó al apóstol Pablo, el autor del pasaje, a escribirlo.

Por lo que sabemos, Pablo está respondiendo en la Primera Carta a los Corintios a lo que parece haber sido una lista de preguntas que los creyentes de aquella iglesia le habían enviado con relación a diversos problemas doctrinarios, litúrgicos y

prácticos que afectaban a la vida de la comunidad. En la carta, el apóstol da respuestas a esos asuntos y a otros de los cuales tomó conocimiento por otras fuentes. El capítulo siete es su respuesta a preguntas relacionadas con el matrimonio. Por eso él comienza diciendo: «En cuanto a las cosas de que me escribisteis...» (v. 1). No sabemos con certeza qué preguntas eran aquellas. Entre ellas, algunas estaban relacionadas con el asunto de la espiritualidad. He aquí algunas de las probables preguntas que podemos reconstruir a partir de 1ª Corintios 7:

- ¿Puedo ser casado y creyente espiritual al mismo tiempo?
- Si ya soy casado, ¿puedo separarme para servir mejor a Cristo?
- ¿Es necesario hacer voto de abstinencia en el matrimonio para poder ser más espiritual?
- Mi cónyuge no es creyente. ¿Puedo separarme de él para ser más espiritual?
- ¿Las mujeres vírgenes deben casarse o permanecer solteras para servir mejor al Señor?
- ¿Las viudas pueden casarse otra vez o deben permanecer sin casarse, para poder ser más espirituales?

Son éstos, probablemente, algunos de los asuntos que la Iglesia de Corinto estaba poniendo delante del apóstol Pablo.

EL CONTEXTO DE LA IGLESIA DE CORINTO

¿Qué podría haber causado aquellas preguntas? En aquella época, algunas cosas sucedían que podían provocar este tipo de cuestionamiento. Examinemos algunas de ellas, para entender mejor las preguntas de la Iglesia de Corinto.

Influencia del dualismo griego

Primero, debemos recordar que los corintios eran griegos. Un aspecto de la cultura griega de aquella época, que ya venía de algunos siglos antes, era una manera de ver el mundo que los teólogos llaman *dualismo*. El dualismo enseña que la realidad se divide, básicamente, en dos categorías: aquello material, que es inferior, y aquello que pertenece al ámbito espiritual, cosas intangibles, del mundo de las ideas, que son superiores y mejores. Lo que los lectores que están familiarizados con la filosofía percibirán aquí es la influencia de Platón, cuyas ideas determinaron por mucho tiempo la manera griega de encarar la realidad.

Los corintios estaban acostumbrados a ver el mundo de esta manera. Cuando se volvieron cristianos, trajeron al cristianismo esa manera de ver la realidad. Esto es algo que sucede frecuentemente. Uno de los desafíos del proceso de santificación es exactamente promover un cambio de cosmovisión, la manera de ver el cosmos. Esta manera de ver el mundo persiste en algunos nuevos convertidos y sólo con el tiempo es que comienza a sufrir un cambio más profundo.

Es muy posible que al volverse creyentes, los corintios continuaran con esa manera de encarar el mundo y la aplicaran al matrimonio.

Ellos decían: «Yo quiero ser espiritual, quiero ser lleno del Espíritu Santo, quiero una vida más profunda con Dios, pero estoy casado, y la relación sexual es algo concreto, algo tangible, que envuelve relación de cuerpos. Si todo lo que es material es inferior, necesito, entonces, abstenerme y mortificar todo lo que sea material en mi vida para poder proseguir espiritualmente hasta llegar a Dios». Esta idea, en verdad, se volvió una característica fundamental de una religión que vino a llamarse gnosticismo. Comenzó en el siglo primero y en los dos siglos siguientes ganó una forma muy clara y definida. Creció y casi envolvió completamente el cristianismo post-apostólico. Fue necesario el trabajo intenso y hábil de hombres como Ireneo, Tertuliano y otros apologistas para combatir y rechazar este tipo de idea.

Es interesante que en esta carta, en el capítulo 15, Pablo combate las ideas de un grupo dentro de la Iglesia de Corinto que parecía tener dificultades con la resurrección física de los muertos (ver 1ª Corintios 15:12). Además de esto, la indiferencia de la iglesia para con la seriedad de los pecados «físicos», como el incesto y la prostitución (capítulos 5 y 6), sugiere la influencia del dualismo en la teología y práctica de ellos. Estos y otros pasajes de la carta nos hacen percibir que el problema era uno sólo: el dualismo griego que había sido traído al interior de la Iglesia y que hacía que los cristianos se preguntaran si el matrimonio era, de hecho, una cosa buena para quien quería ser «espiritual». La cuestión se agravaba cuando uno de los dos cónyuges no era creyente. La tendencia de los cristianos adeptos al dualismo era considerar el sexo como algo impropio para los que querían ser espirituales. Fue exactamente ésta la tendencia que prevaleció durante la Edad Media, provocando el surgimiento del celibato en la Iglesia Católica. La idea era que para alcanzar la plena espiritualidad el cristiano debería permanecer soltero y tener todo su cuerpo completamente dedicado a Cristo.

La influencia del dualismo estaba detrás de las preguntas de los corintios sobre el matrimonio. Y esto nos provee una clave para entender la respuesta del apóstol Pablo.

La presión del ambiente sensual de la ciudad

Había además otros factores influenciando las dudas de los corintios. Uno de ellos, sin duda, era el ambiente reconocidamente erótico que permeaba la ciudad.

Corinto tuvo dos fases. La primera y antigua ciudad de Corinto se hizo conocida por la inmoralidad. Era tan desenfrenada que los griegos crearon el neologismo «corintianizar», que significaba corromper a alguien sexualmente, tal era la fama de la ciudad. Corinto fue destruida por un incendio cerca de cien años antes de que Pablo escribiera esta carta y una nueva Corinto fue erigida en el lugar de la antigua. No sabemos si la nueva Corinto continuó comportándose como la antigua. Pero, difícilmente habría sido diferente porque el problema no eran las edificaciones y sí sus habitantes —y los que escaparon del fuego continuaron viviendo en la nueva ciudad. Corinto era conocida por el vicio, por la inmoralidad, prostitución, promiscuidad.

Evidentemente, era muy difícil para un joven creyente corintio, o un creyente viudo o una creyente viuda, permanecer puros en un ambiente así. Parece que algunos creyentes de Corinto aún continuaban tentados al homosexualismo y a la

prostitución [1ª Corintios 6:9-20] y uno de ellos ya había cedido a la tentación de tener relaciones ilícitas con la mujer de su propio padre. La alternativa era el matrimonio, pero algunos corintios rehusaban seguir ese camino, por considerarlo una situación inferior, espiritualmente. Y los que estaban afligidos querían una solución del apóstol Pablo.

La amenaza de las persecuciones

Además de eso, debemos recordar que aquellos cristianos de Corinto, tanto como los cristianos esparcidos por el mundo de entonces, pasaban por pruebas y persecuciones, lo cual hacía sus vidas muy inciertas. Tener una familia, con esposa y muchos hijos, en una situación tan inestable, era una fuente de aflicción y preocupación. Ser perseguido y huir solo es una cosa, pero huir y enfrentar persecuciones con una familia es algo muy diferente. Ser cristiano, en el primer siglo, frecuentemente significaba vivir en constante incertidumbre e inseguridad respecto al futuro. Por eso, quien se quería casar tenía que pensarlo dos veces.

Todos los factores mencionados aquí probablemente terminaron por determinar las preguntas que los corintios hicieron a Pablo sobre el matrimonio. El apóstol les responde en este capítulo 7 de la Primera Carta a los Corintios.

LA ENSEÑANZA DE PABLO SOBRE EL SEXO EN EL MATRIMONIO

Teniendo en mente estas tres influencias, vamos a aproximarnos al texto e intentar entender la respuesta del apóstol Pablo en cuanto a lo que los corintios escribieron. Reconozco que nuestro subtítulo es bastante pretencioso, pues la enseñanza de Pablo aquí en 1ª Corintios 7 sobre el matrimonio no es exhaustiva. Él dice otras cosas sobre el matrimonio en otras de sus cartas (como por ejemplo en Efesios 5:6 y en 1ª Timoteo 4). Es aquí, sin embargo, donde el Apóstol trata en forma más detallada las cuestiones relacionadas con el sexo en el matrimonio.

Hay situaciones en las que es mejor no casarse

¿Qué era más espiritual, casarse o quedarse soltero? ¿Qué tenía que ver el sexo con todo eso? El punto de Pablo en el versículo 1 es que existen ciertas circunstancias en las que casarse no es lo mejor. Él dice: «En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer». «Tocar» es una forma recatada de Pablo para decir «casarse y tener relaciones sexuales». Aquí, Pablo no está enseñando que el sexo y el matrimonio son un error, pues en otros lugares él condena exactamente a quienes prohíben el matrimonio, como vemos en 1ª Timoteo 4:1-3: «...en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios... prohibirán casarse...» Pablo considera apóstatas a aquellos que enseñan la prohibición del matrimonio, que están obedeciendo a espíritus engañadores y a enseñanzas de demonios, que son hipócritas y tienen sus conciencias cauterizadas. Nótese que Pablo no estaba contra el matrimonio. Infelizmente, muchas feministas piensan que Pablo tenía una idea muy negativa del matrimonio y de la mujer.

¡Eso no es verdad! Pablo no está diciendo que el matrimonio es incorrecto, pues él no contradeciría a las Escrituras y a la regla general de Génesis 2:18: «No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él».

La clave para entender la orientación de Pablo a los corintios es el ambiente de persecuciones reinante en el siglo I, que el apóstol veía como una manifestación del siglo presente, de este mundo que está bajo el juicio de Dios y caminando hacia su fin. Es lo que él llama «necesidad que apremia» (1ª Corintios 7:26, donde la versión en portugués dice «angustiosa situación presente»). Para él, el «tiempo es corto» (1ª Corintios 7:29) y la apariencia de este mundo pasa (1ª Corintios 7:30). Se percibe la preocupación escatológica de Pablo sobre la brevedad del tiempo en relación al regreso de Cristo. Para él, en un ambiente como el de Corinto, donde las marcas del mundo presente y malo eran tan evidentes, acentuando la expectativa próxima de la venida del Señor, el matrimonio debía ser visto como un proyecto secundario para los solteros; los casados, a su vez, debían vivir preparados para que todo acabara rápidamente.

Así, Pablo dice que es «bueno» que el hombre no se case (1ª Corintios 7:1). La palabra «bueno» puede entenderse como «conveniente» (vea también los versículos 8 y 26). Considerando las circunstancias particulares en que los corintios vivían, era más «conveniente» que no se casaran. Aquellos que eran solteros y conseguían vivir así, que continuaran solteros, no necesitaban casarse. Este es el punto del apóstol Pablo.

Quien no tiene dominio de celibato, debe casarse

Pablo sabía, mientras tanto, que no todos conseguirían vivir solos. Así, él agrega que aquellos que no tienen la gracia (don) de permanecer solteros, con dificultades para resistir la presión de la inmoralidad de la ciudad de Corinto, deben casarse. El principio es que, debido a las circunstancias, es «bueno» que no se case, pero «a causa de las fornicaciones (impureza sexual)», cada uno debería tener su propia esposa, y cada una, su propio marido (1ª Corintios 7:2). Podemos extraer principios importantes de este pasaje.

Primero, Pablo está reflejando el padrón para el matrimonio que fue establecido por Dios en la creación y reestablecido por el Señor Jesús, que es la monogamia. Cada uno tenga su propio cónyuge. Hay algunos que cuestionan si el Nuevo Testamento realmente enseña la monogamia, aún de forma indirecta, considerando que el paño de fondo de la ética neotestamentaria es la poligamia tolerada en el periodo del Antiguo Testamento. No pretendemos analizar el asunto aquí, pero cabe señalar que el pasaje estudiado ciertamente enseña que la poligamia no recibe tolerancia en la enseñanza del Nuevo Testamento.

Segundo, que el matrimonio es la prescripción divinamente ordenada para prevenir la fornicación. Cuando Pablo dice «fornicación», usa el término *porneia*, término general empleado para describir impureza sexual, como prostitución, adulterio, etc. Para prevenir el pecado en esta área, Dios estableció el matrimonio. Esto no significa que el matrimonio fue instituido solamente por este motivo. Pensar así sería reducir los propósitos por los cuales Dios estableció el matrimonio. Pero ciertamente es uno de los más importantes. Esto quiere decir que, desde la perspectiva de las Escrituras, *el sexo es algo sólo para el matrimonio*.

Esa conclusión parece ir contra la tendencia de la sociedad moderna. Según un estudio finalizado en 1999 por la *Sociedad de Bienestar Familiar* (Bemfam, Brasil), organización no-gubernamental en Sao Paulo, crece asustadoramente el número de jóvenes que experimenta el sexo antes del matrimonio. El número de adolescentes brasileñas entre 15 y 19 años de edad que inicia la actividad sexual fuera del matrimonio se duplicó en diez años. Mientras en 1986 el porcentaje de adolescentes que ya habían tenido una primera experiencia sexual era de 14%, en 1996 el número llegaba al 33%. «Es una variación importante, que comprueba un notable cambio de actitud respecto a la sexualidad», comentó la demógrafa Elizabeth Ferraz, coordinadora del estudio. Nosotros vemos algo más allá de los números, vemos el crecimiento de la permisividad y la caída cada vez mayor de los padrones morales y valores cristianos en la sociedad brasileña. Lo que más nos intriga es que ese aumento en la promiscuidad y en la inmoralidad entre jóvenes coincide con el crecimiento del número de evangélicos en el país. No que los recientes movimientos evangélicos hayan contribuido para eso, está claro. Pero si más y más jóvenes están volviéndose evangélicos, ¿por qué aún persiste ese crecimiento asustador de la moralidad?

Recientemente salió un reportaje en una revista evangélica de gran circulación en el país destacando artistas y cantantes brasileños famosos que se dicen evangélicos —y cuál no fue nuestra sorpresa al encontrar entre ellos a actrices pornos, otras que posaron desnudas para la revista *Playboy*, y la animadora de un programa erótico en las madrugadas. Entrevistadas, esas personas dijeron que hacen separación entre su fe y el trabajo que realizan. Si ese es el tipo de moralidad que las nuevas iglesias evangélicas brasileñas aceptan de parte de sus miembros, está todo explicado. Pero la enseñanza bíblica, como vimos, es diferente. El sexo es algo serio. Es preciso tener pudor. El joven cristiano debe aprender a resistir las demandas y tentaciones cada vez más descaradas, explícitas y frecuentes. ¿Cuál es la solución que Pablo da para los que tienen dificultad en resistir la inmoralidad? ¡Casarse! Si hubiera la posibilidad de la satisfacción sexual legítima fuera del matrimonio, Pablo naturalmente la habría puesto como opción, especialmente en un ambiente como el de Corinto, en el que el matrimonio estaba siendo cuestionado. Pero él no ve otra opción legítima, ni otro camino válido delante de Dios para la satisfacción sexual que no sea el matrimonio. Evidentemente Pablo no está diciendo que una persona debe casarse sólo para obtener esto. Los casados saben que la relación sexual representa un porcentaje muy pequeño de la totalidad del matrimonio. El sexo es una parte muy importante en el matrimonio, pero no es todo. Pablo está afirmando que en el ambiente protector del matrimonio el hombre y la mujer pueden derramar sus impulsos sexuales de forma legítima.

El sexo como deuda entre casados

Enseguida, Pablo introduce un concepto que ciertamente parecería bastante audaz para sus contemporáneos, que es el de la igualdad de derechos sexuales entre los cónyuges. Para Pablo, hay circunstancias en las que es mejor no casarse; pero si hubiere matrimonio, los cónyuges no pueden negarse mutuamente. El sexo pasa a ser una deuda dentro del matrimonio. Él dice: «El marido cumpla con la mujer el deber (lo que es debido) conyugal» (1ª Corintios 7:3). El sentido de «deber» viene

de la palabra griega *opheilē*, que significa «deuda». Es parte del mismo grupo semántico de la palabra que el Señor Jesús usa en la oración del Padre Nuestro cuando dice: «...perdona nuestras deudas» (Mateo 6:12). La «deuda» a la que Pablo se refiere es la deuda conyugal, es decir, de satisfacción sexual del cónyuge (y para esta deuda no ayuda en nada pedir perdón). En el momento en que nos casamos, contrajimos una deuda para con nuestro cónyuge; esta deuda es parte de los votos matrimoniales que hicimos.

La explicación dada por el apóstol Pablo es que la esposa no manda en su propio cuerpo y sin su marido; y que el marido no manda en su propio cuerpo: quien manda es su esposa (1ª Corintios 7:4). En la época de Pablo no habría dificultades para entender que el hombre tenga total autoridad sobre el cuerpo de su mujer; pero, que la mujer tuviera autoridad sobre el cuerpo del marido, entraría en unas pocas mentes claras. La esposa era vista generalmente como jugando un papel pasivo en estos asuntos. Ella sólo disfrutaba del sexo cuando el marido quisiera y la buscara. Cuando no, ella quedaba sin derecho de exigir nada. Lo que llega a ser sorprendente es que Pablo, acusado de ser retrógrado, machista y contra las mujeres, les dio derechos que, en la época, eran impensables; o sea, en el matrimonio ella tiene derecho al placer sexual tanto como su marido. Los cuerpos de ambos se pertenecen. Pablo les da derechos iguales.

Tal concepto trae implicaciones serias para los casados. No es poco común el chantaje sexual en el matrimonio para conseguir alguna cosa. El placer sexual se vuelve moneda de cambio. El marido sólo satisface a la mujer si ella cede en otras cosas. Y viceversa. Bíblicamente, esta es una deuda que no se puede negociar, pues cedemos a nuestro cónyuge el derecho a nuestro propio cuerpo cuando nos casamos. No podemos negociar con aquello que no es nuestro. Este es uno de los motivos por los cuales tener relaciones sexuales fuera del matrimonio es visto con tanta seriedad por Dios, conforme a la revelación de las Escrituras. Somos infieles y traidores al entregar nuestro cuerpo a otra persona que no sea el cónyuge. Probablemente por el mismo motivo es que el Señor consideró adulterio el hecho de que un divorciado se case por segunda vez, si se divorció por motivos diferentes al adulterio en sí (Mateo 19:9; Marcos 10:11 y 12).

Consultando a un comentarista antiguo en este pasaje, nos sorprendimos por una explicación de que este derecho de los cónyuges sobre el cuerpo del otro no significa que puedan darle permiso para deleitarse con otra persona. La idea de adulterio recíproco y permitido, como el popularizado en películas de cine como «Una propuesta indecente», nos parecía cosa de la permisividad sexual más reciente. Sin embargo, el comentario del puritano John Gilí en este pasaje nos revela que la práctica es antigua.

Hay aún otra observación que debemos hacer. El derecho que Dios nos da sobre el cuerpo del cónyuge es para beneficiarse de él, en la relación marital, con respeto y decencia, y evidentemente, con el consentimiento del cónyuge. Esta palabra de Pablo no nos permite abusar sexual y físicamente del cónyuge, no nos permite forzarlo a someterse cada vez que queremos satisfacción sexual.

Ayuno sexual solamente bajo ciertas condiciones

Cuando una persona se casa, lo hace en la expectativa de que va a disfrutar de una relación conyugal continua y feliz. Cuando eso comienza a serle sistemáticamente negado, la puerta está abierta a la tentación satánica, para aquello que Pablo llama de incontinencia. Esta debe ser una de las razones por las cuales Dios puso el sexo como deuda en el matrimonio. Pablo orienta a los casados: «No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia» (1^a Corintios 7:5). Incontinencia significa literalmente, en el griego, la falta de poder, o sea, la falta de dominio propio. En este caso, Pablo se refiere a la falta de dominio sobre el impulso sexual, que es generalmente el caso de quienes no tienen el don de celibato. La enseñanza de Pablo es que la privación sexual mutua en el matrimonio, si es mantenida por mucho tiempo, acaba dando a Satanás, el enemigo de los cristianos, una oportunidad para tentar a los cónyuges al adulterio o a la relación sexual ilícita.

Atendiendo al deseo de algunos corintios que querían la abstinencia sexual mutua por motivos de oración y ayuno, Pablo les da su consentimiento, pero seguido por una seria advertencia: si prolongan el ayuno sexual en demasía, estarán exponiéndose a las tentaciones de Satanás. El principio expuesto por Pablo en este pasaje tiene aplicaciones más allá de los límites de los problemas particulares vividos por la Iglesia de Corinto. Hoy, por causa de la situación trabajólica del mundo entero, frecuentemente uno de los cónyuges acepta un trabajo donde debe estar ausente de su casa por tiempo prolongado. En algunos casos, el marido está fuera de casa un mes entero. No queremos ser insensibles hacia la situación terrible del desempleo en nuestros países y la necesidad de muchos de tomar la primera oportunidad con que se encuentran. No estamos tampoco diciendo que quien se queda mucho tiempo lejos de casa invariablemente termina adulterando. Lo que queremos decir es que el principio establecido por Pablo tiene validez hoy: los cónyuges requieren satisfacción sexual frecuente. La abstinencia dilatada por cualquier motivo termina creando una situación de potencial peligro. Lo mismo sucede cuando un cónyuge «castiga» al otro, privándolo de las relaciones sexuales por mucho tiempo. Está casi empujando al cónyuge al adulterio y debería ser responsabilizado si el adulterio aconteciera. No estamos justificando el adulterio en estos casos, sino sólo queriendo evitar que suceda.

Cuando Pablo habla del sexo como deuda en el matrimonio, ciertamente no está excluyendo la belleza de la espontaneidad; pero, cuando ella falta, debemos recordar nuestro compromiso para con nuestro cónyuge. Evidentemente no se debe tener sexo forzosamente ni es eso lo que Pablo está diciendo. Lo que él recuerda es que su cónyuge se casó con usted en la expectativa y en la esperanza de disfrutar de las relaciones sexuales de forma regular. Con certeza debe haber comprensión mutua, pues a veces uno de los cónyuges está indispuesto con algún dolor, cansancio físico, etc. Cada pareja tiene sus formas de resolver este asunto, pero el principio es éste: Dios desea que los cónyuges disfruten de plena satisfacción sexual en el matrimonio. Es muy distinto de aquella visión medieval que puede resumirse en estas palabras de Francisco de Asís:

«El elefante, no solamente el más grande sino también el más inteligente de los animales, nos provee un excelente ejemplo. Es fiel y amoroso con la hembra de su elección, teniendo relaciones sexuales con ella solamente cada tres años y nunca por más de cinco días, y de forma tan secreta que nunca es visto, a no ser el sexto día, cuando aparece y se baña por completo en el río, volviendo al rebaño solamente después de estar purificado. Tales hábitos buenos y modestos son un ejemplo para marido y mujer» (*Introducción a una vida devota*, 1609, parte 3, capítulo 39).

Ciertamente este consejo de Asís procede de la visión desfigurada sobre el sexo que él compartía con los demás monjes de la Edad Media católica. No tiene nada que ver con la orientación del apóstol Pablo.

Notemos aún otro punto importante. Muy a pesar de que Pablo motive la relación conyugal frecuente, él está lejos de ver el sexo solamente como autogratificación. Note que él está preocupado de que el cónyuge satisfaga las necesidades del otro. No es ésta la perspectiva moderna. Hoy vivimos una época donde el sexo es visto primariamente como una forma de autogratificación. En 1991 un profesor de psiquiatría de Harvard hizo un estudio con cerca de 5 mil niños y adolescentes y quedó chequeado al descubrir que casi el 60% de ellos estaban motivados por el egoísmo al hacer las cosas, buscando en primer lugar la satisfacción propia. Su conclusión fue que aquellos jóvenes habían sido criados sin ningún sentido de vergüenza o culpa. «La vergüenza, a fin de cuentas, es un posicionamiento moral», dice el profesor, «y en el vocabulario de estos niños no hay nada para expresarla». Sus padres les enseñaron desde temprano que la mayor de todas las motivaciones para existir y hacer las cosas es agradarnos a nosotros mismos. No es de admirarse que esta actitud se refleja en el matrimonio: cada cónyuge busca primeramente la satisfacción propia. Las personas están mucho más interesadas por alcanzar el placer que por concederlo.

La Palabra de Dios, mientras tanto, nos enseña a poner el sexo en el matrimonio como un medio de agradar al otro. El blanco de la relación sexual no es que yo tenga placer, sino que yo satisfaga a mi cónyuge. Muchas parejas no tienen una vida sexual más completa y satisfactoria exactamente por esa postura egoísta. Cada uno de los cónyuges hace el amor queriendo satisfacerse. Mientras tanto, cuando ponen al otro como el blanco del placer, la relación cambia de figura. Hace algunos años, la columnista americana Ann Landers preguntó a sus lectoras qué preferían: ¿cariño o sexo? Más del 70% de las mujeres respondieron que preferían un abrazo del marido o un toque cariñoso suyo, más que el sexo. Un buen marido, por lo tanto, es aquel que sabe salirse del camino y dedicarse a su esposa.

Pablo enseña, a continuación, que hay una excepción en el disfrute del sexo: cuando los dos deciden hacer «ayuno sexual» para dedicarse a la oración. Parece que algunos maridos y/o algunas esposas habían escrito a Pablo: «Yo quiero ser más espiritual, quiero dedicarme más a Dios, orar más, pero soy casado y eso lo dificulta». Entonces, Pablo responde: «Pueden hacer «ayuno», pero de común acuerdo» (1ª Corintios 7:5), e incluso esto es una concesión, no un mandamiento para todos los matrimonios (7:6). O sea, ellos no podían, en nombre de la

«espiritualidad», privar a su cónyuge del derecho al sexo.

Lo que está errado detrás de la pregunta de los corintios es la idea de que la espiritualidad excluye la sexualidad y la expresión de la misma en el matrimonio. Infelizmente, estas ideas, totalmente contrarias a la enseñanza de la Palabra de Dios, son aún frecuentes en nuestras iglesias, especialmente en iglesias legalistas. George Mc- Dowell, conocido por su obra *Más que un carpintero*, y que tiene un ministerio muy grande entre los jóvenes de Estados Unidos, presenta un estudio hecho en centenas de iglesias donde descubrió cosas espantosas: más del 10% de los jóvenes evangélicos (en las iglesias) en los Estados Unidos son consumidores regulares de pornografía. Allá el acceso a la pornografía es mayor, pero en compensación, las iglesias hablan más contra ella.

Me quedo pensando cuál sería la proporción aquí en Brasil donde nosotros casi nunca oímos orientación sobre este asunto. Parece que nadie quiere hablar. Mientras tanto, la sexualidad hace parte integral de la vida y necesitamos hablar sobre ella a nuestros hijos, y desde pequeños enseñarles el camino correcto para expresarla. Si en nombre de la espiritualidad o pretendida santidad dejamos de hablar sobre estas cosas a los hijos, ellos van a aprenderlas en Internet. *O Jornal del Estado de Sao Paulo*, recientemente presentó una denuncia de un niño de 14 años que creó una página web en Internet de material con contenido de sexo explícito. Presentaba ahí pornografía de niños e incluso tuvo el descaro de escribir ahí: «Si usted tiene menos de 18 años no entre a este sitio». Ellos tienen acceso a varias formas de pornografía vía Internet, revistas, películas, videos, etc., y dicen que aprendieron mucho más sobre el sexo viendo ese material que con las informaciones que recibieron en la iglesia o en sus casas.

McDowell termina su estudio de forma muy pesimista sobre el impacto que los medios y las facilidades que ofrecen traerá a la próxima generación de jóvenes. Él advierte sobre el cuidado que debemos tener respecto a los que nuestros hijos están viendo. Necesitamos tratar de esos asuntos con más claridad y frecuencia, con más apertura y más profundidad en nuestras iglesias. No sólo para los jóvenes, sino también para los casados.

Vean que Pablo trata el asunto con mucha apertura y claridad.

LAS IMPLICACIONES PRÁCTICAS

Veamos ahora las implicaciones prácticas que siguen a la enseñanza de Pablo. El propio apóstol nos presenta algunas. Estas implicaciones también funcionan como la conclusión de este capítulo.

Primero, *casarse o permanecer soltero es un don*. El apóstol orienta: «Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo (o sea, casarse), y otro de otro (o sea, permanecer soltero)» (1ª Corintios 7:7). Así como casarse es un don, permanecer soltero también lo es. La persona que tiene el don de permanecer soltera tiene la gracia de Dios para resistir a los impulsos sexuales, para sublimar sus necesidades. Dios le da gracia para vivir sola con satisfacción y contentamiento.

El celibato obligatorio para padres y monjas es una violación de este principio, considerando que no todos los que se sienten vocacionados para el servicio religioso reciben necesariamente el don de celibato. Para algunos es el dogma del celibato obligatorio el principal responsable por la inmoralidad que a veces se percibe en los monasterios y seminarios católicos.

Segundo, *es que es lícito permanecer sin casarse, por causa de la obra del Evangelio*. Vemos con mucha simpatía a los jóvenes que por causa de la obra de Dios dicen: «Señor, yo no quiero casarme, voy a dedicarme totalmente a tu obra». Hay muchos jóvenes que tienen ese propósito y que lo llevan hasta el fin. El celibato para la obra de Dios, mencionado por Jesús en Mateo 19:12, debe ser contemplado con simpatía. El propio apóstol Pablo, Juan Bautista, y otros hombres de Dios decidieron dedicarse enteramente al ministerio. Así también lo hizo el Señor Jesús. Por lo tanto, mantenerse soltero por causa del servicio a Cristo es una opción lícita. Estamos necesitando misioneros y misioneras para trabajar en misiones peligrosas. Mandar a un obrero casado a una tribu de indios con una familia y tres hijos es difícil; mejor es enviar a un soltero. Pablo incluso recomienda a los solteros y las viudas que sería bueno que permanecieran en el estado en que también él vivía (1ª Corintios 7:8). No sabemos si Pablo era soltero o si era viudo, el hecho es que él no tenía a nadie a su lado. Él prefería permanecer así por causa de la obra misionera. Contemple también esta posibilidad con alegría, y en vez de criticar a los solteros adultos, debemos motivarlos a una mayor dedicación al Señor Jesús y su obra.

Tercero, *el matrimonio es, entre otras cosas, el escape de Dios para el impulso sexual*. Después de recomendar el celibato voluntario, Pablo da un importante matiz: «si no tienen don de continencia, cásen se, pues mejor es casarse que estarse quemando» (1ª Corintios 7:9). Deploramos la idea, a veces inconsciente, de que el sexo es malo, porque no es ésta la enseñanza de la Palabra de Dios. Las Escrituras nos revelan que el sexo es algo perfectamente lícito y deseable dentro del matrimonio, que debe estar continuamente presente. Los cónyuges no deben negarse mutuamente, usando el sexo como venganza o chantaje. Los que hacen esto están abriendo la puerta al diablo y no son pocos los matrimonios que se terminan por esta razón. Cuando usted se casó, perdió derecho sobre su cuerpo, que ya no le pertenece. Cuando tenemos en mente la satisfacción del cónyuge, esto que se nos pone como un deber será hecho con alegría y espontaneidad. Notemos aún que la determinación de Pablo no es sólo para un creyente que está casado con otro creyente, sino ciertamente también para los que están casados con no creyentes.

Reconozcamos que no es fácil para las parejas mantener la atracción sexual y las relaciones sexuales siempre frecuentes —especialmente por causa del trabajo y de los niños. Elizabeth Newenhuizen dio los siguientes consejos para matrimonios preocupados con esto y que quisieran mejorar la relación sexual: (1) Mantengan expectativas realistas sobre el desempeño sexual y así evitarán frustraciones. Las revistas femeninas tienden a pintar un cuadro exagerado de pasión y desempeño sexual en la pareja. Los matrimonios deberían hacerse conscientes de que es perfectamente normal no tener relaciones sexuales todas las noches. (2) Usen el contacto físico para comunicar afectividad durante el día. Acuéstense temprano. (3) Si el cónyuge no desea hacer el amor, no se sienta rechazado. Abra a él su corazón, rían y lloren juntos. El sexo en el matrimonio es mucho más que una relación física.

Envuelve experiencias compartidas, compromiso, compañerismo y una actitud de servir el uno al otro (*Discipleship Journal*, agosto de 1991, pp. 33, 34).

Cuarto, podemos enseñar a cada una de nuestras hijas que si un joven realmente la ama, la protegerá y respetará su pureza, en vez de mirarla en menos y abusar de ella. También debemos enseñarles que la virginidad es una honra, y no un motivo de vergüenza o incómodo. Y podemos enseñar a nuestros hijos que ser hombre no es tener relaciones sexuales con el mayor número posible de mujeres, sino permanecer toda la vida fiel a una solamente (Tony Evans, en *Urban Family*, 1994).

1^ª CORINTIOS 7: 10-16

DIVORCIO Y NUEVO MATRIMONIO

«Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcílese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer. Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone. Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos. Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?». — 1ª Corintios 7:1-9

— 1ª Corintios 7:1-9

El tema de este capítulo puede parecer muy pretencioso, considerando que 1ª Corintios 7:10-16 no contiene toda la enseñanza de las Escrituras sobre divorcio y nuevo casamiento. Estamos conscientes de eso. Nuestra meta no es hacer en este capítulo una exposición exhaustiva de la enseñanza neotestamentaria sobre el tema, sino exponer el pensamiento de Pablo sobre el mismo. Creemos que este pasaje contiene enseñanzas sobre el asunto que son expuestas por el apóstol Pablo de una forma única en las Escrituras. ¡Y cuán relevantes son esas enseñanzas para nosotros hoy!

Estamos observando con aprehensión las estadísticas relacionadas con divorcio y hogares deshechos en nuestro país. Los números son mayores cada año. Decimos que observamos con aprehensión porque sabemos cuáles son las implicaciones, los traumas, las cicatrices y marcas que el divorcio y el nuevo matrimonio dejan en la vida de los cónyuges y principalmente en los hijos. Judith Wallerstein, conferencista emérita de la Universidad de California, en su libro *The Unexpected Legacy of Divorce* (El inesperado legado del divorcio, 2000) habla de la «cultura del divorcio», una referencia a la facilidad con que las parejas de la cultura occidental moderna se separan. «Gran parte de los divorcios puede ser evitada», comentó Wallerstein. «Hoy las personas se separan con extrema facilidad», constata ella. La mayor preocupación de Wallerstein es lo que ella llama «hijos del divorcio». Después de acompañar por 25 años a 131 hijos de parejas que se separaron, la investigadora afirma categóricamente que ellos llevan por el resto de sus vidas traumas y cicatrices de la separación de sus padres, que terminan influenciando negativamente sus propias vidas. Wallerstein está asustada con el número cada vez mayor de divorcios cada año en la cultura occidental. Brasil no es la excepción. Y lo que es peor, esos números crecen también entre parejas evangélicas.

Eso nos preocupa grandemente, dada la seriedad del matrimonio, su santidad y también su importancia para el crecimiento de la Iglesia y el avance del reino de Dios aquí en este mundo. Como cristianos, preguntamos ¿cuál es la orientación bíblica de la Palabra de Dios respecto a la estabilidad de la familia? ¿Pueden divorciarse los creyentes por cualquier razón? ¿Cuáles son las bases sobre las cuales una pareja puede llegar a separarse y los cónyuges quedar libres delante de Dios para un nuevo matrimonio? El asunto es muy complejo, como queda a la vista por la falta de unanimidad entre los evangélicos sobre él, y ciertamente no pretendemos dar respuestas exhaustivas y finales. Nuestra meta será solamente intentar entender la enseñanza de Pablo en el texto que aquí tenemos, considerando que en éste el apóstol aborda algunos de esos asuntos.

Comencemos por comprender el contexto en que Pablo lo escribió. Ya vimos algo de esto en el capítulo anterior. Los creyentes de la iglesia de Corinto escribieron diversas preguntas a Pablo respecto al matrimonio. Varias de ellas trataban de la relación entre sexualidad y espiritualidad. Estas preguntas probablemente nacieron por causa

de la influencia del dualismo griego entre la carne y el espíritu en la comprensión de la realidad. Para los griegos, a los cuales los corintios pertenecían, la carne y la materia en sí eran malas y el espíritu era bueno. De ahí inquietan a Pablo si era espiritual casarse, considerando que casándose tendrían que involucrarse físicamente con alguien. Y, respecto a los casados, ¿podrían separarse para no tener que mantener más relaciones sexuales y así poder dedicarse exclusivamente a la santificación y al trabajo del Señor? Y en caso de creyentes casados con no-creyentes, ¿no constituía el matrimonio un obstáculo aún mayor? ¿No deberían, por el bien de su espiritualidad, separarse del cónyuge no-creyente, para que pueda ser un creyente más dedicado y consagrado a Dios?

Son esas las preguntas que se transparentan por detrás de lo que Pablo escribe a los corintios en el capítulo 7. Ya vimos parte de las respuestas de Pablo en el capítulo anterior sobre el lugar del sexo en el matrimonio. Ahora veamos lo que él responde a las indagaciones acerca de divorciarse por motivos de espiritualidad o de mejor servir al Señor. Pablo aborda tres situaciones particulares donde el divorcio estaba siendo contemplado como opción legítima: (1) dos cónyuges creyentes que piensan en separarse para servir mejor al Señor, 7:10-11; (2) el cónyuge creyente planea abandonar al no-creyente, aunque éste consintiera en vivir con el creyente, 7:12-14; (3) un cónyuge creyente casado con un no-creyente que decide apartarse e irse definitivamente, 7:15-16.

DIVORCIO ENTRE CREYENTES

Veamos en primer lugar lo que el apóstol Pablo dice en relación con la pareja de creyentes que piensa divorciarse en nombre de la espiritualidad, para vivir una vida más piadosa y santa delante Dios: «Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliase con su marido; y que el marido no abandone a su mujer» (7:10-11).

¿Por qué decimos que Pablo se está refiriendo a parejas creyentes? Porque en el versículo 12 dice: «Y a los demás yo digo... Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente...Y si una mujer tiene marido que no sea creyente» (7:12-13a). Si en estos dos versículos Pablo trata la situación del creyente casado con incrédulo, se entiende que en los versículos anteriores él está tratando de parejas creyentes, como la expresión «a los demás...» en el inicio del versículo 12 indica.

«Yo digo, no el Señor»

Pablo ordena a los creyentes que no se separen y no se aparten el uno del otro. Probablemente el apóstol tiene en vista el divorcio, ya que «separarse» es usado en el Nuevo Testamento en ese sentido (cf. Mateo 19:6) y «apartarse» en el contexto es meramente un sinónimo. Pablo está más precisamente repitiendo la enseñanza del Señor Jesús sobre el asunto. Es por eso que dice «...yo digo, no el Señor». O sea, hay una orientación del Señor Jesús sobre el tema. Con certeza, Pablo se refiere a la enseñanza del Señor, preservada en los Evangelios, acerca del divorcio (cf. Mateo 19:3-12; Marcos 10:2-12; Lucas 16:18). La enseñanza es que el divorcio sólo es lícito si hubiera adulterio de una de las partes. Los que se divorcian por otros motivos, si se casan otra vez, cometen adulterio, y quien se casa con un divorciado también comete adulterio, dice el Señor (cf. Mateo 5:23; 19:9; Marcos 10:11; Lucas 16:10). La enseñanza de Jesús es esta, cualquier separación excepto por adulterio, vuelve al nuevo casamiento un adulterio, además de constituir en sí mismo una desobediencia clara a la orden divina: «lo que Dios juntó, no lo separe el hombre».

Cierta vez, aconsejamos a una pareja en vías de separación, cuyo marido argumentaba que el matrimonio de ellos no había sido hecho por Dios; por lo tanto, la expresión «lo que Dios juntó» no se refería a ellos, quedando así libres para separarse. El argumento era que se habían casado muy pronto, sin pedir la bendición

de Dios, y que habían tenido relaciones sexuales antes de casarse. El matrimonio fue equivocado desde el comienzo. No había sido hecho por Dios y por lo tanto, debía terminarse lo más pronto posible. Nuestra respuesta fue que Jesús, en Mateo 19:6, se está refiriendo a la institución del matrimonio. Fue Dios quien lo instituyó para la raza humana. Todo matrimonio, por lo tanto, cualesquiera hayan sido los motivos y las circunstancias que culminaron en él, es una unión legítima entre un hombre y una mujer.

Algunos han notado que Pablo no mencionó en este pasaje el permiso de Jesús para la separación en caso de infidelidad. Lo mismo sucede en Romanos 7:1-3, donde Pablo ve sólo la muerte como medio legítimo para que se termine la relación matrimonial, ignorando el divorcio por causa del adulterio. Con certeza, Pablo estaba perfectamente consciente de la excepción permitida por el Señor. El motivo por el cual él no menciona el divorcio por adulterio es que en ambos pasajes está respondiendo a preguntas y asuntos específicos levantados por sus lectores, y ninguno de aquellos asuntos tiene que ver con el adulterio. En 1ª Corintios 7 él está respondiendo a la pregunta de si es lícito separarse por espiritualidad, y su respuesta es no. La separación por infidelidad no estaba en el escenario. En Romanos 7 Pablo está simplemente usando el padrón normal del matrimonio (hasta que la muerte los separe] para hacer una analogía con la relación entre el hombre y la Ley de Dios. En estos pasajes no está haciendo un tratado sistemático sobre matrimonio y divorcio, sino respondiendo a preguntas específicas. Por eso él no menciona la cláusula del adulterio en ellas.

Permanezcan casados

Como fiel mayordomo del Evangelio, Pablo no podría permitir que las parejas creyentes de Corinto se separaran en nombre de la espiritualidad o por el deseo (equivocado) de poder servir a Dios mejor si estuviesen solos. Él tiene esta palabra del Señor para la Iglesia. Es como si dijera «ustedes no necesitan preguntarme si un matrimonio creyente puede separarse para ser más espiritual —o por incompatibilidad de genios o por cualquier otra razón. Aquel que deja a su mujer o a su marido, a no ser por adulterio, está pecando. Y si se casa otra vez, comete adulterio. Por lo tanto, la mujer no se separe del marido y el marido no deje a su esposa».

Las palabras de Jesús sobre el divorcio y el nuevo matrimonio, repetidas por Pablo en nuestro pasaje, han sido interpretadas de muchas maneras. Algunas de ellas buscan delinear las evidentes implicaciones de la enseñanza de Jesús para matrimonios creyentes que se separan por otros motivos distintos al adulterio. Podemos comprender el sufrimiento que un matrimonio infeliz trae para una pareja creyente. Por otro lado, la aparente dureza del mandamiento del Señor busca llevarnos a buscar otras soluciones para un matrimonio infeliz en vez del divorcio. Además de eso, debemos recordar la naturaleza del matrimonio —serán los dos una sola carne— y que el mismo es el símbolo de la unión de la Iglesia con el Señor Jesús.

Qué hacer en caso de separación

Pero, ¿y si hubiera desobediencia, es decir, si un matrimonio creyente decidiera separarse? Pablo anticipa esta posibilidad, conocedor de la dureza de nuestros corazones. En el caso de la separación de creyentes sin ser por adulterio, el apóstol Pablo prevé dos posibilidades para que no cometan adulterio juntándose con otros:

(1) *Permanezcan sin casarse* — «y si se separa, quédese sin casar...» (7: 11a). Muy a pesar de que Pablo se refiera a la mujer (probablemente porque esas preguntas sobre el asunto fueron hechas por las mujeres casadas de la iglesia de Corinto), la orientación también es válida para el marido. Si un matrimonio decide separarse por motivos que no sean la infidelidad, ambos deben permanecer sin casarse, porque si se casan cometen adulterio.

Por más terrible que eso pueda parecer, no siempre el temor de pasar a cometer adulterio a través de un segundo casamiento es un motivo fuerte o suficiente para impedir que matrimonios creyentes consumen la separación por motivos como incompatibilidad de genios. Recientemente acompañamos la separación de un matrimonio joven, ambos miembros de una iglesia evangélica, donde los dos, aún informados de las consecuencias de sus actos, estaban dispuestos a arriesgarse, es decir, ¡cualquier cosa menos que seguir casado con esta persona! La facilidad con que recurrieron al divorcio y la disposición para arriesgarse a cometer adulterio a través de un nuevo casamiento muestran que en verdad faltaba temor de Dios y de su Palabra en ambos.

(2) *Reconcíliense* — «...o reconcíliense con su marido» (7:11). La otra alternativa que Pablo pone para la mujer que se separó de su marido es que se reconcilie con él, dejando implícito que mediante el perdón puede haber restauración de la relación conyugal. Pablo no concede libertad para un nuevo matrimonio, considerando que no hubo, en verdad, motivo real para la separación, que sería la infidelidad. El hecho de que Pablo no admita el divorcio entre cristianos en nombre incluso del servicio a Dios, por sí sólo es demostrativo de que razones como incompatibilidad de caracteres, crueldades, discusiones, negligencias de los deberes mutuos no anulan el matrimonio. La única cosa que anula la naturaleza íntima del matrimonio es la infidelidad.

LA SERIEDAD Y ESTABILIDAD DEL MATRIMONIO

La actitud del Señor Jesús y del apóstol Pablo para con el divorcio y el nuevo matrimonio, tal como se mencionó, nos enseña que todos los problemas relacionados con el matrimonio pueden ser resueltos. El amor, esencial para la resolución de ellos, es una cosa que se aprende. Debemos estar dispuestos a renunciar a lo que sea necesario, pero nunca acudir a la separación, a no ser en caso de infidelidad. Y aun así, recordamos que la infidelidad conyugal no hace obligatorio el divorcio, pero sí lícito. Las leyes civiles permiten el divorcio por casi todos los motivos —basta con que los cónyuges así lo deseen—, pero los cristianos seguimos primeramente la ley de Dios.

Esta es la palabra del Señor respecto a la estabilidad de los matrimonios cristianos. Tal vez usted que está leyendo estas líneas está casi en vías de separación. Rogamos, en el nombre de Jesús, que no asuma esa alternativa como si fuera la única solución. El divorcio nunca es la solución ideal. Si ambos cónyuges son creyentes y si ambos buscan al Señor, ciertamente nuestro Dios los ayudará y guiará en la resolución de sus diferencias, pues Él mismo odia el divorcio (Malaquías 2:15-16). Mediante la renuncia, quebrantamiento, arrepentimiento y confesión, vendrá la restauración delante de Dios. Él puede restaurar matrimonios.

Para muchos cristianos, Jesús y Pablo son demasiado severos en cuanto a la separación, como si ambos no tuvieran una comprensión adecuada y realista de las dificultades por las cuales todas las parejas pasan. Obviamente, estos cristianos están equivocados en su juicio. La opinión de ellos es mucho más un análisis que parte de sus propias dificultades en el matrimonio, que un estudio serio de la Palabra de Dios. La verdad es que Dios nunca prometió que el matrimonio sería fácil. El Señor Jesús dijo que si alguien se separa, a menos que sea en caso de infidelidad, y se casa con otra persona, comete adulterio. Sus discípulos reaccionaron diciendo que si era así, entonces era mejor no casarse. Ellos entendieron perfectamente que el plan de Dios para el matrimonio es que sea indisoluble —a no ser en el desastre del adulterio. Cuando entendieron esto, consideraron que no convenía casarse, ya que la puerta de salida era muy estrecha. Fue una reacción perfectamente egoísta (Mateo 19:9-10). Los discípulos pensaron que era mejor dejar de lado el matrimonio, que Dios había establecido para refugio de la raza humana, en vez de enfrentar las dificultades que el mismo trae. La tendencia de nuestro corazón corrupto es no aceptar la ley de Dios y las restricciones que impone a nuestra existencia: queremos libertad para hacer lo que consideramos mejor. Tal vez los discípulos prefirieran no casarse dentro de las condiciones establecidas por Dios. La respuesta de Jesús no fue un ablandamiento de las condiciones. Él simplemente ratificó lo que había dicho, pero enseñando que no todos son aptos para recibir el concepto del matrimonio, sólo aquellos a quienes esto es dado (19:11). O sea, casarse es un don, no es una ordenanza de Dios para todos. El Señor Jesús agregó además que hay hombres que son incapaces para el matrimonio, unos, porque nacieron así; otros, porque fueron castrados; y otros no se casan por causa del Reino del Cielo (19:12).

No pretendemos discutir ahora las implicaciones de estas palabras del Señor. Nos quedaremos con el punto central del pasaje: el matrimonio es para ser indisoluble y los que se casan deben estar conscientes y preparados para esto. Delante de Dios, disolver el matrimonio sin ser el caso infeliz de un adulterio, expone a ambos a volverse adúlteros. La enseñanza del Señor no solamente era diferente a la de los fariseos, que permitían el divorcio bajo diversas circunstancias diferentes, sino que iba incluso por encima de la comprensión de sus propios discípulos que, a esas alturas, no podían aceptarlo.

Finalmente, una palabra a los que piensan que el divorcio y un nuevo matrimonio son el camino de la felicidad. Las estadísticas muestran que no siempre un segundo matrimonio es más exitoso que el primero. La razón es obvia: muy a pesar de que las personas hayan pasado por profundas experiencias y hayan aprendido algunas cosas en el primer matrimonio, normalmente no se trató la raíz de los problemas

que llevaron al divorcio, como egoísmo, inmadurez, dureza de corazón, irresponsabilidad, incapacidad de amar y perdonar. Todas estas cosas volverán a la superficie en el segundo matrimonio, que tendrá además como agravante la relación con el ex—cónyuge, los hijos, asuntos financieros pendientes, etc. Bobbie McKay, comentando el fracaso en el matrimonio de dos de cada tres parejas que se casaban por segunda vez, dice: «Pensábamos que íbamos a ser curados en el segundo matrimonio, pero en vez de eso, descubrimos nuevas heridas. Pensábamos que sería mejor para nuestros hijos tener una experiencia con una familia mayor, pero en vez de eso encontramos erupciones de rivalidad y odio. La fantasía que observamos en televisión de familias que se unen en un segundo matrimonio pasó a ser nuestra pesadilla diaria». (*Family in America*, diciembre 1992).

BUSCANDO LA AYUDA DE LA IGLESIA

Reconocemos que hay situaciones realmente difíciles en matrimonios de cristianos. De acuerdo con lo que afirmamos al inicio de este libro, no es el hecho de que seamos creyentes lo que va a garantizar la plena felicidad en el matrimonio. Hay mujeres cristianas que son apaleadas, violadas y abusadas por sus propios maridos. La mayoría de ellas prefiere sufrir en silencio, cargando el fardo y el dolor solas, a veces porque piensan que es su deber soportar todo para no pedir el divorcio. Hay una salida para casos así, prevista por el Señor Jesús, muy a pesar de que en la ocasión él probablemente no tenía estos casos en mente. Él enseñó que si un creyente, después de repetidas exhortaciones, no se enmienda ni se arrepiente de sus pecados, debe ser excluido de la iglesia, y tratado como no-creyente (Mateo 18:15-20). Pensamos que esto debería aplicarse con más frecuencia a maridos cristianos que abusan de sus esposas. En caso de que no se arrepientan y no oigan la exhortación de la iglesia, deben ser excluidos y considerados como no-creyentes, quedando así la puerta abierta para un divorcio por abandono (ver los temas que siguen a continuación).

CUANDO EL NO-CREYENTE QUIERE CONTINUAR

El segundo caso que el apóstol Pablo menciona, respondiendo a los asuntos propuestos por los corintios, es el caso del creyente que desea separarse de su cónyuge no-creyente y éste no desea la separación (1ª Corintios 7:12-14). La orientación de Pablo es clara: el creyente no debe abandonar al cónyuge no-creyente si éste consiente en quedarse y mantener el matrimonio. O sea, el creyente puede ser espiritual y servir a Dios aun teniendo un cónyuge incrédulo.

«Yo digo, no el Señor»

Hagamos algunas observaciones preliminares antes de que entremos al estudio de este texto en particular. La primera tiene que ver con la expresión de Pablo en este pasaje, «yo digo, no el Señor» (1ª Corintios 7:12). No es que Pablo esté hablando sin inspiración de Dios, como quien da una opinión personal, carnal y humana. Su palabra aquí es tan autoritativa para la Iglesia como en el primer caso. En este, que

trataba de matrimonios creyentes, él tenía una palabra del Señor Jesús registrada en los Evangelios (cf. Mateo 19). Pero ahora, tratándose de creyente casado con no-creyente, Pablo no tenía nada registrado. El Señor Jesús nunca dijo nada respecto de matrimonios así, por la simple razón de que matrimonios mixtos eran impensables en la sociedad judaica donde Jesús vivió y ministró. Matrimonios de cristianos con no cristianos sólo vinieron a darse cuando la Iglesia se fue volviendo más y más gentílica, y personas ya casadas se convertían al Evangelio. Era este el caso en la iglesia de Corinto. Era una situación completamente nueva que requería una decisión por parte de los apóstoles de Cristo. Pablo, por lo tanto, está simplemente diciendo: «yo no tengo palabra escrita del Señor Jesús sobre este asunto».

Pero el propio Pablo tiene consciencia de que está hablando por el Espíritu Santo, al legislar sobre cuestiones nuevas, no abordadas por el Señor Jesús. Como enviado autorizado del Cristo exaltado, Pablo habla en nombre de Él y determina la ética de las iglesias cristianas. Él sabe que tiene el Espíritu de Dios, y que está hablando sobre esos asuntos por el Espíritu de Dios. Por lo tanto, la palabra suya es tan inspirada como la del Señor Jesús sobre este asunto. El texto es inspirado y normativo para la vida de la iglesia.

«¿Casamiento mixto?»

En segundo lugar, notemos que Pablo no está necesariamente aprobando el matrimonio de creyentes con no-creyentes por el hecho de prescribir reglas de comportamiento para uniones de este tipo. Muchas personas han entendido que, al hacer esto, el apóstol estaba implícitamente dando su aprobación. Pero debemos tener cuidado para no sacar del texto implicaciones ilegítimas. Pablo no está aprobando el matrimonio mixto; él está legislando sobre casos de personas que ya eran casadas y una de ellas se convirtió al cristianismo. O sea, está abordando la situación en su estado actual sin entrar en la cuestión de la conveniencia o no de este tipo de unión para quien desea casarse. El texto, por lo tanto, no puede ser usado para aprobar el matrimonio mixto, de la misma forma que las leyes sobre la esclavitud del Antiguo Testamento no significan la aprobación de Dios para ese sistema inhumano.

Cuando Pablo escribió esta carta, hacía muy poco tiempo que la iglesia de los corintios había comenzado. La primera generación de cristianos fue compuesta en su mayoría de personas ya casadas. Familias enteras se convertían (cf. Hechos 11:14; 16:15; 16:31-34; 18:8). Ciertamente hubo muchos casos de conversiones individuales de personas casadas que no fueron acompañadas en esta decisión por el cónyuge. Es esta situación la que Pablo contempla aquí.

No estamos, con esto, diciendo que casarse con un no-creyente es un pecado imperdonable. Estamos diciendo que este pasaje no aprueba este tipo de unión y que la misma, en general, termina trayendo mucho sufrimiento al creyente.

No abandone al cónyuge no-creyente

La enseñanza de Pablo al creyente casado con un no-creyente es que no lo abandone o lo deje, si el no-creyente consiente en continuar (7:12-13). Recordemos que algunos corintios estaban pensando en abandonar al cónyuge incrédulo para poder

dedicarse más al Señor. Pablo no permite tal medida. El apóstol agrega algunas razones para esto.

La santificación del cónyuge incrédulo — Según Pablo, el cónyuge incrédulo es santificado en la convivencia del creyente (7:14). La «santificación» del cónyuge incrédulo no puede entenderse en términos de su salvación automática, como si el matrimonio con un creyente garantizara su regeneración y la mortificación de sus pecados, o como si el no-creyente fuera salvo por la fe del cónyuge creyente (como Charles Hodge en su comentario 1ª Corintios parece interpretar la expresión). Lamentablemente la *Biblia en Lenguaje Sencillo* parece adoptar esta línea, al traducir el pasaje así: «Porque el esposo que no cree en Cristo, puede ser *aceptado* por Dios si está unido a una mujer cristiana. Del mismo modo, una esposa que no cree en Cristo, puede ser *aceptada* por Dios si está unida a un hombre que sí cree en Cristo». Aceptar, en el lenguaje bíblico, está relacionado con el acto de Dios de justificar y recibir al pecador como hijo, y por lo tanto no cabe en el contexto de nuestro pasaje.

La mejor manera de abordar el pasaje es entender que Pablo no se refiere al incrédulo, sino al matrimonio. Es decir, la relación del creyente con el cónyuge no-creyente es santificado por el creyente. Los creyentes de Corinto podrían pensar que estar casados con un pagano podría contaminarlos espiritualmente. Recordemos que ellos estaban muy preocupados con la cuestión de la espiritualidad. Pablo asegura que la relación conyugal es santificada por el creyente, de manera que el matrimonio, siendo una ordenanza de Dios, es santificado por la oración (cf. 1ª Timoteo 4:3-4), y por lo tanto el divorcio no es necesario. Hay paralelos interesantes en las Escrituras en que incrédulos fueron bendecidos por la presencia de fieles a Dios. Dios habría salvado a Sodoma si en ella existiese un puñado de justos (Génesis 18). Cuando Potifar compró a José como esclavo, Dios, por amor a José, bendijo la casa de Potifar y todo lo que él hacía (Génesis 39). Así, el no-creyente es bendecido por la presencia del cónyuge creyente. Recordemos, una vez más, que eso no es ningún incentivo de la Palabra de Dios para matrimonios mixtos.

La santificación de los hijos — Pablo también agrega que la santificación del matrimonio por el cónyuge creyente, tanto como las bendiciones venidas de su presencia, se extienden a los hijos de la pareja. El apóstol dice, «pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos» (7:14). La santidad de los hijos de un matrimonio en que por lo menos un cónyuge es creyente ha sido motivo de diferentes interpretaciones en la historia de la Iglesia, desde aquellas que entienden que los hijos de creyentes nacen ya salvos y justificados hasta las que entienden el concepto como refiriéndose simplemente a las bendiciones espirituales que recaen sobre ellos por causa del padre o madre creyente. Si consideramos que Pablo está usando el término «santificar» en su sentido judaico, amplio —o sea, de algo separado— y si tomáramos como referencia a la Iglesia como comunidad de los santos, de los que profesan la fe en Jesucristo, los hijos del matrimonio son santos en el sentido de que nacen dentro de esta comunidad, debajo del pacto de Dios con Su pueblo, y están por lo tanto separados de los paganos e incrédulos. Esto no significa que están automáticamente salvos y regenerados, sino que nacen dentro del pacto, pertenecen a la comunidad del pueblo de Dios. Ellos mismos tendrán que ejercer fe personal en Jesucristo para que puedan ser salvos.

Necesitamos reiterar que estos motivos dados por Pablo para que el creyente no se separe del no-creyente no son un incentivo para que jóvenes creyentes se casen con no-creyentes. Como ya dijimos antes, Pablo está tratando una situación matrimonial ya existente. Para él, el matrimonio no puede ser deshecho en nombre de la espiritualidad, pues aún un único cónyuge creyente santifica la familia.

CUANDO EL NO-CREYENTE SE VA

El tercer caso que el apóstol aborda es aquel en que el cónyuge no-creyente está determinado a dejar al cónyuge creyente. No sabemos con certeza si había casos así en la iglesia de Corinto. Puede ser que Pablo lo haya mencionado sólo para hacer el contraste con el caso anterior. Es decir: «no permito que el creyente se aparte del cónyuge no-creyente si éste consiente en continuar; pero, si desea irse, es otro tema». Sin embargo, no es imposible que algún creyente de Corinto estuviera viviendo tal situación. Muchos paganos aborrecían el cristianismo, y ciertamente habían sido tentados a abandonar al cónyuge que se había hecho cristiano. Recordemos que, en sus inicios, el cristianismo era relativamente desconocido para los paganos y encarado más bien como una secta extraña, nacida del judaísmo. Había rumores circulando sobre los cristianos, de que eran ateos (por no creer en los dioses) y tenían rituales extraños donde comían y bebían carne y sangre de su fundador. Los paganos cuyo cónyuge se había vuelto cristiano, podrían considerar su conversión como una afrenta y ofensa imperdonables, para lo que el divorcio era una solución más amena: en otros casos, una mujer casada que se convertía al cristianismo podría pagar con la vida esa decisión, o entonces ser maltratada y abusada por el marido pagano.

El principio que Pablo presenta, en estos casos, es que el creyente puede aceptar la separación. «Pero si el incrédulo se separa, sepárese» (7:15). El raciocinio de Pablo es que, en tales casos, no queda sujeto a servidumbre ni el hermano ni la hermana. Además, «a paz nos llamó Dios». Hay varios puntos que requieren ser examinados aquí.

Primero, el apartarse al que Pablo se refiere es realmente el divorcio. El término (*chorizetai*) es usado en el sentido de «divorciarse» por el Señor Jesús en su enseñanza sobre el divorcio (Mateo 19:6; Marcos 10:9). Tiene el mismo sentido aquí en este pasaje (cf. 1ª Corintios 7:10-11). Por lo tanto, no se refiere a una separación provisoria o temporal.

Segundo, la «servidumbre» a la que Pablo se refiere es insistir en el matrimonio con un no-creyente que está decidido a divorciarse. Es la única vez en la Biblia en que el matrimonio es llamado esclavitud (ese es el sentido literal del término). Pablo enseña que la deserción obstinada del incrédulo deja libre al creyente, un caso no previsto en las palabras del Señor sobre divorcio y nuevo matrimonio.

Tercero, concordamos con Lutero en que esto significa que el creyente está libre para casarse otra vez. Esta interpretación no es aceptada por todos. Algunos consideran que esta libertad para el segundo matrimonio sólo ocurre cuando el no-creyente se casa otra vez. Pero la interpretación más natural del texto es que la libertad de la servidumbre a la que Pablo se refiere es para un nuevo matrimonio.

El raciocinio de Pablo es que «a paz nos llamó Dios» (7:15b). Este es el principio que regula la prescripción del apóstol. Con esto probablemente quiere decir, no que Dios nos llamó a ser personas pacíficas, y mucho menos que nos llamó para vivir libres de ansiedades e inquietudes en el matrimonio —si así fuera, quien no tuviera paz y tranquilidad en la relación conyugal estaría justificado para separarse—, pero sí está diciendo que intentemos tener paz con todos a nuestro alrededor (Romanos 12:18), y en este caso específico, concediendo el divorcio al cónyuge no-creyente que está decidido a separarse.

Podría ser que algún creyente se rehusara a conceder el divorcio al no-creyente deseoso de apartarse, considerando que aún podría ser instrumento de Dios para su salvación. Pero, indaga Pablo, «... ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?» (7:16). Es cierto que Dios ha usado muchas veces al cónyuge creyente para transmitir el Evangelio al no-creyente, pero esto no siempre sucede. Hay muchos casos en que el cónyuge permanece incrédulo, y una separación impugnada y problemática puede apartarlo aún más del Evangelio.

Que él se vaya en paz. La posibilidad de que venga a convertirse no debe prevalecer sobre el principio establecido por el apóstol, de que el creyente debe dejarlo ir en paz.

Otro punto más para nuestra reflexión. Debido a la corrupción de nuestros corazones, siempre estamos dispuestos a encontrar y descubrir motivos para terminar el matrimonio. En el caso de la deserción obstinada por parte del no-creyente, es prudente que se intente por todos los medios y formas posibles de disuadir al incrédulo en su propósito, a través de los recursos disponibles del Estado y la Iglesia, antes de considerar que se trata realmente de deserción. Si el no-creyente, obstinada y resueltamente, después de haber conversado con el juez, con un pastor, no desea de ninguna forma permanecer con su cónyuge, entonces que se vaya. Eso deriva en libertad del creyente para un nuevo matrimonio, como si la parte culpada estuviera muerta (Romanos 7:2-3).

IMPLICACIONES

En conclusión, intentaremos sintetizar algunas de las aplicaciones de lo que vimos anteriormente.

Primero, *el matrimonio fue instituido para ser duradero*: Pablo sigue la enseñanza del Señor Jesús al prohibir que los creyentes se separen por cualquier motivo, y al incentivarlos a permanecer casados, aun cuando el cónyuge sea no-creyente. Por lo tanto, los que desean casarse deben prepararse adecuadamente y saber que estarán entrando en una relación para el resto de sus vidas. Casarse observando la posibilidad del divorcio como salida de emergencia es comenzar equivocadamente el matrimonio.

Segundo, *los dos únicos motivos bíblicos para la separación son la infidelidad conyugal y el abandono obstinado por parte del no-creyente*: solamente en estos casos un nuevo matrimonio es aceptado por el Señor Jesús y por el apóstol Pablo. Cónyuges que están separados por otras razones, deben intentar reconciliarse, o no casarse de nuevo, para no cometer adulterio. Los casados deben aprender a amarse

unos a otros, perdonarse y resolver consensualmente sus diferencias. La consejería matrimonial frecuentemente ayuda a las parejas a entenderse mejor y superar diferencias aparentemente insuperables.

Tercera, *se trata de un pecado muy grave el separarse por cualquier motivo y casarse otra vez*: El Señor Jesús considera a tales personas en adulterio. Los que cometen esta falta deben arrepentirse profundamente. Es verdad que Martín Lutero fue demasiado severo al decir que los cristianos que se divorcian y se casan otra vez, a no ser por las cláusulas permitidas, deben saber que dejan de ser cristianos por su nuevo matrimonio, y están en un estado de condenación. La Biblia no dice que el adulterio es el pecado para la muerte, y tampoco que es un pecado imperdonable. Creemos que por el arrepentimiento sincero y por la disciplina ejercida en amor por la Iglesia puede haber restauración. Hay casos para los cuales no hay más remedio, que involucran la formación de otras familias. Pero en todos ellos, debe haber consciencia profunda de pecado y arrepentimiento, y la búsqueda sincera del perdón y la restauración.

De cualquier manera, los que se separan y se casan otra vez, sin haber sido por el procedimiento correcto, aunque sean restaurados deben saber que hay consecuencias. En algunas iglesias, miembros divorciados y casados de nuevo no son elegibles para cargos y funciones de enseñanza y autoridad. Muy a pesar de que algunas denominaciones ordenen y mantengan en el ministerio a pastores divorciados y casados por segunda vez, otros permanecen firmes en el propósito de no rebajar el padrón bíblico y de no dar mal testimonio al mundo. Personalmente, nos identificamos con estas últimas en este asunto.

Cuarto, *los que desean casarse deben reflexionar sobre la seriedad del matrimonio*: Los cristianos que desean casarse deben reflexionar sobre las posibles angustias traídas por un matrimonio con un no- cristiano o incluso por un matrimonio precipitado con un creyente. No tenga prisa para casarse, no se precipite en la elección del cónyuge. Vea también si usted tiene el don para ser marido, el don para ser esposa. ¿Ha pensado en el celibato como opción consciente y voluntaria de vida? No sólo para el trabajo misionero, sino para dedicarse a una carrera profesional. Quien tiene el don de abstinencia y la gracia de permanecer soltero, puede optar por una vida en celibato —será mejor que casarse sin estar preparado ni apto.

CONCLUSIÓN

En esta parte final intentaremos resumir las implicaciones prácticas de los diversos pasajes bíblicos que fueron analizados en los capítulos anteriores.

1. *La necesidad de que los cristianos tengan sus vidas controladas por el Espíritu:* Sin perder de vista las dimensiones humanas y pragmáticas del matrimonio, los autores bíblicos lo encaran principalmente como una relación espiritual entre marido y mujer, teniendo un paralelo en la relación entre Cristo y su Iglesia. Partiendo de esta analogía, Pablo establece una relación íntima sobre los deberes del marido y de la esposa y el andar en el Espíritu. Así, el factor espiritual debe ser tomado seriamente en cuenta por los que desean casarse.
2. *Existen papeles definidos y diferentes para el marido y para la mujer:* No se puede llamar machistas a los autores bíblicos, tampoco igualitaristas. «Complementaristas» probablemente es el mejor término. Los apóstoles Pablo y Pedro establecen con claridad derechos y deberes del marido y de la esposa, que son diferentes y que se complementan, haciendo que el matrimonio sea de hecho un emprendimiento de a dos. No hay cómo esquivar la enseñanza clara de ambos en cuanto al papel de sumisión de la esposa a su marido, a partir de la analogía de la relación entre Cristo y la Iglesia. Ciertamente esta sumisión no consiste en una esclavitud y obediencia ciegas, sino que consiste en una obediencia consciente e inteligente de la esposa al liderazgo de su marido. De la misma forma, es clara la enseñanza sobre el papel del marido en amar a su esposa, como Cristo amó a la Iglesia. Es cuando marido y mujer cumplen sus diferentes papeles que el matrimonio funciona como debe funcionar, trayendo satisfacción y realización a los dos.
3. *La enseñanza bíblica sobre los diferentes papeles del marido y de la esposa no son solamente contextuales:* La doctrina de la sumisión de la mujer a su marido no es algo contextual y parroquial, no es algo de aquella época. No es una cuestión de costumbres de los pueblos, no es fruto del machismo existente en la sociedad patriarcal de la época de Pablo y de Pedro. Es histórica, teológica y bíblica. Es un principio permanente y válido para todas las épocas y en todo lugar. Esta doctrina no implica la superioridad del hombre ni la desvalorización de la mujer. Cada vez que eso sucedió en la historia —tanto como en nuestros días— es porque se dejó de observar correctamente el principio bíblico.

4. La iglesia evangélica ha sido culpada a veces de enseñar que es responsabilidad de la mujer el soportar y someterse a la violencia y a los abusos del marido como expresión de su dedicación a Dios. Es necesario comenzar a revertir ese paradigma, que no tiene ninguna base bíblica. (1) Las iglesias deben comenzar un programa de educación de sus miembros, especialmente de los casados, para concientizar a los maridos de que ellos no tienen ningún derecho de «mantener a su esposa en la línea» a través de la violencia física, sexual o psicológica. [2] Las iglesias deben comenzar un programa de apoyo a esposas que sufren abusos y violencia física y sexual por parte de sus maridos, ayudarlas a recuperarse espiritual y psicológicamente, anunciando desde los púlpitos que la violencia doméstica es pecado y buscando apoyar y alentar a las mujeres que sufren. (3) Desde temprano, adoctrinar a la juventud acerca de la dignidad de la mujer y de aquello que realmente significa sujetarse al marido; también, sobre cómo se debe amar a la esposa así como Cristo ama a la Iglesia.
5. *El principio de la autoridad debe ser observado en la familia:* Los autores bíblicos consideran el matrimonio instituido por Dios dentro de la cadena jerárquica, patrón que estructura todas las demás relaciones humanas. El problema básico de muchas familias es la falta de respeto y obediencia a la autoridad, por parte de los hijos en relación a sus padres y por parte de las esposas en relación a los maridos, como también el abandono por parte de los maridos de su papel de líder amoroso y cabeza de la familia. La mayoría de los problemas del hogar vienen de la falla del marido en asumir y desempeñar su papel bíblico, dejando de liderar a la esposa o incluso de asumir su papel en la crianza y educación de los hijos. Pero, el papel del marido no es solamente liderar, sino también amar a su esposa. El amor exigido al marido es eminentemente práctico. Fue así como Cristo amó a la Iglesia. La mayor demostración del amor del marido es su conducta diaria en amor, especialmente la forma en que él se comporta en la casa, delante de las dificultades y problemas que siempre aparecen relacionados con el andar de la casa, la crianza de los hijos, las finanzas domésticas. Así, solamente maridos cristianos llenos del Espíritu pueden amar en los términos de la Biblia, considerando que el amor que es exigido al marido tiene como referencial el amor de Cristo por la Iglesia.
6. *Hay solución para cualquier matrimonio y no es necesariamente el divorcio:* La enseñanza bíblica sobre el matrimonio se dirige primeramente al marido y tiene como meta el alentarlos a que cambien de actitud para con su esposa, pasando a tratarlas con dignidad, conocimiento y sensibilidad. Haciendo esto, cualquier marido percibirá un cambio en su esposa y consecuentemente en la relación entre los dos. Actitudes correctas de parte del marido pueden significar la diferencia entre el éxito y el fracaso en la relación. Por ejemplo, una actitud de humildad y arrepentimiento por las propias faltas. Reconocer que está equivocado es una de esas actitudes que puede restaurar relaciones complicadas. O más allá, una petición franca y

abierta de perdón. Difícilmente una esposa rehusará el perdón pedido por su marido, si ella percibe que está siendo hecho en verdadera contrición y arrepentimiento. O también, una promesa de intentar, con la gracia de Dios, no cometer los mismos errores otra vez. Actitudes así, y otras semejantes a esas, pueden funcionar como un poderoso agente en la recuperación de matrimonios en conflicto.

7. *La mayoría de los problemas con los hijos (aunque hay excepciones) se debe a una crianza deficiente:* Esta deficiencia puede estar en el abuso de autoridad de los padres, provocando a los hijos a ira, o por falta de disciplina y crianza adecuadas en los caminos del Señor. La crianza adecuada, correcta, en la presencia del Señor, producirá los frutos, a su propio tiempo. Lo opuesto también es verdad: quien descuida la crianza bíblica de sus hijos, también recogerá los frutos. Una implicancia práctica de esto es que debemos analizar si los problemas que estamos teniendo con nuestros hijos son derivados de nuestras fallas como padres. Así, siempre dependeremos de la gracia de Dios. Si nuestros hijos crecen y se vuelven creyentes fieles, habrá sido a pesar de nosotros. Por más que intentemos ser fieles, todos nosotros fallamos en nuestro papel de modelos, líderes, alentadores, disciplinadores. Pero, a pesar de esto, los hijos pueden crecer amando a Dios e inspirados por padres que, a pesar de pecadores y faltos, enseñaron a los hijos este amor en la vida diaria.
8. *La tarea y la responsabilidad de criar a los hijos no es sólo de las madres:* Pablo deja esto bien claro al determinar al padre que crie al hijo (Efesios 6:5). Hay maridos que sólo trabajan, que usan el tiempo libre para practicar deportes, navegar en internet o ver televisión. No dedican tiempo para la crianza. Sabemos que no es solamente una cuestión cuantitativa de tiempo, sino cualitativa, es decir, tiempo que sea usado en forma adecuada y productiva. Pero, aun así, muchos padres cristianos continúan sin dar ni siquiera ese tiempo pequeño de calidad. Después, no se admire de que reciban de vuelta rebeldía, desobediencia, desacato, inquietud. No ponga la culpa en el hijo, sino en la manera en que usted está usando su tiempo. Es una orden para los padres que críen a sus hijos, y eso exige tiempo y dedicación.
9. *Casarse o permanecer soltero es un don:* La persona que tiene el don de quedarse soltera tiene la gracia de Dios para resistir los impulsos sexuales, para sublimar las necesidades. Dios le da gracia para vivir sola con satisfacción y contentamiento. Así, es lícito permanecer sin casarse, si existe la gracia de la continencia. El matrimonio es, entre otras cosas, el escape de Dios para el impulso sexual. Una persona que consigue controlar su impulso sexual, y no se siente compungida a involucrarse en la relación matrimonial, puede perfectamente quedarse sin casarse.
10. *El sexo es algo perfectamente lícito y aconsejable dentro del matrimonio, y debe estar continuamente presente:* Los cónyuges no deben negarse mutuamente, usando el sexo como venganza o chantaje. Los que hacen eso están abriendo

la puerta al diablo y no son pocos los matrimonios que se acaban por esa razón. Cuando tenemos en mente la satisfacción del cónyuge, esto que nos es puesto como un deber será hecho con alegría y espontaneidad.

11. *El matrimonio fue instituido para ser duradero:* Pablo sigue la enseñanza del Señor Jesús al prohibir a los creyentes que se separen por cualquier motivo, e incentivándolos a permanecer casados aun cuando el cónyuge es no-creyente. Por lo tanto, los que desean casarse deben prepararse adecuadamente y saber que estarán entrando en una relación para el resto de sus vidas. Casarse observando la posibilidad del divorcio como salida de emergencia es comenzar equivocadamente el matrimonio.
12. *Los dos únicos motivos bíblicos para la separación son la infidelidad conyugal y el abandono obstinado por parte del no-creyente:* solamente en estos casos un nuevo matrimonio es aceptado por el Señor Jesús y por el apóstol Pablo. Cónyuges que están separados por otras razones, deben intentar reconciliarse, o no casarse de nuevo, para no cometer adulterio. Los casados deben aprender a amarse uno al otro, perdonarse y resolver consensualmente sus diferencias. La consejería matrimonial frecuentemente ayuda a las parejas a entenderse mejor y superar diferencias aparentemente insuperables.
13. *Los que desean casarse deben reflexionar sobre la seriedad del matrimonio:* Los cristianos que desean casarse deben reflexionar sobre las posibles angustias traídas por un matrimonio con un no-cristiano o incluso por un matrimonio precipitado con un creyente.

Finalizando, nos gustaría confesar que muchas veces hemos experimentado la realidad humillante de la antigua verdad: el mensaje es siempre mayor que el mensajero. Confesamos que hemos experimentado, a lo largo de nuestro matrimonio y en la crianza de los hijos, momentos de inquietud y frustración, delante de nuestra incapacidad para vivir plenamente aquello que sabemos que es lo correcto de hacer. Aquí, damos testimonio de que solamente la gracia de Dios, que nos redimió del pecado mediante Jesucristo, nos ha mantenido en el firme propósito de edificar nuestro matrimonio y nuestra familia para su gloria.

Expresamos aún nuestro deseo y nuestra oración para que nuestro Dios bendiga a su Iglesia en nuestro país, para que tengamos familias e hijos fuertes y dedicados al Señor.